

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO:
FORMADOR DE SOLDADOS, FORMADOR DE HOMBRES

ALEJANDRA CASTAÑEDA PÉREZ
Código 200418384

Tesis de grado para optar al título de Magíster en Antropología
Director Carlos Alberto Uribe Tobón

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA
BOGOTÁ D.C., DICIEMBRE DE 2005

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	4
EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO EN COLOMBIA Y EN EL MUNDO	4
EL SMO HOY	8
PAUTAS DE LA INVESTIGACIÓN	12
Capítulo 1	
SERVICIO MILITAR: LA REINTERPRETACIÓN A TRAVÉS DE UNA PUESTA EN ESCENA	19
LOS ACTORES DE ESTA PUESTA EN ESCENA	20
<i>Juan: entre el niño y el adolescente en un mundo de soldados</i>	20
<i>Damián: servicio de buenos amigos</i>	21
<i>Mauricio: una herencia familiar, una herencia militar</i>	21
<i>Carlos: Servicio por un hermano</i>	23
<i>Enrique: un deber de un ciudadano, un deber con la Patria</i>	23
EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO: DE JÓVENES A ADULTOS	25
<i>Primera escena: la incorporación, la separación de su mundo habitual</i>	26
<i>Segunda escena: el soldado bachiller como ser liminal</i>	29
<i>Los amigos, los lanzas</i>	30
<i>El servicio militar: entre lo rural y lo urbano</i>	33
<i>La abstinencia sexual: hombres conviviendo con hombres</i>	34
<i>Los ritos propios de la formación militar</i>	36
<i>Ritos institucionales</i>	37
<i>Tercera escena: la antigüedad como un paso a la reincorporación</i>	38
LA PUESTA EN ESCENA: EL CUARTEL	39
<i>Convivencia, el día a día</i>	42
<i>La ruptura del yo: la pérdida de la individualidad</i>	45
<i>Dormitorios: espacios de control</i>	47

<i>El tiempo: una manera de control</i>	48
<i>Disciplina: orden cerrado</i>	51
<i>Los castigos y los premios</i>	53
DES PUÉS DEL SERVICIO MILITAR: NI BUENO NI MALO	56
Capítulo 2	
INSTITUCIÓN MILITAR: ENTRE LO PATRIARCAL Y LO MASCULINO	57
LA INSTITUCIÓN MILITAR COMO REFLEJO DEL MODELO PATRIARCAL	60
LA MUJER Y EL SOLDADO: FORMACIÓN A PARTIR DE LA SEMEJANZA DE LOS ROLES DE GÉNERO	62
<i>La humillación: reducción del recluta a lo femenino</i>	64
MASCULINIDAD DENTRO DE LAS FUERZAS MILITARES	69
<i>Supervivencia: Una manera de entrenamiento de los valores masculinos</i>	76
PROBLEMAS QUE SURGEN DURANTE EL SMO	83
COMENTARIOS FINALES	86
CONCLUSIONES	88
BIBLIOGRAFÍA	97

INTRODUCCIÓN

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO EN COLOMBIA Y EN EL MUNDO

El Servicio Militar Obligatorio (SMO) funciona como una dimensión importante de las instituciones militares. Estas se han constituido como una herramienta del Estado, fundamental a la hora de gobernar la Nación. La historia turbulenta de nuestro país, en el marco de un contexto político-estatal muchas veces violento y excluyente, ha determinado y redefinido los roles y misiones de las Fuerzas Militares. El SMO ha reflejado estos procesos de cambio, a lo largo de una historia paralela a la del ejercicio militar en general (Valencia, 1993).

Durante el siglo XIX, el ejercicio de lo militar fue esencialmente una extensión del sistema de organización de la hacienda. Los oficiales de los ejércitos eran los grandes políticos y hacendados. Los suboficiales eran los capataces, y la tropa –es decir, los soldados la constituían los peones, quienes en su momento prestaban su servicio militar.

La Constitución de 1886 que dibuja el nuevo Estado colombiano, aun cuando es redactada tras una revolución conservadora, guardó ciertos rasgos de la ideología liberal. Ello se ve reflejado en todo lo que respecta a las Fuerzas Militares, a partir del Título XVI de la Constitución, donde los militares son pensados desde una óptica muy liberal. En los cinco artículos que son dedicados a las Fuerzas Militares se concibe el soldado como ciudadano, pero es importante recalcar que, en cuanto a la participación política, los militares no tienen derecho al voto.

La idea del ciudadano-soldado proviene de los principios liberales de la Revolución Francesa. En ella se postuló que todos los ciudadanos tenían el deber y el interés de defender al Estado revolucionario. Por ello, los ciudadanos fueron llamados a tomar las armas contra sus enemigos. De aquí nace el término “conscripción”, el cual hace referencia al llamado de los ciudadanos para que tomen las armas y se conviertan en soldados. Este modelo del ciudadano-soldado también se hace presente en el modelo militar norteamericano. El precepto de esta idea se centra en la defensa del Estado, el cual debe ser representativo del pueblo, constituido por ciudadanos. De esta manera, su

principio es el de poder integrar al pueblo en las dinámicas de la Nación, con lo que lo reafirma como ciudadano.

La definición que se hace en Colombia del ciudadano-soldado es definida como: “un hombre ligado por el sentido de su propia existencia, del deber social y del patriotismo, al servicio siempre de la Nación, como el más valeroso soldado en el combate, el mejor servidor público en la política y el más connotado ciudadano en la vida civil” (Ibáñez, 1999: 336). Noción ideal que en la práctica toma unas dimensiones diferentes.

Al llegar el siglo XX, el desarrollo de las instituciones militares se plantea en el gobierno del General Rafael Reyes (1904-1909). En aras de consolidar el poder estatal, comisiona al político liberal Rafael Uribe Uribe, entonces ministro colombiano en Chile, para que gestionara frente al gobierno de ese país una misión pedagógica militar que le permitiera disponer a Colombia de un ejército profesional. El ejército chileno fue escogido por tres motivos: primero, por pertenecer a una nación sudamericana, lo cual permitía tener cierta afinidad con Colombia para la resolución de problemas; segundo, porque los chilenos habían recibido un entrenamiento de profesionalización por parte de una misión del ejército alemán, es decir, formación a partir del modelo prusiano; y tercero, ya que tenía una buena reputación en lo que respecta a la obediencia constitucional (Russell, 1981: 78-79). La misión chilena arribó en 1907 y sus aportes principales fueron la creación de la Escuela Militar –que permitió abrir paso a la profesionalización de los ejércitos– y la introducción de la doctrina prusiana.

Este modelo prusiano, bajo ideales nacionalistas más que liberales, establece un ejército permanente y semiprofesional de nobles oficiales dedicados a la guerra y vasallos constituyendo la tropa (grueso de soldados). Se podría considerar que este modelo es mucho más conservador que lo establecido en la Revolución Francesa. En el caso prusiano se defiende al Estado, el cual es una manifestación del espíritu nacional (Tocqueville, 1856/1982). Algo muy evidente en este modelo es que la organización estructural se da por castas. Es decir que tanto los oficiales como los mandos medios y la tropa provienen de clases sociales distintas. Caso que se presenta hoy en día en el SMO, solo que la diferencia no radica en la clase social como tal, sino en los rasgos preestablecidos por la institución. Es decir, no se transforma la categoría social del conscripto dentro de la institución, al contrario, se reafirma mucho más. Por otro lado, otra de las características propias de este modelo es el establecimiento de una organización, instrucción y disciplina, fuertemente influenciado por un sistema

patriarcal. En él se promueven las características del guerrero capaz de enfrentar todo tipo de riesgo por el honor y el valor, además de exaltar las cualidades propiamente masculinas.

Baste para nosotros decir que la aplicación de la doctrina prusiana dentro de un contexto de profesionalización militar sirvió para reafirmar en las filas castrenses el modelo de organización patriarcal y clasista (división entre clases sociales). Se consideró que los oficiales vendrían de una clase media, los suboficiales de una clase baja y los soldados de una clase mucho más inferior que la de los suboficiales –es decir, de las capas más bajas de la sociedad–. Los oficiales tendrían un comportamiento paternalista frente a sus subordinados, mientras que los soldados constituirían el segmento menos afortunado, menos educado y con menos posibilidad de acceder a un ascenso social (Ruiz, 2004).

De 1910 a 1950, no se presentó un crecimiento muy notable de las Fuerzas Militares. El reducido tamaño del Ejército y la tradicional debilidad del Estado no permitían la cobertura de toda la población ni de todo el territorio nacional. Esto impidió que la conscripción militar tuviera un carácter universal, lo cual se sumaba al contexto sectario y fuertemente politizado en donde se enmarcaba la esfera militar. Como resultado de ello, el SMO fue aplicado a muy pocos, excluyendo usualmente a los más educados y acomodados de la sociedad, es decir, a las élites.

Tras el conflicto del Perú en 1932, hubo un sostenido crecimiento de las Fuerzas Militares, ya que cada vez más reclutas fueron llamados anualmente a las filas. Para esta década, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y, más adelante, con la Guerra de Corea, se recibió una misión militar estadounidense para la coordinación del uso de un equipo militar convencional y para regular una estrategia de defensa mutua en el caso de una invasión. Hoy puede notarse en el SMO colombiano la herencia de tales épocas, constituida por equipos norteamericanos que se sumaban al arsenal militar del país, aunque también por cierta terminología y el manejo de la tropa. Sin embargo, esta influencia no es muy clara en cuanto a la organización del Ejército, ya que siempre ha primado en ella la aplicación del modelo prusiano, basada en el trato jerárquico.

Hacia mediados del siglo XX, con el advenimiento de La Violencia, el gobierno militar y las guerrillas campesinas, las Fuerzas Militares tuvieron un crecimiento en número de hombres, basado principalmente en la conscripción de campesinos, analfabetos en su mayoría.

Entre 1960 y 1980, a medida que la amenaza real o supuesta de las guerrillas comunistas fue tomando fuerza en el imaginario político del Estado, y a medida que el país pasó de ser eminentemente rural a ser también urbano, la conscripción fue replanteada para reflejar mejor las características de toda la sociedad. Para enfrentar tales fuerzas revolucionarias, se pretendió que los elementos de toda la sociedad prestaran un servicio militar obligatorio, pues era la estructura misma del modelo de sociedad lo que estaba en juego. Fue así como el servicio militar se extendió a los jóvenes de todas las clases sociales, incluyendo a los sectores urbanos y a los bachilleres. Esta tendencia solo fue revertida hacia finales de la década de 1990 cuando se optó por profesionalizar la tropa y reducir el número de soldados conscriptos.

La reforma constitucional de 1991 avanza en ciertos aspectos liberales y democráticos, que también atañen a las estructuras de las Fuerzas Armadas. Antes de la reforma, éstas eran conformadas sólo por hombres, pero con dicha transformación se garantizó la apertura de pequeños espacios para la mujer y la incursión de las minorías étnicas a la institución.

Con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) se crea un filtro de edad para los bachilleres que ingresan al SMO. Si antes no se consideraba la edad de ingreso, ahora se establece un margen de edad: los reclutas deben estar por encima de los 18 años, es decir, deben haber cumplido la mayoría de edad. Por otro lado, como ya se había mencionado, los militares deciden profesionalizar el Ejército. En esta etapa, los objetivos de la milicia no se dirigen a contrarrestar la amenaza a la estructura política, dado el relativo nivel de gobernabilidad que se presentaba, mientras que sí se insiste en el riesgo que corre la estructura económica por la acción de las guerrillas.

Lo interesante de la aplicación del modelo refleja una contradicción importante. Por un lado, la norma está determinada por una tendencia liberal, establecida dentro del modelo del ciudadano-soldado determinado durante la Revolución Francesa. El reflejo del mismo se gesta como una motivación empleada por las Fuerzas Militares para que el ciudadano ingrese a ellas. Sin embargo, su aplicación es mucho más conservadora. El modelo prusiano se encuentra más dirigida al orden estructural en el nivel interno de la institución militar. Su aplicación en 1907 ha tenido transformaciones hasta hoy, pero la organización bajo sus parámetros se mantiene como una forma de entrenamiento militar. Esta interpretación es importante tenerla en cuenta, ya que ha perdurado hasta nuestros días.

Al respecto, señala Francisco Leal Buitrago:

Aun quedan residuos de la influencia prusiana de la época de la profesionalización del Ejército, de los cuales el más visible es la adopción de un comportamiento que se supone viril: movimientos rápidos y bruscos, voz alta, agresividad y rudeza en el trato con los subalternos son algunos de ellos, los cuales no necesariamente implican valentía, disciplina, carácter y demás valores de la tradición militar (2002: 69).

Tales elementos son los que serán descritos y analizados durante el presente informe de investigación.

EL SMO HOY

La ley ha establecido el Servicio Militar Obligatorio como un deber de los jóvenes colombianos. Incluso, hasta hace muy poco, el grueso de la Fuerza Pública¹ lo componían los jóvenes reclutas que prestaban su servicio militar. No hay consenso respecto a la actual utilidad o necesidad de mantener el SMO. Entre las razones para sostenerlo se encuentra la teoría jurídica que señala que su finalidad es la conformación de contingentes de jóvenes capaces de proteger la seguridad de la nación, además de garantizar el acatamiento de las leyes y deberes de todos los ciudadanos (Echeverría, 2003: 33). Por otra parte, el SMO puede ser interpretado como un elemento importante que asegura la viabilidad, en términos de recurso humano, de las instituciones militares. Si asumiéramos el mundo militar como una pequeña sociedad, el SMO operaría en tanto garante de su “reproducción biológica”². En Colombia, los jóvenes pueden ser llamados a prestar su servicio en las filas de cualquiera de las Fuerzas Militares, en la Policía o en el Inpec. Esta investigación se limita al caso del servicio militar en el Ejército Nacional.

En alguna época de nuestro pasado reciente, el SMO era acogido muy positivamente por el común de la gente en general. El hecho de portar un uniforme militar llevaba consigo la importante insignia de *servir al país en una noble causa*. Así mismo, suponía el paso de la adolescencia a la edad adulta, proceso de gran relevancia para una sociedad como esta, máxime cuando se trata un proceso complementario al arribo a la ciudadanía. Prestar el SMO era asociado con prestar un servicio a las “causas de la Patria”. Sin embargo, en los últimos tiempos, la valoración del servicio militar ha

¹ En Colombia, la Fuerza Pública está constituida por una Fuerza Civil –la Policía Nacional– y tres Fuerzas Militares –el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea.

² El grueso del Ejército Nacional lo compone el rango de soldados, que pueden ser profesionales-voluntarios o reclutas que prestan su servicio militar obligatorio. En 1993, el Ejército contaba con 78.284 soldados, de los cuales el 85% estaba compuesto por reclutas. Para 2003, los soldados sumaban 132.893, siendo los reclutas el 40%. Información tomada de: Subdirección de Seguridad y Defensa del DNP. Informes: *Gasto en Seguridad y Defensa*, y *Pie de Fuerza 1993-2004*. Marzo de 2005.

perdido mucho de su prestigio. En este declive han contribuido las complejas condiciones políticas y económicas del país y la transformación de los valores colectivos de la sociedad. Muchas veces, el SMO es visto como una actividad poco atractiva tanto para los adolescentes como para sus padres, lo cual ha abierto el debate sobre si éste debería mantener un carácter universal y obligatorio o transformarse en una opción voluntaria y específica.

El SMO es concebido socialmente como una experiencia que genera altos niveles de estrés y de desequilibrio psicológico en el adolescente que ingresa al medio militar. Esto hace que ciertos miembros de la sociedad, en especial las madres, consideren y reflexionen sobre las posibilidades de permitir que sus hijos ingresen a un medio que puede llegar a causarles problemas personales, individuales e identitarios al egresar del mismo.

Carolina Logreira (2001: 114) define tres puntos esenciales que contribuyen al deterioro de la imagen del SMO. El primero tiene que ver con el desconocimiento que se tiene del SMO. No hay una clara definición de la historia, la misión, la visión de la organización que respalda este servicio, ni de sus programas de formación, estímulos, incentivos, satisfacciones. Así funciona “como correlato un conocimiento distanciado de la realidad, subvalorando los aspectos positivos por un lado, y sobredimensionando los negativos por otro” (2001: 114). El segundo punto se relaciona con el incumplimiento de los programas de formación y de los beneficios. A ello se suma el problema de los castigos, abuso de la autoridad, maltrato, insultos, entre otros, asuntos que favorecen a que la imagen del servicio militar se perciba popularmente de manera negativa. Y, por último, el tercer punto se enmarca en la indiferencia frente a todo lo relativo con la defensa de la patria: hay una falta de espíritu patriótico, de sentimiento frente al país y sensibilidad hacia la acción social, además de una ausencia de sentido de pertenencia, compromiso con los demás y compromiso ético como ciudadanos.

Estos tres puntos generan una visión frente a cómo es que el SMO ya no se constituye como un medio viable para las vidas de los adolescentes. Pero existe otro problema en cuanto a la conformación de individuos y cómo el SMO puede ser una experiencia esencial para el desarrollo de sus vidas. Aquí, precisamente es donde se ubica el problema de la identidad. Parte de este negativismo también se debe a que en el SMO los individuos dejan de serlo para convertirse en un colectivo. Existe también un concepto negativo popularizado sobre cualquier tipo de alienación o sometimiento que pueda poner en riesgo la identidad o la misma individualidad de las personas. Por ello

es que ciertos sectores de la sociedad no ven como un proceso llamativo el SMO para los adolescentes.

La adaptación al nuevo medio que implica el SMO genera en el adolescente una serie de elementos tanto favorables como negativos durante su estadía. Dentro de esos factores negativos encontramos los problemas disciplinarios y los trastornos psicológicos, causados por la presión y el sometimiento a los que son supeditados los soldados bachilleres. En los conflictos disciplinarios son bien conocidos los enfrentamientos, la evasión y las riñas, los cuales suelen ocasionar inconvenientes que pueden ser conflictivos en etapas posteriores de la estadía en el servicio. Y en los trastornos psicológicos se encuentran con frecuencia el estrés, la depresión, el suicidio, el aislamiento, problemas que afectan de forma directa las vidas futuras de estos jóvenes.

Los soldados bachilleres que prestan el servicio se enfrentan a difíciles situaciones marcadas por la excesiva severidad y normatividad sobre su comportamiento. Todo esto se asocia con la incapacidad de poder adaptarse a las demandas del entorno, generada en los primeros días; un entorno en el que prevalece la exigencia del manejo de los sentimientos y una exaltación de las emociones fuertes. La incapacidad para hacer demandas y las limitaciones a las que se someten hacen parte de aquellas condiciones que generalmente no son aceptadas ni concebidas como favorables para los jóvenes, bien sea por ellos mismos o por sus familias.

Como elemento favorable del SMO se encuentra la motivación altruista de servicio a la comunidad, cuyos rasgos permiten considerarlo como necesario. En dicha motivación es fundamental el interés particular de formar a los individuos en valores frente a la patria, el honor, la dignidad, la actitud de servicio y la entrega a un objetivo común. Estos valores se definen como objetivos de la formación, el aprendizaje y la experiencia en el SMO, a partir de una serie de elementos e ideas que promueven el aprendizaje y desarrollo de los individuos como el trabajo por un bien común, por una meta, sugerencias por la honestidad, fortaleza, respeto, integridad, formación disciplinaria y valentía (Logreira, 2001: 113). Todos estos elementos son esenciales para el día a día durante el período del servicio.

Durante el SMO es importante o necesario adoptar pensamientos positivos y contractivos, para sobrellevar las demandas del Ejército: largas jornadas de desvelo, soledad, aislamiento. La etapa de entrenamiento consiste en un valioso y relevante proceso de resocialización y adaptación a su nuevo ambiente. De esta manera, se podría

pensar que el SMO permite un espacio para el desarrollo de los jóvenes, donde se busca potencializar y maximizar sus capacidades y habilidades, con el fin de poder hacer de esta una experiencia constructiva e instructiva.

La etapa de la vida en la que ingresan muchachos al SMO está marcada por diversos cambios que producen ciertos temores e inseguridades, por lo que la incertidumbre marca su camino (Logreira, 2001). El SMO es un paso transitorio para la vida de los adolescentes. Por ello, es común que los escolares, previa la llegada del día de la incorporación a las filas, sean presa de una serie de miedos alimentados por el hecho de enfrentarse a una obligación. Así mismo, el nuevo recluta se sume en un doble juego, en una serie de dicotomías. La libertad, autonomía y protección que le brinda el mundo tradicional son puestas en suspenso por un mundo militar de marcada normatividad y rígida disciplina.

Ahora, el carácter universal y obligatorio del SMO tiende a desdibujarse en la práctica. Las alternativas para librarse de tener que prestarlo son abundantes, con o sin la ayuda de los padres, dentro o fuera de la ley. Por ejemplo, el pago de sobornos, la presentación de historias médicas legítimas o trucadas, acogerse al derecho de la objeción de conciencia³ (Araujo, 1996) o la admisión previa en una carrera universitaria⁴, son algunas de las formas de eximirse del SMO. Por otra parte, el número de integrantes de cada contingente es un número fijado con antelación al momento de la incorporación, usualmente menor que el número de candidatos. Esto permite que exista una cantidad de jóvenes que se ofrecen voluntariamente a ingresar a las filas y otro conjunto que se presenta a un sorteo o selección. Cabe señalar que las posibilidades de eximirse son más reales para los sectores altos de la sociedad, especialmente cuando la tarjeta de conducta militar, documento otorgado tan solo a quienes efectivamente culminan su servicio, es comúnmente requerida para acceder a trabajos no calificados.

En el Ejército se clasifica el SMO en dos categorías: el servicio de soldados regulares y el servicio de soldados bachilleres. La ley otorga algunos beneficios a los soldados bachilleres, tales como tiempo más corto de servicio y misiones menos arriesgadas. Es hacia este último grupo donde estuvo enfocado el presente trabajo de investigación.

³ Libertad de conciencia: Artículo 18, Constitución Política de Colombia (1991).

⁴ Con la promulgación del Decreto 2541 de 1998 se desarrolla la legislación sobre el Servicio Militar de menores y sobre la Objeción de Conciencia. Tomado del Diario Oficial, 43454 del 18 de Diciembre de 1998.

PAUTAS DE LA INVESTIGACIÓN

Antes de comenzar este trabajo consideraba que el Servicio Militar era una cosa de adultos que les permitía demostrar a sus integrantes su hombría, a diferencia del hombre común. Sin embargo, la idea de la humillación comenzó a hacerse más manifiesta a medida que se fueron recolectando los datos; una idea que socialmente se asocia más con la condición femenina –que recibe la humillación– y no precisamente con la masculina –que emite la humillación–. Ligada a esta se encontraba la idea de la agresividad que siempre ha caracterizado los ejércitos y que es una característica de la formación del hombre dentro de esta sociedad. Aunque sin desligarlas, la agresividad formaba gran parte del imaginario que tenía sobre el Ejército y la vinculaba más con el mal trato al que son sometidos los soldados por parte de sus superiores. Esta imagen fue adquiriendo una nueva cara a medida que avanzaba la investigación. Un nuevo panorama se me reveló al ver cómo es que la mujer y lo femenino juegan un papel importante en el desarrollo instructivo de los reclutas.

En las Fuerzas Militares colombianas predomina una sociedad masculina. Aunque esto se encuentra un tanto matizado en la Armada y en la Fuerza Aérea, e incluso en un cuerpo civil como la Policía Nacional, en el Ejército Nacional la mujer está evidentemente relegada. Su incorporación a la institución ha estado limitada a las funciones administrativas y se ha visto excluida de los espacios simbólicos más importantes dentro de ese mundo, como los cargos de comando y de combate.

Es importante resaltar que el SMO es un deber exclusivamente masculino. La incorporación se restringe a los jóvenes hombres, menores de 28 años. No se incorporan mujeres. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, a pesar de que se excluya la figura de la mujer, lo femenino no se relega como tal, ya que la misma formación de los reclutas está atravesada por ello.

Se puede observar, entonces, que la institución militar es puramente masculina. Allí se gesta la pregunta central de esta investigación: ¿Cómo se encarga la institución militar de formar hombres, desde una perspectiva de género, dentro de un espacio que es puramente masculino? ¿Cómo se imparte esta formación al encontrarse enmarcada en un espacio, con unas características particulares de sometimiento? Y, así mismo, ¿cómo se realiza este proceso con jóvenes que ya han estado mediados por un proceso formativo anterior, no sólo en la escuela sino en su familia y demás espacios de su entorno?

Lo interesante de poder hacer una investigación de este tipo se centra en un espacio que reúne unas características muy interesantes para el análisis. Las Fuerzas Militares son consideradas como un elemento esencial para la defensa de los ciudadanos. Esa es una de las primeras cuestiones a las que me aproximé cuando me encontraba planteando el problema de investigación. Mi acercamiento se realizó a partir del cine, en particular, de películas de soldados en combate que me llevaron a replantear la idea que tenía sobre el Ejército. Dejé de verlo como esa fuerza protectora de la Nación, y me cuestioné acerca de lo que conduce a los soldados a arriesgar su vida por unos ideales que yo asumí que ni ellos ni la sociedad en general lograban comprender a cabalidad. De esta manera, me interesé en el proceso formativo que realiza la institución militar con aquellos hombres que ingresan a sus filas. Traté de comprender qué es lo que les enseñan y cómo y en qué los entrenan para que se arriesguen de esa manera al combate, a la guerra.

Pero surgió un inconveniente. Es imposible investigar al Ejército en general. De esta manera, había que elegir una porción de esa población susceptible de ser analizada. Así, decidí acercarme a la formación de los oficiales de Colombia. Por ello, accedí a la Escuela de Cadetes General José María Córdoba. Este lugar me pareció pertinente porque la mentalidad que allí se promueve está relacionada con una carrera que va a ser para toda la vida. Pero una serie de eventos me llevó a que la investigación cambiara de rumbo. De una parte, como es bien sabido, el acceso al mundo interno de los militares está completamente restringido al mundo civil. Por otra parte, me enfrenté a un mundo donde solo se encuentran hombres y la información que proporcionaban se restringía mucho más por el hecho de que yo fuera una mujer estudiando un ámbito masculino.

No obstante, a partir de este primer momento comencé a plantearme el tema de los roles de género: ¿por qué ingresan solamente hombres al mundo militar, al “*mundo real, del combate, de las armas*”⁵, dejando de lado a las mujeres, o mejor, relegándolas a la parte administrativa? Allí fue cuando consideré la importancia que podía tener el rol de género masculino dentro de la institución como tal, y me pregunté sobre cómo se definía allí ese rol: ¿por sí mismo? ¿Por su relación con el rol femenino? Y, a su vez, ¿cómo se definía en ese contexto lo femenino? ¿Y las demás identidades de género? En este punto fue de suma relevancia anotar que dichos roles de género se encontraban mediados por un sistema patriarcal, bastante marcado en la institución militar.

⁵ Entrevista realizada a Carlos (nombre ficticio) por la autora, marzo de 2005, Bogotá. En audio.

Y, el último obstáculo, el más grande de todos fue el enfrentamiento a la muerte. Me encontré con que un posible informante, recién egresado de la Escuela, me brindaría información. Esto nunca pasó, ya que fue asesinado en una zona rural de Colombia. La muerte como tal no fue lo más duro, sino el enfrentarme a un mundo donde la vida y la muerte se convierten en los elementos propios del azar. Amigo de un muy buen amigo mío -asesinado en zona de combate-, su muerte me conmovió y despertó una motivación mucho más fuerte por seguir indagando sobre el tema. Como ya fue mencionado antes, el acceso a la Escuela fue restringido y la información que había recopilado era bastante escasa. Con la muerte de este joven –cuyo nombre no va ser mencionado– surgió el interés por una porción de población que me brindaría el acceso mucho más fácil, por la que una cantidad considerable de hombres de nuestro país ha tenido que pasar, y lo más importante de todo, que no moriría en un combate. De allí surge el interés por investigar el SMO.

Hasta ese momento mis intereses se enfocaban en la formación militar y el problema masculino en cuanto a su constitución. Pero el SMO arroja dos variables más: la edad y el carácter transitorio de la formación (un año). Esta población está constituida por muchachos bachilleres, recién egresados del colegio (mixto, generalmente), con una edad promedio de 18 años, que ingresan a una institución completamente masculina. Estos jóvenes son formados⁶, bajo ciertas características, con el fin de desarrollar habilidades que le permitan desenvolverse dentro de la institución. Entonces, aquí se hacían claros los elementos centrales: existe un muchacho de 18 años (promedio) que ingresa a las filas del Ejército, donde los militares se encargan de someterlo a un proceso adaptativo ante el nuevo medio al que se enfrentará. Pero, ¿dónde ubicar lo masculino? Allí es cuando decido observar las estructuras de enseñanza militar, las cuales implican en sí mismas todo el problema de la masculinidad. Este es un punto estructural que va a mediar en la formación del joven recluta.

En general, el objetivo central de este trabajo fue analizar cómo interviene un tipo de masculinidad en la formación del recluta⁷ bachiller. A partir de allí, se busca comprender las relaciones internas militares, y dilucidar cómo se lleva a cabo el proceso

⁶ Entendiendo formación como un proceso de aculturación. Es decir, se busca entender el concepto de formación como un proceso de recepción y asimilación al que son sometidos los reclutas bachilleres, para que así puedan adquirir los elementos propios de la institución militar, necesarios para su buen desempeño adentro durante el servicio.

⁷ Es importante señalar que el término “recluta” va ser empleado para referirse al soldado bachiller.

adaptativo al que son sometidos los conscriptos. Un terreno en realidad desconocido para la gran mayoría de la población colombiana.

Por este último motivo, al indagar sobre el SMO, la información es bastante escasa, lo que causa cierta curiosidad frente a por qué sucede esto. En los pocos estudios que existen sobre el tema, los referentes teóricos se centran en la dimensión política de las Fuerzas Militares, pero no se analizan las estructuras y dinámicas internas de la institución. En este sentido, la información general se recolectó a través de la revisión de manuales de formación de diferentes escuelas militares, y así se definieron los términos propios del argot militar.

Los conceptos que emergieron durante la investigación pueden ser agrupados en aquellos que versan sobre *la reducción de la autonomía, la presión de un modelo patriarcalista y el carácter transitorio y transformador del año de servicio militar*. Por un lado, la vida militar del recluta se verá acotada por las fronteras físicas, sociales y morales que imponen la guarnición, la jerarquía y la disciplina/tradición militar, siendo su autonomía drásticamente reducida y muchas de sus acciones y decisiones supervisadas –cuando no sancionadas– por sus cuadros de mando. Por otra parte, el año de servicio es denotado como un reto que transforma y legitima, un tránsito que media entre sus años de adolescencia y su nueva vida de jóvenes adultos.

De esta manera, se analizó la información general a partir de tres teorías antropológicas clásicas. La primera es la teoría sobre los *ritos de paso o de tránsito* de Arnold Van Gennep (1960), desarrollada posteriormente por Victor Turner (1988). Tomé este modelo de análisis dada la similitud que establezco entre el proceso del SMO y los ritos de tránsito. En estos ritos se habla de tres momentos, divididos en un *antes*, un *durante* y un *después*, definidos en el SMO como: *incorporación, permanencia y salida*. Otra característica esencial tiene que ver con el proceso por el que atraviesan los jóvenes al ingresar al servicio: el tránsito de la adolescencia a la vida adulta, lo que es muy importante culturalmente en esta sociedad.

De otra parte se encuentra el cuartel. Un espacio que cumple con unas características especiales que intervendrán en el proceso de formación de los adolescentes. Por ello, la segunda teoría a la que acudí fue a la de Erving Goffman (1985) sobre las *instituciones totales*. Los elementos constitutivos de la institución total son claramente evidenciados en el cuartel y conducen a que los intereses sobre la formación militar misma sean llevados a cabalidad.

Y la tercera y última teoría que utilicé fue la del *sistema patriarcal*, derivada de las primeras teóricas feministas y desarrollada por diversos autores. Para fines de esta investigación, se ha elegido el trabajo de María Elena Valenzuela (1982) sobre la mujer en la época de la dictadura chilena. En este considera la importancia del sistema patriarcal como modelo implementado dentro de la organización interna de la institución militar. Desde esta premisa teórica se analiza la importancia de los roles de género para la formación de los soldados y para la exaltación de los valores propios de la masculinidad.

El presente trabajo se desarrolló a partir de entrevistas hechas a jóvenes que en calidad de soldados bachilleres prestaron su Servicio Militar Obligatorio entre 1994 y 2002, en unidades urbanas y rurales, centrales y de periferia. Se efectuaron 5 entrevistas en profundidad, realizadas entre enero y abril de 2005. El valor fundamental del contenido de estas entrevistas es que lejos de ser tan solo una recopilación de anécdotas e historias individuales, se trata de una *reinterpretación* que los propios protagonistas elaboran acerca de los sentidos y significados de la vida militar, a través de la evocación de su experiencia en el SMO. Cabe anotar que, en el momento de la entrevista, todos los informantes habían terminado hacía varios años su servicio y se encontraban adelantando carreras universitarias o ya eran profesionales. El valor analítico de esta reinterpretación es central para nuestra investigación: ¿Cómo interpretan hoy la vida militar? ¿Cómo conciben las costumbres militares? ¿Cómo describen su forma de ver la vida antes, durante y después de esta experiencia? Preguntas como estas atravesarán los relatos sobre dichas experiencias, las cuales serán analizadas a lo largo del texto.

Para este fin, se empleó como herramienta la *narrativa*, ya que la información suministrada por los informantes se basa en secuencias de eventos sobre el pasado, las cuales funcionan como representaciones interpretativas desde su propia experiencia. En parte esto se debe a las conexiones entre el pasado y el presente, evidente en los relatos de estos jóvenes, ya que esta experiencia los ha legitimado para ser lo que son hoy. Las narraciones que me proporcionaron los informantes están cargadas de versiones que han sido actualizadas gracias al paso del tiempo que ha transcurrido desde el momento que se prestó el servicio hasta hoy (Visacovsky, 2001). Estas narraciones son un eje esencial en el desarrollo de esta investigación.

Las narrativas se constituyen en un medio a través del cual se organiza la experiencia vivida, a partir de relaciones secuenciales entre los diversos eventos. La construcción de los relatos adquiere un carácter individual que, al darnos cuenta,

aparece como relato común para muchos de los otros informantes. Es así como se manejó la información tomada de las entrevistas, la cual fue suministrada por los entrevistados como una secuencia: un período anterior a su experiencia personal en el Servicio (imaginarios sobre los aspectos militares, quienes son, de donde vienen), un *antes*; un *durante*, en el que se narra todo aquello que los vincula con dicha experiencia, donde se relatan historias, el día a día, las experiencias propias, mezcladas con las de los demás integrantes del recinto; y un *después*, donde reevalúan esa experiencia a partir de la adquisición de otras experiencias como la formación universitaria, que les brinda esta capacidad.

Lo interesante de esto es que tal secuencia se relaciona directamente con los pasos a los que se siguen en un ritual. Es de esta manera que se construye la estructura narrativa, como un cuento que está constituido por un principio, un desarrollo y un final, que por lo general es iniciado por un conflicto para luego finalizar con una resolución del mismo. Esto es lo que se hará evidente durante el transcurso de los capítulos. Las narrativas o relatos que aquí aparecen demuestran unas experiencias que en ciertos puntos son compartidas, pero que en otros son propiedad exclusiva de aquel que lo cuenta. Este escrito está basado en fragmentos o recuerdos que nos remiten a eventos cruciales para estos muchachos, por medio de los cuales tratan de recapitular su historia. Cabe resaltar que, para algunos de ellos, han pasado incluso hasta 10 años desde su experiencia. La historia más reciente es de hace 3 años.

La mejor parte fue como llegué a los entrevistados. Trabajé con cinco personas principalmente, además de la información que fui recibiendo a medida que hablaba de mi tema de investigación. Primero, la casualidad fue el ingrediente que abrió la puerta para comenzar a indagar por el tema, ya que yo no busqué a los informantes sino que llegaron a mí.

Para comenzar, es importante la presentación a grandes rasgos de los informantes, aunque más adelante se hará una presentación mucho más extensa. La primera persona con la que trabajé fue Mauricio⁸, un historiador dedicado a la investigación de la vida militar; prestó el SMO en Leticia en el año de 1997. El segundo informante fue un amigo suyo, Carlos, quien también dedicó su vida a la historia; estuvo en las filas del Ejército en 1998 en Villavicencio. El tercer informante es Juan, dedicado a las ciencias de la salud, quien estuvo de servicio en Bucaramanga en el año

⁸ Todos los nombres de los informantes fueron cambiados para proteger su privacidad.

de 1994. El cuarto es Damián, quien se dedica a la antropología y prestó SMO en Bogotá en la Escuela de Cadetes General José María Córdova durante 1995. Y, por último, Enrique, un estudiante de ingeniería que al enterarse de mi investigación decidió acercarse a mí para narrar su historia. Prestó el Servicio Militar Obligatorio en Guardia Presidencial en Bogotá en el año 2003, aunque con la particularidad de que estuvo unos meses en el Sinaí.

Cada uno de ellos me permitió emplear sus opiniones, pensamientos y experiencias dentro de este texto. Las entrevistas fueron abiertas, de manera que a medida que se formulaban las preguntas iban surgiendo respuestas extensas a las que se les podía sacar la información necesaria, por lo que no fue inevitable cortar el hilo de las mismas narraciones. Todos los fragmentos de entrevistas usados a lo largo del presente texto se encuentran en cursiva.

El escrito está organizado así: en el primer capítulo desarrollo la parte etnográfica, es decir, describo las experiencias de estos cinco jóvenes enmarcadas en los temas de *ritos de paso* e *institución total*, para luego dar paso a un capítulo de análisis a partir del tema del *sistema patriarcal*. Cabe señalar la importancia central que en esta investigación tienen los relatos, por lo que la información analizada será la que ellos mismos arrojaron. Mi experiencia no se acerca a ese mundo, así que me limité a interpretarla a partir de las narraciones de mis 5 informantes. Aquí es donde radica la importancia de este trabajo: la reconstrucción de lo que es el SMO a partir de las experiencias personales de 5 jóvenes.

Capítulo 1

SERVICIO MILITAR: LA REINTERPRETACIÓN A TRAVÉS DE UNA PUESTA EN ESCENA

En esencia la función que incumbe al miembro intermedio consiste en instruir y disciplinar al tercer miembro en las formas de comportamiento que debe adoptar en sus contactos con el primero. La niñera enseña al niño cómo debe comportarse con sus padres, exactamente como el suboficial enseña y disciplina al recluta en la conducta que ha de observar ante los oficiales.

Gregory Bateson, *The Study of Culture at a Distance* (1953)

Al adelantar el proceso de elaboración y lectura de las entrevistas a los informantes, se hizo evidente en cada historia una especie de dimensión teatral que caracteriza el mundo del Servicio Militar Obligatorio. Acercarse a los relatos como si fueran la descripción de una puesta en escena donde los actores jugaron roles dentro de una trama ofreció al ejercicio analítico un poder explicativo difícil de ignorar. Es desde esta óptica, la de la puesta en escena, como será estructurado este capítulo.

Durante el trabajo de campo se realizaron entrevistas en profundidad a 5 informantes que compartieron con nosotros su paso por el Servicio Militar. Este quinteto ofrece varias características comunes que le dan un valor especial a la información. Todos se ofrecieron como voluntarios, aun cuando tenían la opción de eximirse. Todos fueron soldados bachilleres que posteriormente adelantaron carreras universitarias y todos nos ofrecen su historia varios años después de haberse reintegrado al mundo civil. La composición de los informantes nos permite evaluar distintas modalidades del servicio militar como son las del servicio urbano y rural, en capitales o en áreas periféricas, en funciones de protocolo, en unidades de frontera y en un destacamento internacional. El marco temporal de estos relatos se ubica entre los años 1994 y 2002.

Identificar las características constantes y las diferencias más notables entre estos 5 relatos es clave a la hora de contrastar efectivamente la teoría general con estos casos particulares. El Servicio Militar Obligatorio, como objeto de estudio de este trabajo, será analizado desde los relatos posteriores producto de la interpretación que han hecho de su paso por este los informantes.

En estos relatos esperamos suficiente evidencia que habilite el análisis del mundo del recluta en la milicia desde la teoría de la *institución total*, los *ritos de paso* y un *modelo de organización patriarcal*. Me propongo avanzar en esta hipótesis leyendo el SMO como una *puesta en escena*, donde los actores juegan roles dentro de una trama y donde hay una riqueza importante de significados y significantes presentes en el escenario.

Doy inicio a este capítulo presentando a sus protagonistas, los 5 informantes. A continuación desarrollo las dimensiones rituales que existen en el SMO, tratando de responder la pregunta por si se trata de un rito de paso. Finalmente, analizo los cuarteles y la vida militar del recluta, indagando por su posible constitución como una institución total.

LOS ACTORES DE ESTA PUESTA EN ESCENA

Los relatos presentados fueron contruidos a partir de los recuerdos de 5 jóvenes que pasaron por el Servicio Militar. Sus experiencias son producto de una serie de vivencias que, al ser narradas, son sometidas al análisis y la reflexión, en tanto eventos anteriores, simultáneos o posteriores al Servicio. De allí la importancia de situar a estos personajes. Se presentará un perfil de cada uno de ellos, para así contar con un referente o “carta de navegación” durante el recorrido etnográfico y teórico que se realizará a través de las siguientes líneas.

Juan: entre el niño y el adolescente en un mundo de soldados

Juan tiene en la actualidad 28 años. Proviene de una familia estrato 6 de Bucaramanga. Estudió la misma carrera que su padre –la medicina– y hoy en día se encuentra involucrado en la antropología. Su infancia se desarrolló bajo la doble guía de una educación confesional católica y un ambiente familiar sobreprotector, donde de tres hermanos, Juan fue el único hijo varón. Muy amigo de la lectura, siempre ha sentido una gran pasión por el conocimiento. Su paso por el Servicio Militar ha sido objeto de constantes autorreflexiones.

En junio de 1994, con tan solo 15 años, fue llamado a las filas de la Quinta Brigada del Ejército con sede en Bucaramanga. Para Juan, el SMO de antemano no presentaba ningún tipo de atractivo. Su personalidad pacífica, erudita, reflexiva y de espíritu crítico, le hacía dudar de la experiencia que suponría una institución juzgada como demasiado

violenta. Al respecto comenta: *“Para mí el Ejército eran unas patanes. Esa la versión mía, (...) gente muy agresiva, muy violenta, que es feliz tratando mal a las otras personas”*.

Los padres de Juan no encontraban halagadora la perspectiva del SMO. Teniendo en cuenta la edad de su hijo temieron por su seguridad e integridad. Buscando dentro de las opciones ilegales para eximirlo, encontraron sobornos que económicamente suponían un costo muy alto. Esto produjo un malestar para Juan, por lo que decidió irse voluntariamente: *“Yo le dije a mi papá: ‘No, ni miércoles. Si me voy, me voy y esa plata me la dan a mí. Por qué se la vamos a dar a esos berracos’. Fue más por esa razón que yo terminé prestando servicio militar”*.

Damián: servicio de buenos amigos

Damián tiene hoy 28 años. Fue estudiante de un colegio de estrato 6 de enseñanza norteamericana. Pertenece a una familia tradicional bogotana que ha tenido recursos para tener una educación como esta –estrato 6-, pero no como para comprar la libreta. Para ese entonces vivía con sus padres y su hermano mayor, y no tenía mucho dinero en comparación con el resto de muchachos con los que estudiaba. Ingresó a la universidad a estudiar economía, pero se dio cuenta de que no era la suya, así que decidió estudiar antropología.

Su servicio militar fue prestado en la Escuela de Cadetes en el año de 1995, y dentro de esta perteneció a su banda de guerra, en donde interpretaba la lira. Salió apto para prestar el SMO y dado que los costos para comprar la libreta eran muy altos, no tuvo más opción que entrar al Ejército.

Damián no definió una imagen del Ejército posterior al servicio; el único referente que hace tiene que ver con los buenos amigos que pudo hacer en el Ejército. Simplemente narra su experiencia.

Mauricio: una herencia familiar, una herencia militar

Mauricio tiene 25 años. Es historiador y se desempeña como docente universitario especializado en asuntos militares colombianos del siglo XX. Vive en un hogar de madre y hermanas, tras la ausencia del padre. Aunque ha vivido toda su vida en Bogotá, recalca mucho sus orígenes rurales, de provincia. Su madre es caldense y su padre boyacense. Tanto en el caso de la familia materna como en la paterna, los casos de tíos que estuvieron

en el Ejército eran gratamente recordados. Por eso, al finalizar sus estudios secundarios en un modesto colegio católico del suroccidente de Bogotá, sus expectativas frente al SMO fueron de interés.

El imaginario militar de Mauricio estaba elaborado a partir de tres factores claves: una imagen positiva del soldado rural, una imagen del soldado estadounidense y la formación patriótica recibida en el colegio.

Sus tíos maternos prestaron servicio en calidad de soldados voluntarios durante la época de La Violencia. De ellos se heredó un ideal del soldado, del *orgullo militar*, de la exaltación de lo militar, que se plasmó por mucho tiempo en la mente de las comunidades rurales y, por ende, en la familia de Mauricio. Estos ideales tenían que ver con el mito del soldado que va a prestar el servicio, el cual adquiere ciertos conocimientos en cosas útiles e importantes para la vida, como viajar a ciertas regiones del país que eran de difícil acceso, el respeto que se adquiría, la fuerte y rigurosa disciplina. Se decía que la gente que pasaba por el SMO, “*salía muy bien, equilibrada y eso sí muy bien formada*”. Mauricio señala que tales eran las afirmaciones de quienes en su momento construyeron el imaginario del buen soldado rural. Para entonces se decía que el servicio militar era considerado como la *escuela de la nación, donde se formaba al ciudadano*. Antiguamente, y quizá hoy en día, en las clases populares y medias había un respeto por ello. Aunque hay que tener en cuenta que Mauricio señala: “*Lo curioso es que se formaba gente que era popular*”.

El padre de Mauricio no prestó servicio militar. Sin embargo, le transmitió a su hijo las historias de un tío lejano que sirvió con el Batallón Colombia en Corea, relatos que marcaron su vida. Esta historia aborda la cuestión del *respeto* que inspira un soldado curtido en una guerra internacional, convencional y de gran magnitud. Según Mauricio, este imaginario se plasma en la perspectiva de la gente de las clases populares, ya que desde la participación colombiana en la Guerra de Corea, se extendió la visión de Estados Unidos como un respetable país democrático. Se veía al soldado norteamericano¹ como un soldado que pelea, que trabaja, aquel que está listo para servir en armas voluntariamente, que sirve a su nación, a su país, y vuelve a reintegrarse a la sociedad.

También estaba la influencia del colegio. A los estudiantes se les enseñaba en el himno del colegio: “[*Nombre del colegio*] *juremos al mundo combatir por Colombia y*

¹ Como lo vimos en la introducción, la doctrina de servicio militar norteamericana se basa en el ideal del ciudadano-soldado. A los soldados luego de haber cumplido con su servicio o llamado de las reservas se les premia con beneficios que favorecen la integración social, como apoyos educativos, seguridad social, alivios pensionales, entre otros.

Dios”, por lo que llegó implícitamente a la mente de Mauricio que *“hay que servir a la patria”*.

El ideal de Mauricio era poder entrar a una de las fuerza militares. Sin embargo, este deseo se convirtió en una necesidad. La crisis económica llegó para ese entonces y ya no quedaban más opciones para elegir. Por ello se fue voluntariamente a prestar su Servicio Militar: *“Vamos a experimentar cosas nuevas y ayudar. (...) Yo me regalé, voluntario, regalado es la palabra. (...) Pues yo fui de los primeros, listo pa' dentro. ‘Usted qué sabe hacer’. ‘Bueno, yo sé música, sé tocar guitarra, sé hacer y deshacer’. Todas las tretas para poder irme”*.

Reclutado en enero de 1997, Mauricio fue destinado al recién activado Batallón de Infantería de Selva No. 50, acantonado en Leticia. Hacer parte del contingente “fundador” de esta unidad constituyó un orgullo para Mauricio, asunto que recalcó varias veces en su relato.

Carlos: Servicio por un hermano

Carlos tiene 24 años. Procedente de Villa Nueva, Casanare, vino a Bogotá a estudiar historia. Fue estudiante de un colegio de formación católica. Es bastante reservado en cuanto a su vida familiar, pero siempre hace mención a su hermano que prestó servicio militar y que lo influenció para que se fuera a prestarlo. Estuvo como soldado bachiller en el Batallón Antonio Santos de Villavicencio. Fue reclutado en diciembre de 1997.

Enrique: un deber de un ciudadano, un deber con la Patria

Enrique tiene 20 años. Está estudiando ingeniería mecánica y le interesan las humanidades. Es egresado de un colegio de estrato 6 de Bogotá, de formación europea. Vive con sus padres y una hermana. Ingresó a las filas del Ejército en julio de 2003 como voluntario. Prestó su SMO en dos unidades: Batallón Guardia Presidencial en Bogotá y en el prestigioso Batallón Colombia en la península del Sinaí, Egipto.

Frente a toda la mitología que se teje alrededor de la vida militar, Enrique optó por no formarse prejuicios frente al Ejército. Prefirió evitar clasificarlo como algo malo o bueno. Decidió pensarlo a partir de ciertos comentarios que habían llegado a él. Un amigo le dijo al respecto: *“Pues bien, es mi ejército, pero si uno puede salvarse, pues sálvese”*.

Sin embargo, el interés que Enrique tenía por conocer la realidad del país, lo conducía a reflexiones como: *“si uno quiere hacer algo por el país, uno tiene que vivir la realidad”*.

Enrique se mueve en un mundo de clase alta, aislado, exclusivo, reducido. Al finalizar su bachillerato, consideró una paradoja que en su círculo social se debatiera vivamente la problemática del país, cuando por las condiciones de sus allegados, él consideraba evidente que se hallaba muy lejos de la dimensión real de los problemas.

De esta manera, señala que siempre se ha sentido una persona bastante patriótica y, de alguna forma, la idea de prestar servicio no le era indiferente del todo, por aquello del *“deber ciudadano”*. Enrique compartió con sus padres esta posibilidad y ellos le restaron importancia.

La familia de Enrique, temerosa de su suerte, confiaba en que al matricularlo en la universidad lo exceptuarían de la obligación. En el momento de la incorporación, Enrique prácticamente había definido ya su situación militar en calidad de universitario exento del servicio. Compartía esta condición con todos los amigos y conocidos presentes el día de la incorporación. Mas en su mente jugaba con la dicotomía de salvarse o quedarse: *“yo tenía la opción de salvarme”*. Su interés específico estaba en prestar en el Fuerte de Tolemaida, reconocido por ser centro de instrucción en contrainsurgencia y fuerzas especiales. Pero cuando llegó el momento de la incorporación, ya no había oportunidad para irse a Tolemaida. Solo estaban incorporando para el Batallón de Infantería No. 37 (Guardia Presidencial) y para la Escuela Militar.

Estando en el batallón de reclutamiento se formaron dos filas. Una de ellas, como Enrique lo menciona, donde estaban los *“gomelitos”* de Bogotá: todos los colegios de calendario B, gente que tenía el recibo de matrícula para poderse salvar. En la otra fila, y de nuevo en sus palabras, había *“gente que no tenía cupo en la universidad”*. A Enrique siempre le han molestado las injusticias. En cierto momento, decidió salir de la fila y pudo observar a todos sus amigos diciendo que eran colombianos, con manillas de Colombia, pero bajando la cabeza y sacándole el cuerpo al país. Y ahí su molestia comenzó a crecer mucho más y se cuestionaba sobre por qué a una persona de estrato bajo le toca prestar el SMO, mientras que una persona de estrato alto se libra en virtud de su poder económico de ese *“deber”*. Por esta razón, tomó la decisión de irse a prestar servicio: *“por lo menos uno de calendario B que va a prestar servicio militar y va a cumplir con su deber de ciudadano”*. Les entregó las cosas a sus amigos y decidió cambiarse de fila. Fue una decisión difícil. Sin embargo, Enrique opina que fue la mejor decisión que ha tomado hasta este momento: *“un sacrificio por algo, pues por lo menos por mi país”*.

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO: DE JÓVENES A ADULTOS

Es acertado plantear que el Servicio Militar es un *rito de paso o de tránsito*, dadas sus características. Estos ritos, como lo argumentó Arnold Van Gennep (1960), son considerados como “ritos que acompañan todo cambio de lugar, estado, posición social y edad” (Turner, 1988 [1969]: 101).

El paso de la adolescencia a la vida adulta tiene un significado importante en todas las sociedades. Las mujeres suelen celebrarlo con el cumplimiento de los 15 años, como sucede en Colombia, donde es elogiado con una fiesta caracterizada por el cambio de ser niña a mujer. En el caso de los hombres se determina con el cumplimiento de la mayoría de edad establecida por la ley a los 18 años. Al cumplir esta edad el muchacho que se encuentra en este tránsito se le asignan responsabilidades como el de poder tomar sus propias decisiones. De alguna manera, lo que se trata de manifestar es la adquisición y el control de su propia vida. Aunque por la ley colombiana la patria potestad se da hasta los 21 años, el muchacho adquiere la capacidad de poder ejercer acción política, como es el derecho al voto, a partir de los 18. Esto lo convierte, además de adulto, en ciudadano. La formación militar también contribuye en esa transformación.

Los jóvenes bachilleres hombres al terminar el colegio se enfrentan a dos opciones definidas por lo que se conoce como “la citación del ejército”. Ninguno es eximido de esta obligación. Sin embargo, el día que se presentan a ello, los muchachos se someten a una serie de clasificaciones médicas y físicas que constituyen los procesos de selección. Este momento preliminar no es decisivo en el futuro de los muchachos que serán reclutados por el Ejército. Su capacidad económica definirá el destino al que se enfrentarán, ya que esta puede permitirles librarse del servicio (Atehortúa, s.f; Zulaika, 1989).

Estos jóvenes ingresan al SMO con edades entre los 17 y 18 años, principalmente, para el caso de los bachilleres, pero es común que la edad se extienda hasta los 25 años para los conocidos soldados regulares. Los bachilleres entran inseguros tanto de su identidad sexual e individual como del lugar que ocupan en sociedad. Un caso que impacta bastante es el de Juan, quien ingresó con tan solo 15 años al Ejército, pues, para ese entonces, cualquier muchacho que terminara el colegio estaba en condiciones de prestar el SMO a menos que fuera menor de 15 años. Sólo hasta el Gobierno de Andrés Pastrana se establecieron la edad de 18 años como mínimo para alistarse al SMO.

El año de permanencia en el SMO tiene tres momentos fundamentales en el proceso del muchacho: *incorporación*, *permanencia* y *salida* del soldado. Según Van Gennep (1960), en los ritos de paso también existen tres fases características: *separación*, que en el caso del SMO correspondería con la *incorporación*; *margen* (o *limen* –“umbral” en latín–) que corresponde con la *permanencia*; y *agregación* que correspondería con la *salida del soldado*. La incorporación replica los rasgos de la *separación* del joven de la sociedad, gracias a las condiciones y la connotación cultural que posee la institución militar, además del distanciamiento del rol fijo que el joven tenía en la estructura social: la condición de adolescente. Durante la fase intermedia, la de la *liminalidad*, las condiciones a las que es sometido el adolescente son ambiguas, ya que el entorno cultural al que es incorporado tiene pocas o ninguna de las características propias del mundo habitual al que estaba acostumbrado. Y la fase de *agregación* (reagregación o reincorporación) se considera como el paso final del proceso, con el que se espera que el joven reclutado retorne a su sociedad en un estado relativamente estable, habiendo adquirido su nuevo rol de joven adulto y de ciudadano, formado en la disciplina y la subordinación principalmente.

Primera escena: la incorporación, la separación de su mundo habitual

El primer día posterior a la selección es similar en todos los casos. La primera fase, *la separación*, para los muchachos que ingresan al SMO, afecta tanto al futuro recluta como a su familia. Las variaciones se manifiestan en el momento en que se realiza la separación con su mundo habitual. No todos los relatos hacen énfasis en ese momento, lo cual tiene que ver con la manera como se relacionan con ese mundo que deben dejar atrás.

El SMO trae consigo un componente traumático tanto para el futuro recluta como para el mundo que lo rodea como su familia. En muchos casos, es la primera vez que el adolescente sale de su hogar. Con el SMO, el adolescente se enfrenta al choque de una vida en colectivo, desconocida hasta entonces en su trayectoria individual. La formación de estos jóvenes no es fácil. El hecho de vincular individuos que no tienen la disposición suficiente para ello, lleva a que, en muchos casos, los resultados no lleguen a ser lo suficientemente satisfactorios.

La separación con la familia no fue fácil para los entrevistados. Algunos de ellos fueron acompañados el día de la incorporación por algún pariente. Mauricio fue en compañía de su mamá y cuenta que le afectó mucho verla llorar y las ganas de morirse lo invadían a cada momento. Se cuestionaba por qué se encontraba allí. Él siempre se ha

considerado una persona muy apegada a su familia y nunca había tenido que separarse de ella. Era bastante mimado por las mujeres de su casa. Otra de las razones para que le afectara tanto es que, como único hombre, con un padre ausente del hogar, de alguna forma se sentía responsable por su familia.

Muy parecido fue el caso de Damián, quien fue dejado allí por sus padres, quienes también lloraron por la separación. Sin embargo, en su caso, el sufrimiento por este desprendimiento está ligado al distanciamiento de las cosas comunes en su vida. Carlos fue llevado por su hermano y unos amigos, quienes habían prestado servicio militar años antes y se encargarían de explicarle como proceder ese día. En el caso de Juan, en particular, la despedida no fue difícil. Simplemente su papá era el único que debía levantarse temprano a trabajar ese día, así que lo llevó al batallón y le dijo: *“Nos vemos después”*.

Con Enrique se presentó una situación un poco diferente. Como ya estaba asegurada su entrada a la universidad, sus padres, pero en especial su mamá, ya confiaban en el resultado de ese día. Ella le dijo esa mañana antes de salir para el batallón: *“Que te vaya muy bien en el Ejército. Nos vemos más tarde para ver si almorzamos”*. Su padre lo llevó al batallón y lo dejó allí sin pasar a mayores. Pero no regresó. Decidió ofrecerse a prestar el servicio voluntariamente en el mismo momento que se hacía la incorporación. Para sus papás no resultó nada fácil la situación: *“les dio duro porque no es lo normal”*. Lo difícil para las mamás, señala Enrique, es ver a sus hijos en el Ejército, del cual se habla muy mal. No obstante, el apoyo de sus padres fue incondicional. Lo único que le dijeron fue: *“por algo debió haber sido, por algo tomaste esa decisión”*. Ya no había vuelta atrás.

Ya cuando las familias estaban afuera, los jóvenes fueron reunidos en un coliseo donde los iban seleccionando y clasificando. El choque general se presenta cuando en la incorporación los oficiales comienzan a gritarles de tal manera que les generan miedo por el desconocimiento de lo que va a pasar y cómo deben comportarse: *“¡Bueno, catrehijueputas! Ustedes ya dejaron de ser no sé qué y los vamos a formar como que no sé qué”*. Lo primero que hacen es preguntar por los voluntarios. Se comenzaba a llamar lista y ellos respondían *“presente”*, y les decían: *“¡aquí no se dice presente, aquí se dice firme!”*. Les entregaban una boleta donde decía: *“Joven, no sé quien, (...) ha sido elegido por la Patria para servir a la democracia. Prepárate con actitud positiva para vivir el mejor año de tu vida”*. Al comienzo el miedo los invade, empezando porque no sabían sobre los rangos que debían decir. Los abordaban cuestiones como: *“¿Qué voy hacer, Dios mío? ¿Por qué me voy a ir? ¿Qué voy a llevar?”*.

Para Enrique, en particular, los primeros 5 días fueron muy duros. Acababa de llegar el domingo de un campamento de verano y la incorporación sería ese lunes siguiente. Estaba fuera de su vida normal durante dos meses, por lo que el cambio resultó ser muy duro. Cuando llegó al batallón, el contingente al que sería asignado estaba conformado por 800 personas, pero solo tenían albergue, por contingente, para 400. Para ello emplearon un proceso de selección que duró 5 días, de manera que pudieran dejar la cantidad de personas que necesitaban. Fue la prueba psicológica más fuerte a la que lo habían sometido en su vida. Aunque no se sabe si se hace a propósito o no, en el momento del reclutamiento convocaron el doble de lo que se necesitaba: 400 soldados.² Desde el primer momento, se paró un cabo y les preguntó: “¿bueno, quien se quiere ir? Así, libremente”, por lo que muchos levantaron la mano y se fueron. Allí aumenta la presión social y psicológica, pues ¿cómo perderse esa oportunidad?; aunque al inicio los embarga un gran sentimiento patriótico.

Pasaban los días, había menos de 400 catres, así que dormían tres personas por catre. Sin conocer a nadie, el sentimiento no era muy agradable. Durante esa semana, los levantaban a las 5 de la mañana y eran llevados al coliseo. Desde esa hora hasta las 11 de la noche permanecían sentados con frío en el mismo lugar. Solo se levantaban a comer sus menajes en el rancho. Contaban solo con 200 menajes, así que a los 200 siguientes muchachos les tocaba comer las sobras de los que se habían alimentado antes. Para ir al baño, debía pedirse permiso y solo hasta las cuatro horas después se podía ir. El paso del tiempo hace que por sus mentes surja un millón de ideas frente a los distintos sucesos de ese momento: “*uno se empieza a rayar solo. Uno se empieza a desesperar*”. Enrique sólo pensaba en que le dieran un camuflado y lo pusieran en actividad, para pensar en otras cosas y no entrar tan rápido en estado de estrés.

Ya con el tiempo se empiezan a alterar los sentidos. Sin baño, la comida “*era una porquería*”. Se empieza a cuestionar si realmente es bueno quedarse allí o no. Enrique se debatía en si irse o quedarse. Cada vez que sacaba el recibo de matrícula de la universidad, sentía una presión por no saber qué hacer. El patriotismo “se viene al piso”, “*pues comiendo mierda, chupando frío...*”. Era dura esa presión psicológica, cuando cada hora les preguntaban: “¿Quién se quiere ir?”, y se veía partir a los otros. Después los exámenes médicos, comenzaron a hacer foros psicológicos para sacar gente a la fuerza. Cinco días

² Esto siempre se presenta por los problemas de comunicación. Suele pasar que se necesita un número determinado de personas, pero se cambia la cantidad por diversas razones. Envían la información del cambio y es cuando llega tarde o simplemente no llega. De manera que se presentan casos de exceso de soldados para un mismo batallón.

después, cuando nadie levantaba la mano y ya quedaban los 400 reclutas necesarios, la bienvenida al ejército fue: “*Bueno, reclutas: bienvenidos al peor año de sus vidas. Ustedes son los 400 que no salió, no salió*”. Al escuchar estas palabras, Enrique sintió un descanso, ya que las opciones se habían acabado y no sentía la presión por tomar la mejor decisión. Ya era un hecho. Ya estaba adentro como recluta del Ejército colombiano. “*Era servicio militar obligatorio*”. Ya no era una cuestión de opciones. Y aunque fueron 5 días psicológicamente muy duros, después de tanta presión y de tratar de autoalimentarse de moral, Enrique dice que ello le sirvió para su formación personal, para su vida. Como él mismo señala, esos 5 días “*fueron un comedero de porquería*”.

Luego de pasar por la fase de clasificación, se les hace el corte de cabello, se les entregan los uniformes y se les explica la dinámica de las rutinas que deben seguir de ahí en adelante. Esto se constituye como el primer momento en que el muchacho se enfrenta a la ruptura con su vida anterior, su mundo habitual. Este tema será ampliado más adelante. De esta manera es como los muchachos tienen su primer encuentro con el mundo militar y el desprendimiento de lo que era habitual para ellos. Este primer momento es fundamental en sus memorias, y se hace mucho más evidente en algunos relatos más que en otros.

Durante el periodo de conscripción, los muchachos son alejados de su entorno, por lo que en muchos casos solo entran en contacto entre ellos mismos, todos indefensos, y con sus superiores. Bajo estas condiciones, quedan bajo un control total de todo lo que respecta a su vida dentro de la institución militar, tanto psicológica como físicamente, a cargo de un instructor que reemplaza las figuras ya establecidas dentro del hogar, adquiriendo gran influencia en el soldado bachiller.

Segunda escena: el soldado bachiller como ser liminal

A partir de este momento se genera la fase de *liminalidad*. Desde el instante en que se crea la ruptura con su mundo cotidiano, el nuevo recluta se va a encontrar con una serie de ambigüedades frente a lo que era habitual para ellos y su nuevo sistema cultural. En éste se establece una nueva serie de reglas a las cuales no ha estado acostumbrado a vivir. El rol y las posiciones que ocupaba dentro de su estructura social se reemplazan por un estado en el que no se sabe a qué lugar se pertenece dentro de la nueva estructura. Por ello “*la liminalidad se compara frecuentemente con la muerte, con el encontrarse en el útero, con la invisibilidad, la oscuridad, la bisexualidad, la soledad o los eclipses solares*” (Turner, 1988: 102).

Así es posible considerar que los reclutas recién ingresados pasan a ser seres desposeídos, aunque también uniformados e indiferenciados de sus pares. Como es común en los soldados bachilleres, la sumisión es una de las características que los distingue de los soldados regulares. De esta manera, están sometidos a recibir cualquier orden y realizarla, a obedecer cualquier castigo, sin ningún tipo de queja y sin importar lo arbitrario que sea. “Es como si se viesan reducidos o rebajados hasta una condición uniforme para ser formados de nuevo y dotados con poderes adicionales que les permiten hacer frente a su nueva situación en la vida” (Turner, 1988: 102).

Los amigos, los lanzas

Ya dentro de la institución militar es muy común que se generen relaciones entre los integrantes forjando de esta manera vínculos entrañables, rompiendo las barreras de estatus establecidas por la estructura social. Es muy común que estos muchachos sintieran al comienzo cierta indiferencia por los demás, producida por la procedencia de jóvenes de estratos socioeconómicos inferiores a los suyos. Precisamente, lo chocante para Juan tenía que ver con aquellas personas que ingresaron al servicio militar con él: *“Cuando yo llegué a prestar servicio militar me di cuenta que todos los compañeros de mi compañía eran de colegios pobres. Sí, la mayoría eran de estratos uno, dos. Muchos de ellos en esa época tenían 25 años”*.

El hecho de pertenecer a estratos uno y dos hace que en el imaginario de muchachos de estrato cinco y seis como Juan, Enrique y Damián, se generara un estereotipo particular. Este asunto se relaciona con el tipo de formación que en el colegio se les ha impartido. Juan salió de un colegio confesional católico, donde le decían: *“es que ustedes son lo mejor para estar acá, están con lo mejor”*. Enrique señala que normalmente las clases altas tienden a discriminar a los estratos bajos por las condiciones tanto materiales como económicas en las que viven. Era muy común escuchar en los círculos donde se movían para ese entonces: *“Uy, es que el sur...”*. El colegio se encargó de hacerlos ver como especiales, gracias a sus condiciones socioeconómicas, por las oportunidades que tendrían en sus vidas, por su propia educación. El argumento de muchos se enfocaba hacia ese punto y por ello se resaltan las pobres condiciones que las clases bajas no tienen para su futuro, básicamente en términos académicos, como una manera de sentirse superiores frente aquello que se maneja dentro de un imaginario. *“Pero uno no piensa que igual hay personas que pueden ser mucho más que uno, pero superiores en inteligencia, en valores, en todo”*. El punto radicaba precisamente en la imposibilidad de

una buena formación en estratos bajos. Ese era el imaginario con el que salieron Juan y Enrique, principalmente. Como caso contrario está Damián, quien prestó servicio con varios niños de estrato 4 y 5. Señala que algunos de esos reclutas habían salido de colegios conocidos como estrato 6, pero con una característica particular: *“Ahí estaban todas las clases medias que han estudiado en colegios de plata”*.

Estas diferencias se marcan no solo para ellos, sino que la jerarquización social se hace evidente en lo que Mauricio llama *“la clase popular”*. Cuando llegaron al batallón de frontera, ya se encontraban los soldados regulares. Gente que pertenece en Bogotá a la localidad de Ciudad Bolívar. Y se hace una clara referencia a que en los mismos distritos existe una organización socioeconómica. Los regulares procedían generalmente de barrios como Santa Librada y Lucero Alto, entre otras zonas de la misma localidad, señala Mauricio. Aunque él vivía para ese entonces en la localidad de Bosa, también al sur de Bogotá, sentía temor por las personas que provenían de esos lugares. Sentía que en cualquier momento los podían robar, matar o agredir.

Lo que se relata sobre los regulares es que la necesidad por tener una libreta militar para poder trabajar, los lleva, en muchos de los casos, a seguir con la carrera militar porque les brinda beneficios como vivienda y muchas otras facilidades, que en el mundo civil no tendrían la oportunidad de conseguir: *“Muchos de ellos entraron porque no tenían ninguna más opción, porque probablemente era ponerse a robar pero desde la otra línea”*. Con frecuencia ingresaban teniendo ya una familia, siendo padres ya. Mauricio comenta que logró hacer muy buenos amigos entre los regulares. La gente de las urbes de muchos batallones no tiene contacto directo con este tipo de soldados. El Guardia Presidencial, PM 13, por ejemplo, está conformado solamente por bachilleres que prestan guardia y no se tienen que enfrentar a muchas de estas cosas, comentan los entrevistados.

Pero como en todo, y más en un proceso de larga duración como este, es imposible estar aislado del resto de individuos que se encuentran allí. De esta manera, lentamente comenzaron a acercarse a las personas. Para algunos no fue tan sencilla la tarea, pero para otros logró ser satisfactoria. Se buscaba algo así como un proceso de socialización, aunque al inicio no es fácil hacerse amigo de cualquiera, dada la cantidad de reclutas que ingresan.

En el ejército los lazos entre los reclutas juegan un papel importante, se genera un afecto especial por alguien. Más que eso, es la generación de las relaciones de pares con sus compañeros. Esto se conoce en el argot militar como *“lanza”*. Se desarrolla una amistad con alguien y todo el mundo sabe. Ello facilita el proceso de adaptación de los

reclutas. Este lanza es asignado por orden alfabético por apellidos, es decir que es el siguiente o el anterior en la lista.

El batallón está conformado por dos compañías. Cada compañía se divide en pelotones de 50 personas, lo que hace que el grupo se reduzca cada vez más y la misma interacción también. Pero es así como se empiezan a formar los grupos de amigos. Aunque siempre es importante tener cuidado, señala Enrique, ya que *“uno (...) no sabe más o menos de dónde viene la gente”*. Según él, había que tener mucho tacto al relacionarse con las personas y, más que eso, saber decir las cosas: *“Porque como la gente está marcada como por esa resignación, tienden a construirse como hablan y dicen cosas de la gente”*. Si es viable aprender a manejar eso, cabe la posibilidad de hacer buenos amigos y tener éxito durante el servicio.

Enrique habla de la existencia de un grupo que para él no fue de fácil trato y que él llama “los gomelitos godapunk” de clase media, los que se creen superiores y pueden causarles problemas de cualquier tipo, por lo que pueden *“hacer todas las cagadas que hacen en el Ejército”*. Y como lo que se busca es evitar problemas, de alguna forma, todo depende del comportamiento y la actitud con la que los reclutas llegan a relacionarse.

Mientras que los demás reclutas se dedicaban a pasar el rato en actividades de relajamiento, Juan decidió dedicar su tiempo a los libros. Tanto así, que lo apodaron “Ghandi”. Un apodo particular, con ciertas características que muchos de los otros no poseían. La paciencia y la actitud de no meterse con nadie hicieron que lentamente se fueran acercando a él. Esto lo llevó a encontrar grandes amigos que hicieron que su estadía en el batallón fuera mucho más agradable. En general, los 5 jóvenes entrevistados hicieron muy buenos amigos.

Se encontraron no solo con gente de estratos bajos: *“mis amigos del ejército eran desde estratos tan bajos que se habían entrado al ejército para subir a una condición”*. También estaban allí muchachos obligados por sus padres, ya sea por formación militar en su familia o por la misma convicción por la institución, aunque el porcentaje de los muchachos que entran así es muy reducido. La gran mayoría de los reclutas procede de estratos bajos. Guardia Presidencial y La Escuela de Cadetes son lugares donde el servicio militar puede llegar a ser mucho más selecto en este tema, precisamente por las obligaciones e implicaciones relacionadas con el protocolo que allí tienen lugar.

Algo muy notable es la presencia de reclutas originarios de diversos lugares del país. Esto permite abrir mucho más a los soldados a la realidad nacional, además de ofrecerles un contacto más directo con ella. Pero, a pesar de todas esas diferencias, con la

uniformidad del vestido todos resultan ser iguales: *“Entonces uno empieza a ver toda esa mezcla, uno ve todos los estratos, todos tienen las mismas botas, el mismo uniforme, el mismo trato para todo el mundo”*.

Los lazos de amistad y lealtad que se establecen durante el servicio son muy fuertes. Siempre se hace referencia a los buenos amigos que se hicieron en aquel lugar y la importancia que hoy en día tienen para ellos: *“en el servicio yo hice unos lazos de amistad muy fuertes con esta gente. Muy, muy fuertes”*, señala Juan, *“porque (...) contrario a todo lo que yo esperaba, que me trataran mal, (...) a mí me cogieron y me cuidaron mucho. Ellos fueron quienes más me protegieron (...) Siempre estaban pendientes de mí”*. Estos vínculos se generaron sin importar las diferencias manifiestas, ya que, por lo demás, al final siempre hay una pretensión de homogenización y nivelación de los pares.

El servicio militar: entre lo rural y lo urbano

Los bachilleres reclutas deben enfrentarse a otro problema central: dónde van a ser ubicados. Estos 5 muchachos fueron reclutados en centros urbanos como Bogotá, Bucaramanga y Villavicencio. Tanto Enrique como Damián fueron alistados para batallones localizados en Bogotá, aunque Enrique tuvo la oportunidad de ir a Sinaí. Carlos ingresó a un batallón en Villavicencio. Juan corrió con la suerte de ser reclutado en Bucaramanga, pero estuvo grandes periodos de entrenamiento en la zona rural de Santander. Mauricio fue enviado a una zona de frontera: Leticia.

Las diferencias entre prestar Servicio Militar en zonas rurales o urbanas tienen su peso dentro del imaginario que aparece en los relatos de este grupo de jóvenes. No es lo mismo estar en la ciudad, en cercanía de su familia, amigos o novia, que estar en un lugar donde no se conoce a nadie. Para estos muchachos, el orgullo de poder estar en zona rural no representa ninguna forma tentativa de arriesgar su vida. Sin embargo, sí se tiene muy presente el hecho de que quienes están allá son unos “berracos”, porque es allí donde es posible enfrentarse a peligros verdaderos. Mauricio siente un profundo orgullo por haber estado en una zona rural y, más que ello, en una zona de frontera:

Eso fue una unidad que se creó ese año. Fue muy interesante para mi vida posterior, porque nosotros fuimos el primer contingente de ese batallón. Lo fundamos. Hacemos parte, dentro de las prácticas militares, de tener un orgullo porque se fundó algo. (...) Era una cosa como de gloria, en el campo.

La cuestión del orgullo es esencial en lo que Mauricio va establecer para su experiencia: *“Tuve acceso a cosas que no ha tenido la otra gente, a pesar que nuestro país ha sido violencia y esas cosas. Pero era un poco el orgullo”*.

Como todos señalan, el acudir a estas zonas abre la posibilidad de conocer gente de diversas partes del país y se abren las posibilidades para aproximarse a su realidad. Las características son distintas, comenta Mauricio, y se compara con la gente que prestó servicio en Bogotá. Hay dos factores que marcan la diferencia en mayor medida: el alejamiento de la familia y el hecho de encontrarse en una tierra agreste. Según él, esto le otorga al recluta un mayor orgullo, ya que le permite conocer territorios de frontera que la mayoría de la población desconoce y sobre las que, al mismo tiempo, el Estado no ejerce un control total. Hay un orgullo sobre la tierra nacional, aunque estas zonas sean tierras periféricas, tierras de nadie. En Bogotá podían recibirse visitas de conocidos. En el caso de la frontera, por ser un batallón alejado, la gente no salía durante un año. Las *licencias*, como se conoce en términos militares al permiso de salida, eran pocas y había que ganárselas con mucho esfuerzo. La licencia que se da es de 12 días para que puedan visitar a la familia, principalmente. Sin embargo, la mayoría de veces, la gente que está en área no sale. Durante un año no conoce más que a sus compañeros de batallón. Comparados con los soldados de las urbes, quienes estaban en zonas rurales decían sentir un gran sentimiento patriótico por prestar servicio en sitios de difícil acceso y en condiciones de aislamiento total de su mundo habitual. Un orgullo que, como comenta Mauricio, se encuentra presente en las clases populares.

La abstinencia sexual: hombres conviviendo con hombres

La falta de contacto con las mujeres durante las rutinas diarias de los reclutas forma parte de la abstinencia sexual. Dentro de su rutina diaria no se requiere ningún tipo de distractor para así poder llevar a cabalidad los resultados esperados. Es por ello que se teje un imaginario de hombre particular, en donde la imagen femenina adquiere un papel importante. En el ejército, por el hecho de convivir tantos hombres, es corriente que aparezca un morbo exagerado por la imagen femenina como objeto sexual.

Por ello, cuando hay una licencia, es común que busquen mujeres en prostíbulos que les permitan poder cumplir estas necesidades que se vuelven manifiestas. Visitar estos sitios era una práctica común en el Ejército, pero al comienzo siempre era difícil para los bachilleres:

Al primer prostíbulo que había ido en mi vida, “puteadero”, fue en el ejército. Pero pues uno iba a tomar y a hablar, hablar con las niñas. Un poco así al estilo de “Pantaleón”. Yo nunca quise más bien, un poco por la moral cristiana y esas cosas católicas. Pero algunos amigos que sí pagaban por el servicio.

Es importante señalar que, para muchos de ellos, la primera vez que visitaban estos lugares fue durante su servicio. En ellos se establecía una relación entre hombres y mujeres, de manera que se podía luchar con la imagen del homosexual y se podía demostrar su masculinidad.

Mucho más evidente se hace cuando se tiene que prestar el servicio en una zona periférica, pues hay un sentimiento de extranjería, de no pertenecer al país. La lejanía de la familia y de sus seres queridos genera una necesidad de compartir con quienes más se asemejen a la figura de la madre, reflejada en otras mujeres.

Pero esas mismas expresiones sexuales varían dependiendo del lugar donde se encuentren. Se hace distinto encontrarse encerrado en un batallón con muchos hombres, pero a donde puede acudir la familia, a estar en un lugar alejado del entorno habitual. Es en lo rural donde hay mayor expresión de lo sexual. Lo que se relata es que allí las *“hormonas le hierven a todo el mundo”*. Es por ello que el imperativo es buscar a una niña del pueblo a como dé lugar, el muy conocido *“ataque del mal de vereda”*: *“Los primeros días uno lo ve todo feo [ve a todas las mujeres feas]; a las dos semanas ya: ‘oiga está como querido’ [las mujeres están como queridas] y ya al mes: ‘oiga, pero esta está como mejor’”*.

Las nociones de estética cambian en ese momento. Deja de ser la mujer de sus sueños una modelo, para pasar a ver a todas las mujeres hermosas. El *“mal de vereda”* es definido por ellos como: *“Uno empieza a ver mujeres que ni por las curvas a usted en una ciudad le hubieran parecido interesantes, ya les empieza a ver sus cositas”*. Lo conciben como una forma de desfogue de energías acumuladas. Ellos lo expresan como: *“es que este demonio que hay en mí hay que sacarlo”*. Es una manera para sacar la represión sexual a la que son sometidos, así como se busca una figura femenina que les permita estar cerca de aquello semejante a la ternura, al calor de hogar que no tienen durante este año de servicio.

Pero no en todos los casos se presentaba este mal de vereda como normal. En el caso de las periferias, y más con los soldados regulares, el deseo sexual exacerbado hacía que los ánimos se exaltaran y cometieran ciertos delitos en dichas zonas, especialmente casos de violaciones. Esto también le ha implicado al Ejército un mayor desprestigio en zonas donde la ley es ejercida por otros organismos que están por fuera de la ley.

Los ritos propios de la formación militar

En el SMO se generan mecanismos para solucionar ciertas situaciones que se crean dentro de la convivencia con los soldados. Existen prácticas de venganza o “bromas pesadas” conocidas como “*alineamiento*”. Es una práctica donde se emplean técnicas para asustar a la persona a la que se quiere “*alinear*” por algún motivo. Comúnmente se realiza en las noches y se emplea una frase como: “*te vamos a alinear*”. Se usan prácticas como “la tabla”, la cual supone golpear con una tabla de cama el pecho, piernas o trasero de la persona de la cual se quiere vengar, al encontrarse durmiendo. Otra de ellas se realiza con un balde de agua fría que echan encima del soldado mientras duerme o al guardia que se encuentra somnoliento. En una ocasión, contaba Mauricio, le echaron un balde de agua fría a un vigilante y éste entró en shock nervioso a causa del temor que le generó la situación. También se encuentra “la tula o vuelo de apoyo” o “el baúl” conocido como “vuelo de apoyo norteamericano” que actúan de la misma manera que “la tabla”.

Sin embargo, estas acciones no solo se realizan para vengarse. También son empleadas por los reclutas antiguos para iniciar a los nuevos, a los soldados recién ingresados: “*Usted viene del mundo civil. Usted es un civil. Usted tiene que volverse un soldado agresivo*”. La estimulación por iniciarlo en la agresividad es uno de los principios rectores de la aplicación de estas prácticas. Se busca volverlo una persona agresiva.

Otra de las prácticas que suele efectuarse es la que tiene que ver con el robo, más conocido como “*cuadrarse*”. Por lo general, las cosas suelen perderse o ser robadas. Como es tan importante mantener la dotación básica asignada completa a la hora de la revisión, en las noches los soldados aprenden que es posible quitarle a otro lo que le sirve para cumplir con la designación del día siguiente. El robo es un medio para evitar los regaños a causa de faltantes, pero no es castigado a severidad. Es de conocimiento general, pero las repercusiones de ello no son mayores en los casos que resulte ser menor. Sin embargo, los robos adquieren peso en el momento en que se trata de las pertenencias de los oficiales. Los castigos por ello se manifiestan a través de la actividad física. Si hay un indicio de quién lo realizó pero no confiesa, es posible que todos los pertenecientes a la escuadra o al pelotón sean castigados por medio del tradicional “volteo”.

Otra de las prácticas de iniciación que se emplea se relaciona con los cantos y las oraciones que son enseñadas durante la instrucción, las cuales son puestas a prueba, precisamente durante el transcurso de la noche: “*Necesito que me canten (en la recogida) una estrofa del Himno de Colombia*”. Es común que cada semana los pongan a cantar una estrofa diferente. La agresividad de la voz, la coordinación de las mismas y, lo más

importante, la memoria para que no se equivoquen, son corrientes en esa dinámica: “¡No los escucho manada de hijueputas, no los escucho!”. La idea es que suene bien al unísono, con un sonido bastante agresivo y fuerte. Por las edades con las que ingresan algunos (15 o 16 años) era probable que su voz se encontrara en cambio y por ello en esos momentos surgieran los conocidos “gallos” propios de la edad, lo que dificultaba el ejercicio.

Ritos institucionales

El ingreso a la institución se caracteriza por el comienzo de un paso transitorio en la vida de los jóvenes. La instrucción conocida como “básica sin armas” es la primera entrada a ese nuevo mundo. Su duración no supera los dos meses. En ella se entrena en aspectos básicos como lo es el “orden cerrado” (el cual se definirá más adelante), las actividades físicas diarias, la enseñanza de las insignias militares y de las oraciones, entre otros. Se entrena para el momento en que se hace la entrega oficial de las armas.

La segunda fase es el entrenamiento de “básica con armas”. Funciona como una especie de ritual de incorporación. El momento en que se entregan las armas otorga una mayor responsabilidad a cada uno de los soldados. Esto se debe a que las acciones deben calcularse mucho más y es allí donde se pone a prueba el control de los instintos. Después de la entrega del arma, prosigue un tiempo de apropiación de la misma a través de ejercicios. El arma es considerada una prolongación del soldado y su inseparable compañera; es un objeto de su pertenencia del cual depende su supervivencia y que, por tanto, no debe ser entregado a nadie.³

Las prácticas de iniciación en muchos casos se pensaría que pertenecen a ejércitos “primitivos”. En ellos se maneja la competencia del que mejor sobrevive y de quien demuestra ser más fuerte. La supervivencia en un medio agreste, frente a la gente que se desconoce, es la idea central que manejan en su mente. Por ello, las prácticas iniciatorias pueden ser consideradas como un mecanismo de defensa, en muchos de los casos, a través del desarrollo de habilidades por medio de la experiencia que se va adquiriendo.

Otro de los elementos que se resaltan es la humillación empleada por los militares para la formación de los soldados, la cual encuentra importancia dentro de la fase de *liminalidad*. Ésta “implica que el que está arriba no podría estar arriba de no existir el que estuviese abajo, y que quien está arriba debe experimentar lo que es estar abajo” (Turner: 1988: 104). Es necesaria la experiencia de los oficiales para poder aplicarla a los soldados

³ Este tema será desarrollado en el siguiente capítulo.

bachilleres que se encuentran a su cargo. Allí se ubican dos de las características de la *liminalidad*, enmarcadas dentro de la humillación, como son la obediencia y el silencio. Los reclutas son sometidos a ellos con el fin de lograr disciplinarlos, uno de los fines esenciales de la formación.

Tercera escena: la antigüedad como un paso a la reincorporación

La experiencia que el recluta adquiere durante la formación le ofrece la posibilidad de adaptarse mucho más fácil y además le permite obtener el *respeto* de parte de los reclutas más nuevos. Aquí, la *antigüedad* se convierte en un importante capital. Ésta se adquiere por los días de diferencia que llevan unos y otros. Es decir, alguien que lleve tres días más en el batallón que otros, va a ser más antiguo que ellos. La relevancia de ello es que con la antigüedad se adquieren ciertos privilegios y se eleva el prestigio individual. Ya se ha pasado por los ritos, de manera que ya no es fácil dejarse amedrentar. Por lo general, son los más antiguos los encargados de realizar los ritos iniciáticos a los nuevos.

El paso del tiempo les brinda a los reclutas cierta confianza en su estadía en el ejército. La antigüedad les brinda un estatus frente a los más nuevos. A partir de allí, se generan unos mecanismos de agresividad por medio de los cuales garantizan que ya no se van a meter con ellos. El antiguo ya no siente el temor del comienzo y siente la confianza suficiente para terminar su paso por el servicio, de manera que ya está en condiciones de reincorporarse a la sociedad civil.

Cuando se encuentra cercana la salida, los reclutas adoptan pensamientos y actitudes mucho más favorables para ellos, positivos, realistas y motivantes. Es allí cuando toman su experiencia y su estancia en el servicio como un paso importante para el desarrollo de su propia vida como una forma de aprendizaje y aplicación para la misma.

La antigüedad también se refleja en la manera de llevar el uniforme. Una de las características del recluta de la ciudad es que el uniforme es impecable. Recién llegado a las áreas rurales, trata de mantener todo absolutamente limpio. Pero al adquirir antigüedad, el orden con el uniforme pierde importancia. Se suele jugar con el mismo. A Mauricio, por ejemplo, le gustaba jugar con una gorra que tenía orejeras, a la manera de orejas de Tribilín o antenitas de vinil como las del Chapulín Colorado. Ya para ese entonces nadie dice nada, porque adquirir antigüedad es una cuestión de respeto.

LA PUESTA EN ESCENA: EL CUARTEL

Para iniciar es importante definir qué es *institución total*. Goffman la define como “el lugar de residencia-trabajo, donde gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (1972: 13). Son llamadas “instituciones” gracias a que los edificios en los que se desarrolla la vida de los internos están integrados por habitaciones y, a la par, hay un desarrollo de determinadas actividades. En estos lugares, se absorbe el tiempo y el interés completos de sus miembros ofreciéndoles, de alguna manera, un mundo propio. Así la “institución” tiene una tendencia totalizadora, gracias a los obstáculos que son impuestos para la interacción social con el exterior y al aislamiento de sus miembros de este mundo. Por tanto, la *institución total* es considerada como un híbrido social, donde en parte es una organización formal y a su vez una comunidad residencial. Como señala Goffman, “en nuestra sociedad, son los internados donde se transforma a las personas; cada una es un experimento natural sobre lo que puede hacerse al yo” (1972: 25). Es decir que funciona como moldeadora de comportamientos, actitudes, de manera que sirva para cumplir con las funciones que son propuestas por la institución y por la misma sociedad. Podemos encontrar dentro de este tipo de instituciones las cárceles, los ancianatos, los hospitales, los conventos y los cuarteles, entre otros.

Por otro lado, en todas las sociedades conocidas como modernas existe un ordenamiento básico para el individuo como es la tendencia a dormir, jugar y trabajar en diferentes lugares, con distintas personas y bajo diversas autoridades, sin contar con un plan racional amplio. De esta manera, la institución militar rompe con lo ordinario de estos espacios de la vida social, en la medida en que el individuo es separado del mundo exterior y todos los aspectos de la vida se desarrollan en un mismo lugar y bajo una autoridad única. Además, la actividad diaria se desarrolla en compañía de los demás reclutas. Estas acciones están programadas rigurosamente a partir de una secuencia que está determinada por un sistema de normas formales explícitas que, a su vez, serán llevadas a cabo por una serie de oficiales de mando encargados de hacerlas cumplir. Con el acatamiento de estos deberes es posible alcanzar los objetivos propuestos por la institución. A partir de esto, la estructura del yo de los *reclutas* (para este caso) es gravemente modificada, gracias al tipo de prácticas de nivelación, despojo, desidentificación e infantilización a la que son sometidos.

La institución militar se puede incluir dentro de lo que se conoce como *institución total* por las características propias que la rigen. Desde el primer momento que se ingresa a la institución militar tiene lugar una uniformización de sus integrantes. Lo primero que se les hace es el corte de pelo propio de los militares: muy corto, muy “masculino”, muy “varonil”. El corte de cabello es esencial para la unificación de todos. “*En el comando, lo primero fue la peluqueada*”. “*Vestidos de cierta manera: una camisa blanca y tenis*”. Son tomadas las medidas de los uniformes, para luego hacer la entrega de estos, de los camuflados. Lo interesante de estas dos acciones es la unificación que se busca hacer en todo. Se les hace entrega de las medias, ropa interior, jabón. Todo exactamente igual. Todo es unificado. Nada es diferente para nadie. La igualdad es lo que rige y no la diferencia.

Sin embargo, a la unidad que llegó Mauricio, por estar recién formada, no tenía ningún tipo de dotación. Así que esa primera semana emplearon la dotación de aquellos que acababan de partir a otra zona del país. Solo después de ocho días llegaron los uniformes. Con la llegada de estos, comenzó el famoso cuento de tener que ganarse su uniforme, sudarse su uniforme, “*por mi camuflado*”. Para ello, se imparten actividades mucho más fuertes, se busca poder ejercer el derecho a usarlo, “*a sudárselo*”. En pocas palabras, la idea de luchar por su posición dentro del grupo.

El aseo es bastante importante. Es el juego de estar estéticamente limpios y que todos se vean muy parecidos. Que las botas brillen, resalte el peluqueado. Después de tener el uniforme y del corte de cabello, ya comenzaban a formar parte del grupo de los reclutas, ya les decían: “*Hola conscripto*”.

La formación de los militares, y en especial la de los soldados reclutados para el SMO, se realiza en los mismos espacios, tales como la Escuela de Cadetes en algunos casos, pero para otros son los batallones en distintos lugares del país. Estos espacios son conocidos como guarniciones, lugar donde se encuentran los límites físicos (edificios administrativos, dormitorios, entre otros) donde se alberga una unidad militar. Lo importante de ello es que las reglas institucionales se mantienen sin importar mucho el rango, ya que el paso desde abajo siempre ha sido obligado para la jerarquización de la misma. En términos generales, las instituciones militares forman parte de la formación tanto de los soldados bachilleres como de los cadetes. Por ende, es un recipiente donde contiene las mismas reglas para todos, con el fin de poder moldear su disciplina. Denominaremos a estas guarniciones como *cuarteles* para fines de este escrito.

Los *cuarteles* desarrollan una distribución del espacio particular donde el control ejerce su poder. En términos foucaultianos, se podría decir que el cuartel tiene cierta

similitud con el *panóptico*, ya que la vigilancia de los espacios es fundamental para el desarrollo de la disciplina de los soldados, como sucede en este caso particular. Como señala Michel Foucault (2003 [1975]), la disciplina tiene que ver con la distribución de los individuos en determinados espacios, donde la clausura para este caso es fundamental. Repartición que es esencial para localizar a cada individuo, de manera que se pueda establecer quién está y quién no, cómo se comportan a cada momento, para así evaluarla, castigarla, o medir sus cualidades y sus méritos.

El corte de cabello, la asignación de uniformes, compañeros y camas, la iniciación en las reglas del cuartel, funcionan como *procesos de preparación* que permiten moldear y clasificar dentro de la institución a los nuevos reclutas, para así transformarlos paulatinamente por medio de las operaciones de rutina.

Pero la unificación no solo está relacionada con la apariencia física. En el momento en que se pierde la individualidad se comienza a formar parte de un cuerpo que está constituido como tal. Las actividades deben desarrollarse en grupo, con coordinación y donde nadie se equivoque porque eso equivaldría a que todos cometan un error. Se cuenta por turnos o al unísono mientras se realizan las actividades físicas. Se unifica, todos por igual, y si alguien se equivoca, se vuelve a comenzar. Es un entrenamiento de la disciplina y la capacidad de mantener la concentración mientras se está realizando una actividad en conjunto.

Los individuos, entonces, dejan de serlo y se convierten en cuerpos, pero no son cuerpos aislados, sino que pertenecen a una colectividad, a un mismo cuerpo. De manera que el cuartel funciona como una instalación funcional donde se facilita la vigilancia y el control, lugar donde se moldea la disciplina. Es un lugar donde se instaura la firmeza pero a su vez accede a una circulación de relaciones sociales, se suprime la individualidad para instaurar relaciones funcionales, y lo más importante de todo, garantiza la obediencia de los individuos, además de mejorar la economía del tiempo (Foucault, 2003: 152).

Lo interesante para algunos casos, como el de Mauricio, es que la imagen que poseían del soldado estaba relacionada con la idea del respeto, pero más allá de eso, de la formación de la disciplina. Una disciplina fuerte, rigurosa, una disciplina dada por los golpes. Porque, según relatan, la idea que poseían era que la gente que lograba salir perfectamente de allá, salía equilibrada “y, *eso sí, muy bien formada*”, además, de poseer el orgullo de ser egresado de la “*Escuela de la Nación*”, donde se forma el ciudadano, en otras palabras, el orgullo por haber sido formado por la institución militar como soldado.

Un ejemplo respecto al castigo desindividualizado lo menciona Mauricio. Dadas las conocidas prácticas de robo y “alineamiento”, la primera noche en el batallón respectivo se montaron “guardias” entre varios amigos, con turnos de a tres o cuatro personas que hacían relevos cada dos horas para mantenerse despiertos toda la noche y que nadie les hiciera nada. Y todos cumplieron por iniciativa propia. Mientras prestaban guardia unos y durmiendo incómodos otros, los *regulares* y además *antiguos* no quisieron dejarse amedrentar por lo que robaron algo a uno de sus compañeros, y su oficial encargado se enteró: “*¡Se levantan todos. De pie, de pie gran hijuetutas los que se robaron esto!*”. Los levantaron a media noche y los pusieron a *voltear*, a hacer ejercicios obligados. Tenían que hacer mil ejercicios: flexiones de pecho, saltadillas y cuclillas, todos en conjunto y se contaba por turnos. Todo se unificaba, todos estaban igual y si alguien se equivocaba, todos volvían a empezar. La idea de ello es mantener la unificación, tras una pérdida de la individualidad.

Convivencia, el día a día

Los espacios en los que siempre estuvieron acostumbrados a desarrollar su vida los reclutas por fuera de la institución, les brindaban la oportunidad de desarrollar actividades dentro de diferentes ámbitos. El cambio es profundo. Ahora deben someterse a una autoridad única, desarrollar su vida dentro del mismo espacio, las actividades son desarrolladas en compañía de una gran cantidad de personas que reciben el mismo trato y realizan las mismas acciones. Todo se realiza dentro del mismo espacio, con una programación diaria de cada una de las actividades, como la levantada, las comidas, la instrucción, el orden cerrado, la recogida. Se lleva siempre la misma secuencia con la misma duración, la premura del tiempo. Todo esto con el fin de formar un soldado capaz de cumplir órdenes y hacer cumplir las mismas, disciplinarse y mantener una estricta rigurosidad en todas sus acciones, ideales propios de la institución militar.

La convivencia no es fácil y más conviviendo en un mismo alojamiento de 200 personas, el cual se convierte en cuarto de 200 personas. Se tiene su catre, su tula donde se guarda todo, pero no se mantiene ningún tipo de privacidad. La convivencia depende mucho de cada uno de ellos, pero también del mismo grupo. Si una persona no dejó bien tendido el catre, pues por él *voltea* todo el pelotón: “*Es que el ejército tiene un pedazo súper mamón que es la parte de protocolo y presentación*”. Entonces se levantan a las 6 de la mañana y ya deben estar brillados los zapatos, las camas tendidas, así perfectas, todas las

tulas alineadas y cubriendo, como dicen ellos, las chanclas también. De manera que son levantados muy temprano para tener tiempo de realizar todas estas actividades. Si alguien llegó a hacer algo mal pues voltea todo el mundo, lo que produce, antes y después, cierta tensión. Se aplica insistentemente la presión colectiva.

La mayoría de los reclutamientos tienen lugar en las grandes ciudades como Bogotá, Cali, Bucaramanga, Villavicencio, entre otras. Por ello, la primera noche duermen en un batallón que no es en el que van a permanecer. A la mañana siguiente, son enviados a los respectivos lugares donde deben prestar el servicio.

La adaptación a su nuevo ambiente inicia con el proceso de entrenamiento militar. En él, el recluta comienza a explorar tanto sus propias habilidades como sus capacidades. Es un proceso adaptativo que debe ser muy bien desarrollado, para que así los resultados sean ventajosos. Se espera una eficiencia de sus tareas.

Mauricio partía a la mañana siguiente al lugar de frontera al que había sido asignado, Leticia. Esa primera noche, cuenta que el frío fue impresionante. Esa noche tuvieron su primera comida. Alrededor de ella se tejieron muchas historias sobre que si no comen los obligan a comer. Mauricio tenía muy presente eso porque sus tíos le habían comentado sobre esas prácticas. Se les entregó una palangana, donde se les sirvió un tamal. Pero no corrió con la suerte de comerse ese tamal, ya que se acabaron antes que le tocara a él. Así que le correspondió comer la comida que quedaba del batallón: arroz, papa y ensalada de remolacha. La hora de dormir no fue muy diferente a la comida. Unas camas bastante incómodas, pero más que eso tenía temor por estar con gente desconocida y no saber qué podía llegar a pasar.

A la mañana siguiente les dieron el desayuno, *una ración de campaña*, típica ración herencia del ejército norteamericano comenta Mauricio. Más conocida como “Cien en uno” que está constituida por un paquete donde vienen fósforos, galletas, caldo de gallina, arroz con pollo, todo preservado para que pueda durar años. Una comida básica para un día. Ese fue el desayuno, con un pan, duro como una panela. Les dan los utensilios para la maleta. Cuenta Mauricio que, más adelante, al desayuno les daban chocolate hirviendo en un sitio donde estaban a 28°C o más en la mañana, además de una mogolla vieja. Igual, debían botarlo, ya que ni lo uno ni lo otro era posible consumirlo. En otras ocasiones se hacía algo que era “comer sobre la marcha”, mientras se trotaba para el alojamiento.

Después del desayuno, pasaban a formación, la cual se hacía cuando ya todos estaban bien arreglados. Es en este momento cuando sale el Coronel, se hace un conteo de la gente y ordena: “¡Compañía: atención, vista al frente, cubrir!” . “Cubrir” es pararse uno

detrás del otro y “alinearse” es mirar hacia un lado. Después de esto, contaban y daban parte: “Permiso para hablar. Hay 38 soldados en esta compañía, uno está enfermo, hay tantos que están de licencia...”. Dan un informe de la gente que hay como manera para mantener el control. Luego se daba parte a las novedades, lo que se iba a realizar en el día y luego cada quien tomaba nuevamente su camino, en el caso de ellos eran llevados a instrucción. Se pasaba revista todas las mañanas de las uñas, las botas, del aseo. En la tarde se volvía a hacer el mismo procedimiento y se les asignaban nuevas actividades como limpiar, barrer, recoger hojas.⁴

En la tarde se reparten unos refrigerios que la mayoría de veces debían botarlos porque eran cosas que no se podían comer. En parte se debe a la herencia norteamericana, ya que antiguamente solo se repartían las comidas básicas y gracias a la influencia de este Ejército, se dieron cuenta de la necesidad de brindarles calorías a los reclutas para que así cumplan con las actividades. Es decir, existía la necesidad de poder recuperar energía para poder evitar el conocido *despenque*, tal como se llama a los desmayos que sufren los soldados a causa del calor o el exceso de esfuerzo físico y es muy difícil que se pueda levantar: “*Se cae como un muñequito*”. Era muy común que los pusieran a cantar un himno que decía: “*están cansados, que viva el 'despenque', que viva Colombia, que viva*”. En pocas palabras, “*el despenquarse es responsabilidad suya*”, comenta Damián, por tanto es castigado a severidad.

Al comienzo siempre los reúnen a todos para explicarles qué es lo que se va a hacer primero. Se inicia con el adiestramiento. El adiestramiento varía, pero se realiza por unos dos meses principalmente. El recluta nuevo no tiene armamento sino hasta después de un mes donde se efectúa la *entrega de armas*. Luego de la instrucción básica sin armas y básica con armas, se hace una práctica en campo que se conoce como “terreno”. Allí se pone a prueba todo lo que se ha aprendido en la teoría y se hace un simulacro de combate. Este simulacro se realiza con balas de salva y protecciones de todo tipo; se divide la compañía en dos grupos, donde ambos son enemigos. Es un simulacro y un adiestramiento militar, netamente estratégico de aprendizaje.

Dentro de este entrenamiento de campo, también se desarrolla lo que se conoce como *polígono*. Enrique se desarrolló bastante bien en esta fase de campo. Aunque nunca había tenido un arma en sus manos y no sentía gran aprecio por ellas, pudo darse cuenta de que su desempeño al disparar era bastante bueno.

⁴ En un batallón el aseo es fundamental. Nunca se puede dejar una hoja en el piso y si se cae se tiene que recoger. Eso se hace en la mañana, en la tarde y en la noche.

Se les enseñan todas las estrofas de los Himnos del Ejército y de Colombia. La oración del soldado, la cual dice Mauricio que le funcionó bastante bien. Les instruyen a distinguir los distintivos de los diferentes rangos. En el caso de Mauricio, por estar en una unidad de frontera, les enseñaban los distintivos de las demás fuerzas militares del país fronterizo, además de estrategias fundamentales y quién es el enemigo. Comúnmente, a los reclutas novatos en las noches se les ponía a cantar una estrofa diferente del Himno de Colombia, de la Infantería, Oración a la Patria, entre otras, cada semana, y les hacían repetirla hasta que logran el sonido ideal: un unísono en tono muy agresivo.

La ruptura del yo: la pérdida de la individualidad

Una de las características de la institución total es el ingreso. Este momento trae consigo diversas transformaciones del individuo. En el momento en que llegan los futuros internos al establecimiento, llevan consigo una “cultura de presentación”⁵ producto de un “mundo habitual” que es asumido como natural. El futuro interno llega con una concepción de sí mismo resultado de ciertas disposiciones sociales establecidas por su “mundo habitual”. Desde el momento de su ingreso a la institución se despoja de aquellos apoyos que son naturales y comienza el proceso de la profanación del yo: “La barrera que las instituciones totales levantan entre el interno y el exterior marca la primera mutilación del yo” (Goffman, 1972: 27).

El recluta llega con una preconcepción de él mismo, con ciertas disposiciones sociales producto de su mundo y rutina habitual, las cuales le son despojadas junto a la seguridad que estas le brindan. Quiere decir “que comienzan una serie de depresiones, degradaciones, humillaciones y profanaciones del yo” (Goffman, 1972: 27).

Algo que fue evidente en los relatos está relacionado con el primer día. Como contaba alguno de ellos, cuando fueron peluqueados sus compañeros, se encontró con que todos eran exactamente iguales. Ya no conocía a aquella persona con la que había estado hablando horas antes y tampoco lograba reconocer a sus propios amigos. Iguales y perdidos. Solo después de un buen tiempo, le fue posible saber quién era el que se encontraba a su lado ese primer día e identificar al resto de la compañía. Es un momento duro para cada uno de ellos, ya que hay una pérdida de identidad y no es un civil con unas

⁵ Esta “cultura de presentación” está constituida por todos aquellos elementos que el individuo ha adquirido dentro de sus procesos de socialización, a lo largo de su vida.

características particulares. Se ha convertido en uno más de la unidad, del cuerpo. Se convierte en un recluta más del batallón.

La individualidad es uno de los elementos que se pierde desde el momento mismo en que se ingresa al Servicio Militar. Esto se refleja claramente cuando deben enfrentarse a cambiar su ropa delante de los demás reclutas con los que se encuentra compartiendo un espacio. Al comienzo, siempre trata de guardarse la privacidad, pero no dura mucho, ya que la presión del tiempo los lleva a que las cosas se realicen en un plazo bastante reducido. Uno de los espacios en los que más se mantiene la privacidad en “la vida civil” es en los baños y las duchas. El choque es bastante fuerte en el Ejército, ya que estos dos espacios son completamente abiertos, de manera que todos pueden ver lo que se realiza en ellos. Todos los entrevistados comentaban que el primer día que debían bañarse junto al resto de reclutas fue un verdadero sufrimiento, todos tenían temor. No conocían a nadie ni nadie los conocía a ellos, por lo que se hacía mucho más difícil realizar estas actividades. Se presentó el caso que muchos de ellos decidieron bañarse con las camisetas blancas que llevaban de su ropa de civil. Nadie se las quitaba. Solo lo hicieron después de un tiempo, dado que el tiempo apremiaba, además de que ya se había generado cierta confianza.

Luego de romper con la individualidad en cuanto a la hora de ducharse, un problema que persiste y que afecta mucho más a fondo esa individualidad es el hecho de tener que entrar al baño para realizar las necesidades fisiológicas del cuerpo. Una cosa es bañarse de afán, cepillarse los dientes, afeitarse, pero otra es tener que hacer del cuerpo mientras muchos ojos y cuerpos se encuentran presentes en el mismo espacio, sin una sola puerta que te separe de ellos. No se respeta ni este momento propio de la intimidad y que de alguna manera se respeta mucho en su mundo habitual. Es un acto muy privado, que para este caso, puede lograr un choque muy fuerte, hasta el punto que las personas pueden llegar a reprimir sus necesidades para poder convivir y mantener su intimidad. Es un problema de incomodidad que llega a traumatizar y a herir la susceptibilidad de las personas.

Obligar al recluta a pedir permiso para actividades menores que cualquiera puede cumplir por su cuenta en el mundo exterior, como ir al baño, es uno de los medios para desbaratar su autonomía. Ese sometimiento a la obligación impone al individuo un papel en donde es sometido y disminuido, elementos que son humillantes para un adulto y su autonomía (Goffman, 1972: 51). Es una manera de violar la autodeterminación, la libertad de acción, es decir, el dominio de su propio mundo. Las mortificaciones a las que el recluta

es sometido son aquellas que se relacionan con la higiene, como son los baños, el aseo personal.

Como se mencionó anteriormente, los diferentes lugares donde es posible prestar Servicio Militar cambian y a su vez generan diferencias en cuanto a la misma convivencia. En el caso de aquellos que prestaban SMO en zonas rurales o de frontera, existe un distanciamiento y aislamiento radicales de los círculos habituales. Esta situación genera estrés en los reclutas. Sin necesidad de estar dentro de zonas de combate, el hecho de no poder compartir con nadie más, de ver las caras de las mismas personas todos los días, de estar sometido a una disciplina excesivamente rigurosa, a un control constante, sin posibilidad de salir de la rutina diaria, genera en muchos reclutas una presión que pueden no soportar, hasta el punto de cometer insubordinaciones frente a sus superiores y pares. Estos son los casos de los soldados que no realizan las actividades asignadas y que pueden llegar a usar sus armas contra alguien; otros que atentan contra sus propias vidas o que ven seriamente afectado su estado de salud mental o físico. Sin embargo, es el aislamiento permanente un mecanismo para la formación de un grupo unificado de reclutas.

Dormitorios: espacios de control

Uno de los espacios de mayor vigilancia y control son los dormitorios. Se emplea una sola puerta principal y unos ventanales gigantes, desde donde es posible observar las actividades que se realizan dentro del recinto. La importancia de este espacio está relacionada con el desarrollo de las actividades que más impactan a los reclutas a su llegada al batallón. El papel principal que desempeña la vigilancia es el de “poder ver que todos hagan lo que se les ha dicho claramente que se exige de ellos, en condiciones en las que la infracción de un individuo probablemente se destacaría en singular relieve contra el fondo de sometimiento general, visible y comprobado. Supervisado y supervisados están el uno para el otro” (Goffman, 1972: 20).

Esta división del espacio tiene un elemento central. Dentro de los mismos dormitorios entran a jugar los elementos de *control*. Todo es contado y revisado; por tanto, en una zona que es conocida como “control interno”, se señala el conteo de las pertenencias de cada uno de los reclutas, con el fin de que todo sea evidente para todos. Este espacio alberga en promedio a 160 hombres; las camas son dobles en un mismo lugar, una cama arriba y la otra abajo, hay camarotes donde la unidad corresponde a 2 hombres y entre cada camarote hay una distancia de 1 metro. Todo está completamente medido y

limpio. Los dormitorios son una especie de barraca, y en el final de ella, es posible encontrar letreros que dicen: “*Estamos en guerra y la estamos ganando*”. Al interior se aprecian las banderas de las distintas armas del Ejército con sus frases insignia: “*Salve usted la patria, Deber antes que vida, Vencer o morir*” (Atehortúa, 2002: 79).

Las revisiones se realizan cada mañana. Pasan revista de las uñas, las botas, el aseo. Este último es fundamental en las instituciones militares. El fundamento de que todo sea revisado tiene que ver con que todo sea igual dentro de los cuerpos de reclutas. Es un juego estético en el que todos se vean muy parecidos, se vean reducidos a una sola condición. Aquello también abarca el mismo espacio donde residen ese año, como reflejo del orden y equilibrio que la institución militar quiere demostrar.

Los alojamientos son asignados para el SMO por compañía, la cual está compuesta por cuatro pelotones conformados por cuatro escuadras, cada una con diez hombres. La distribución de las camas para los reclutas se da por orden alfabético. De esta manera, es mucho más fácil ubicar a cada individuo gracias a la distribución. Si hay un faltante en la noche es posible saber quién fue el que irrumpió las reglas.

El tiempo: una manera de control

El tiempo cumple la función de poder establecer ritmos colectivos obligatorios que se encargan de reforzarlos. Es un ritmo que garantiza la organización y obediencia de la tropa. Como plantea Foucault (2003), el establecimiento de rutinas, ritmos, tiempos permite el desarrollo de la cotidianidad dentro de un marco disciplinar como ejercicio de control. Es una forma de economizar el tiempo de los individuos, acumulándolo en sus cuerpos, en sus capacidades, como forma de empleo y control. Existe una división de la duración de los segmentos durante el día a día dentro del Servicio Militar.

Todo debe realizarse con la mayor rapidez posible, las actividades son intensas y el control del tiempo está completamente medido. Cada momento está medido por las cornetas o las voces de mando. Muestran con exactitud cuánto debe durar cada actividad. Los días inician con el toque de la “diana” para despertar al soldado. Ello es seguido por tender la cama, bañarse y cumplir con las funciones primarias en cuanto a su cuerpo. Después deben vestirse. Se les conduce a formar (es el punto de culminación desde la despertada hasta la finalización de las actividades posteriores al desayuno) para poder dirigirse al desayuno. Luego lavan sus utensilios y regresan al alojamiento para encargarse del aseo y el arreglo tanto de las instalaciones como de los alrededores. Finaliza este

momento con la formación para el saludo a los superiores. Enseguida, inician con la instrucción, donde se les enseñan lo que es conocido como *la cortesía militar*: los distintivos militares, los grados, las insignias y su significado, la distinción, respeto y saludo a sus superiores, y se les inculcan los valores militares, los himnos y las oraciones. Cuando termina la instrucción se vuelve a formar para poder dirigirse, ya sea para el almuerzo o para la comida. En muchos batallones se realiza “el orden cerrado” en las horas de la mañana y otros en la tarde, que termina cuando se dirigen al almuerzo o a la comida. Después del almuerzo siempre se tiene un descanso, para luego reanudar las actividades. A continuación de la comida, vuelven a tener un descanso y luego forman para dirigirse al alojamiento. Este momento es conocido como “la recogida”. Las actividades nocturnas se mantienen. Vigilancia en el caso de aquellos que prestan guardia y castigos a aquellos que han hecho algo mal.

Tanto los dormitorios como los baños juegan un papel fundamental dentro del control que se puede llegar a ejercer durante la estadía dentro del cuartel. El tiempo que se les da para realizar las actividades propias del aseo y orden de estos dos espacios es mínimo. Con solo 7 minutos debían ducharse, y en algunos casos se les daba menos tiempo para poder hacerlo. Es decir, se abre la ducha, se echa el jabón como pueda y se sale a correr para realizar el resto de actividades que les restan y para las que cuentan con un tiempo parecido. En las duchas no hay tiempo de nada, es la frase que comúnmente suelen pronunciar los ex-reclutas.

Pero el tiempo no solo se rige por “el tiempo del día a día”, sino que también existen tiempos en cuanto a la distribución de las etapas. Es decir, en el caso de un recluta, es importante probar su disciplina durante el “orden cerrado” sin armas, proceso que simbólicamente es el primer paso por el que debe pasar antes de ser considerado soldado y ser enviado a combate. Luego de poder superarlo o dominarlo, es posible pasar a la marcha en las distintas formas. Estas actividades se deben desarrollar hasta el cansancio, para así poder dominarlo y darle paso a unas nuevas actividades que aparecen de acuerdo con el nivel de antigüedad y preparación del soldado. El tiempo, sin duda, es fundamento de la disciplina.

Aunque el entrenamiento básico (adiestramiento e instrucción) no sobrepasa las seis o siete semanas, los elementos que más se manejan son aquellos relacionados con la disciplina. En ello se puede incluir todo lo que es el entrenamiento físico y psicológico propios para controlar la parte mental y biológica de cada uno de los reclutados. Dentro de

este mismo proceso se encuentra la formación para la supervivencia a partir del manejo de las armas, las cuales le pueden salvar la vida al soldado en cualquier momento.

Esto nos conduce al tema del ejercicio, donde Foucault (2003/1977) lo define como una técnica en donde hay una imposición de tareas a los cuerpos, que son repetitivas y a la vez diferentes. Son graduadas, por lo que permiten una permanencia de la caracterización del individuo, en relación con los demás individuos o con un tipo de proyección. De esta manera, se garantiza la continuidad e integración, y entra a jugar un papel importante el crecimiento, la observación y la calificación de los mismos. Estas actividades permiten que se desarrolle un control minucioso de los aprendizajes y avances de los reclutas. Lo que permite que se presente una diferenciación de los mismos soldados, produciendo un reconocimiento, permitiendo así una selección para promociones de rango dentro de las mismas compañías, pelotones o escuadras (Atehortúa, 2002: 81).

Aunque no todo es malo durante la convivencia. También llegan momentos de diversión y se tiene a los amigos para relajarse. Son momentos en los que se puede divertirse con las personas, como medio para descansar de todo lo que se ha volteado, de todo lo que se ha hecho durante el día, para luego continuar con la rutina. Todo el mundo dice: *“ah, no es tan difícil”*,

Alrededor de lo que puede pasar en las duchas hay muchos presupuestos que se tejen desde afuera. Sin embargo, la desmitificación de lo que sucede está presente en todos los relatos. El hecho de ser tantos hombres desnudos frente a frente, hacen pensar en millones de posibilidades que para ellos pueden llegar a ser traumáticas. Quizás por el hecho de la desnudez es posible imaginar que la mirada es un elemento importante y más si amenaza la homosexualidad. Sin embargo, cuando se les preguntó por las duchas, las respuestas coincidieron en que ese imaginario es falso y que dentro de ellas no sucede nada.

Sin embargo, el primer día de reclutamiento es el más difícil por la vulneración a la intimidad e individualidad a la que está acostumbrado el hombre. Mauricio relata cómo sucedió tanto en los dormitorios como en las duchas las primeras semanas. Todos tenían temor, aunque los 60 se hicieron buenos amigos. Se cambiaron dentro del mismo espacio tratando de mantener un poco la privacidad, sentados, tratando de no observar a nadie, respetando los espacios. Sin embargo, cuando ya les tocaba el baño, el sufrimiento de todos se volvió más intenso. Todos decidieron bañarse con las camisetas blancas que todavía llevaban de su ropa civil. Nadie era capaz de quitárselas durante el baño. Nadie fue capaz sino hasta los siguientes quince días. Cuando se rompió un poco la individualidad,

todos desnudos, ya nadie se quejaba, ya a nadie le importaba porque el punto era poderse bañar de afán, a oscuras en el baño.

Sin embargo, no en todos los casos fue igual. Tanto Juan, como Enrique, Damián y Carlos no se enfrentaron a este problema. Primero porque el tiempo que se les da para bañarse es mínimo. Segundo, llegan a la ducha dormidos y por ello la rapidez del momento no les permite pensar en nada más. Les dan menos de 7 minutos para bañarse: “*Uno abre la ducha, se echa el jabón como puede y sale*”.

Pero algo que sí vulneró la individualidad de Mauricio y lo traumatizó por largo tiempo, fue entrar al baño para poder hacer sus necesidades. El hecho de que no hubiera puertas en los baños, y por ello que todo el mundo lo viera cuando estaba haciendo del cuerpo, mientras unos se cepillaban los dientes y se afeitaban, lo afectó como a otros que duraron sin poder ir al baño durante 20 días, casi un mes.

Disciplina: orden cerrado

Tomando el concepto de Foucault (2003) acerca de la disciplina, la cual considera como una fórmula de dominación sobre los cuerpos a partir de ciertos métodos, es posible observar que, los mismos sujetos se encuentran en control de sus fuerzas, permitiendo de esta manera mantener una relación de *docilidad-utilidad*. Lo que se busca es que la disciplina esté sujeta a los cuerpos particulares, pero no solo para maximizar sus habilidades como tal, sino busca formar un vínculo que permita la obediencia de los sujetos. Es un ejercicio de poder sobre los reclutas, para que no sólo hagan lo que desean, sino que se opere de la manera que se espera, con las técnicas que son dispuestas y dentro de una eficacia que es determinada. Esto permite que la sujeción disciplinaria establezca un vínculo entre una actitud que se incrementa y una dominación ampliada (Foucault, 2003: 141-142).

Dentro del Reglamento de régimen disciplinario para las Fuerzas Militares de Colombia, la disciplina “consiste en mandar y obedecer dentro de las atribuciones del superior y las obligaciones del subalterno; contrarresta los efectos disolventes de la lucha, crea íntima cohesión, permite al superior exigir y obtener del subalterno que las órdenes sean ejecutadas con exactitud y sin vacilación”⁶. Por ello, la disciplina es considerada primordial para el fundamento de todas las Fuerzas Militares. Lo que establece el

⁶ Decreto Número 85 de enero 10 de 1989. Reglamento de Régimen Disciplinario para las Fuerzas Militares de Colombia; capítulo II, artículo 3°.

reglamento de don de mando militar es que la disciplina, ya sea como una actitud individual o colectiva, permite la obediencia de las órdenes y la ejecución de las mismas en el momento en que haya falta de las mismas y ello sea necesario. Por tanto, la disciplina se da gracias a un don de mando inteligente, además de un adiestramiento adecuado que infunda en el soldado un espíritu servicial (Atehortúa, 2002: 80).

La intención, de alguna manera, es la de poder doblegar la voluntad de las personas, así sea a la fuerza, para poder hacer lo que se desea con los subordinados. Esto es muy común que se presente con los regulares y los soldados profesionales. Pero es poco común que suceda con los bachilleres, ya que acaban de salir del colegio, lugar donde se establecen y se respetan normas y reglas. Como los mismos informantes dicen, los bachilleres son más sopesados, cumplen con las labores que se les asigna.

Uno de los medios que más se emplea para disciplinar el cuerpo del soldado es la práctica del “orden cerrado”, el cual es considerado como la escuela de la disciplina del soldado. Es definido como “disciplinar al personal inculcándole hábitos de precisión y reacciones rápidas a las órdenes de sus comandantes; disponer de un medio para fomentar la moral de las tropas y desarrollar su espíritu de cohesión”⁷. La frase que más se emplea es: “¡Atención... FIR!”. Con ella, es necesario tomar posición. Pero no se trata de pararse, sino que existe toda una necesidad de saber pararse para evitar que el cuerpo se canse y el mismo recaiga sobre la planta de los pies. Es necesario saber cómo pararse, ya que es en este momento cuando más se presenta lo que se conoce como el “despenque”. Relatado en las entrevistas, la acumulación del cansancio por permanecer de pie durante mucho tiempo, luego de haber realizado una gran cantidad de esfuerzo físico, hace que más de uno no logre mantenerse en pie por mucho tiempo. Es necesario que el ejercicio físico fortalezca o moldee sus piernas para estos momentos. El “orden cerrado” implica que los individuos que ahora componen un cuerpo, se muevan como una unidad. Aquí se relata cómo es que deben pararse para este momento (Vigarello, 1991):

Para tomar esta posición se recoge con fuerza el pie izquierdo contra el derecho y simultáneamente los brazos caen naturalmente a lo largo de las piernas sentando las manos sobre los músculos. Los talones quedan tan juntos como lo permita la conformación de individuo. Los pies formando un ángulo de 45 grados. Las piernas templadas sin rigidez. El peso del cuerpo descansa sobre la planta de los pies. Las caderas niveladas, el tronco erguido, el pecho naturalmente hacia fuera, los hombros ligeramente hacia atrás y a la

⁷ Fuerzas Militares de Colombia, Ejército Nacional. Reglamento EJC 3_28. *op. cit.* Capítulo I, Generalidades, numeral 5, Objeto.

misma altura. Los brazos caen sin esfuerzo; los codos ligeramente doblados y un poco hacia delante las palmas de las manos en contacto con el muslo y sobre la costura del pantalón; los dedos unidos y estirados. El cuello y la cabeza naturalmente colocados, la barbilla un poco recogida, los ojos fijos al frente, en un punto de referencia ligeramente más alto que el nivel de los ojos. El hombre debe mantenerse inmóvil en esta posición⁸ (Atehortúa, 2002: 81)

De esta manera, “el orden cerrado” es aceptado tanto por soldados como por suboficiales y oficiales, gracias a su carácter esencial dentro de la instrucción militar. Luego de hacer la descripción de la manera como deben colocarse para que pueda desarrollarse la actividad, entra a jugar un papel fundamental la autoridad. Es ella, la voz de mando, la que se encarga del buen desempeño de los soldados, así como que cumplan a cabalidad con lo que se les está pidiendo. Está en la búsqueda de una ejecución que sea inmediata. Es por ello que la figura de autoridad debe tener las siguientes características: “cadencia, inflexión y corte que inspiren prontitud, precisión y ejecución simultáneas por parte de los subalternos” (Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova, 1997: 21).

La autoridad es definida por los manuales de instrucción militar como una manera de gobernar las energías y las voluntades individuales que permitan la obtención de los objetivos esperados, los cuales no serían los mismos si se actúa separadamente.

Los castigos y los premios

La aculturación de los reclutas es planteada por los cuadros de mando como un asunto de permanente vigilancia, castigos y recompensas. Con esto pretenden lograr un firme control sobre una masa de individuos muy superior a los mandos en número. Un concepto de formación determinista muy simple, premiar y castigar, reside en el fondo de este proceso.

La repetición de los actos funciona como un mecanismo o un propósito correctivo. Este fue aplicado en la Escuela a los oficiales y a los suboficiales, por lo que estos lo aplican en el cuartel a sus subalternos, a los reclutas. Aunque no es formalmente un castigo o un premio, sí se constituye en su base formativa.

⁸ Fuerzas Militares de Colombia, Ejército Nacional. Reglamento EJC 3_28. Disposición No.00012 de 1978. Bogotá: Litografía Ayudantía General Comando del Ejército, 1978. Capítulo III, numeral 17, Posición fundamental.

El castigo más tradicional es el llamado “volteo”. Se trata de someter a los reclutas a ejercicios físicos extenuantes por prolongados periodos de tiempo. Lograr una unidad de movimiento y reacción inmediata a las órdenes es el objetivo principal. Por otro lado, se encuentran los estímulos. Dentro de ellos se encuentra el permiso para la salida el fin de semana, los descansos adicionales, entre otros, se convierten en formas para mejorar la concentración para el cumplimiento, la buena conducta, la misma disciplina. Estos comportamientos favorables son premiados con el reconocimiento y los permisos otorgados por los oficiales.

En el cuartel se desarrollan minuciosas inspecciones, vidas y cuerpos de individuos sujetos al control. A partir de la disciplina se exige el encierro de los cuerpos que se encuentran sometidos al control, a partir de espacios que son funcionales, donde rige el rango y donde se exige un control de todo tipo de actividad que se desarrolle dentro del cuartel. Es como si el poder del cuartel se convirtiera en algo omnipresente, que busca encauzar la conducta del recluta. Hay una imposición de aislamiento, donde se controla y se maneja, donde se elaboran los tiempos para las tropas. Es aquí donde la disciplina ejerce el control de todos los mecanismos internos. Es el “poder disciplinar”, aquel que produce cuerpos dóciles controlados y regulados en cuanto a todo lo que realizan, incapaces de actuar frente a los impulsos producto del deseo (Foucault, citado en Atehortúa, 2003: 93).

La arquitectura del cuartel permite el acceso al control y la vigilancia de la jerarquía militar sobre sus subalternos y principalmente sobre los reclutas. En él ejercen importancia factores higiénicos, económicos y geográficos, además de la transformación de los mismos individuos.

El poder que se ejerce dentro del cuartel, puede verse como un espacio de *reflexividad institucional*. Institucional, ya que se constituye como un elemento primordial para la estructuración de la actividad social. Y es considerado como reflexivo porque hay una introducción de términos para la descripción de la vida social. Se entra en su rutina, se transforma, pero no como un proceso mecánico ni controlado, sino que se integra dentro de los marcos de acción que son adoptados por los individuos y los grupos (Atehortúa, 2002: 95).

El acostumbrarse a levantarse en las madrugadas, y más si están acostumbrados a levantarse tarde, es concebida por los entrevistados como una tarea de costumbre. A la hora de levantarse también se narran muchas historias. El estándar que se maneja es levantarlos a la hora que quisieran los oficiales encargados. Dependía mucho del oficial o del suboficial que estuviera de guardia, ya que en muchas ocasiones lo que pensaban era:

“*Si los levanto a las cinco esta gente me cumple*”. También obedecía al carácter, al carisma, a la personalidad del oficial. Gracias a esto, se cumplían rápido las tareas asignadas, arreglar el alojamiento todo perfecto. Sin embargo, había personas que por más groseras y rudas que fueran no las cumplían bien, se demoraban, por lo que podían levantarlos a las tres de la madrugada, y les tocaba esperar hasta las cinco, la hora del desayuno. Ya para finalizar el servicio, Mauricio tenía la posibilidad de levantarse a las siete, por ese asunto de la antigüedad. Comenta que algunos de sus compañeros ni se levantaban.

Uno de los métodos que se empleaban para despertarlos era coger un palo de escoba y se pasaba por todos los catres haciendo ruido, además de un “*¡de pie, de pie, de pie, a levantarse hijue no sé qué!*”. Lo que funcionaba bastante bien, ya que quedaban parados y asustados. Aquellos que seguían durmiendo, porque muchas lo hacían, les echaban agua o les “daban tabla”. Sin embargo, estas formas de levantarlos implicaban que las personas se violentaran. Aunque esto no se presentaba mucho con los bachilleres, sí se daba entre los *regulares*: “*no me levanto*” o “*a usted qué le pasa cabo hijueputa. Yo no me levanto porque no se me da la puta gana*”, decían. Entonces el oficial hacía lo posible para mediar la situación.

Algo que se refleja en los relatos como premio lo expresa bien Enrique. Él tuvo una gran oportunidad entre sus manos. Después de 5 meses de entrenamiento, empezaron a perfilarse los candidatos para irse al Sinaí. Su desempeño como soldado le ayudaba para ganar méritos y destacarse frente a los demás. Cumplía con todo lo que se le pedía y trataba de hacer las cosas lo mejor que podía. Pero su desempeño mayor fue en el polígono. Desde ese momento vio que sus posibilidades de participar eran bastante altas, así que decidió mejorar cada vez más. Fue el mejor polígono del contingente entre 400 personas. Gracias a esto, fue llevado a un polígono de revista, por lo que se distinguió de los demás soldados ante los ojos de sus superiores. Luego de un tiempo fue enviado, como mejor soldado, a trabajar con el comandante del batallón de “ayudante guía”. De esta manera, cuando llamaron por soldados al Sinaí, las influencias no se hicieron esperar.

Enviaron del batallón en total a 4 personas opcionadas, de las cuales iban 3 por influencias, ya que para poder ir allí es importante tener a alguien que lo ayude a ir, y Enrique lo logró por ser el mejor soldado de la compañía. Luego de esto, comenzaron las pruebas de inglés, ya que como bachiller se va de traductor. Enrique quedó entre los 10 mejores en inglés. La lucha es grande, ya que solo se van muy pocos y la competencia es fuerte, porque todos son soldados profesionales, suboficiales y oficiales. No solo eso, sino

que los escogen entre 1.200 soldados que se presentan. De 200 que se presentan como traductores, solo escogen a 9. Pero la suerte que tuvo fue en el examen de inglés se debió a que el colegio del que salió tiene un alto nivel de este idioma. Luego le avisan a los días siguientes y la gran sorpresa para Enrique fue ser aceptado para partir al Sinaí. Luego fue trasladado al Batallón Colombia No. 3, y el lugar donde se desarrolló fue en la Escuela de Ingenieros. Un mes de concentración y después partieron para el Sinaí.

DES PUÉS DEL SERVICIO MILITAR: NI BUENO NI MALO

Muchos de ellos consideran que el Servicio Militar no es ni malo ni bueno. Se convierte en un año en el que el aprendizaje va por varias vertientes. Y se aprende mucho dependiendo con la actitud que se llegue a enfrentar las cosas que se presentan allí.

Del Servicio quedan muchas de estas cosas, pero lo fundamental está relacionado con el trato tan diverso de personas con las que se encuentran durante el servicio. En los casos de Juan, Damián y Enrique, el hecho de ser niños estrato seis les abrió los ojos frente al mundo con el que no habían tenido contacto. En el colegio les enseñan a ver a través de una caja de cristal: *“A nosotros nos enseñaron a ver como en una cajita de cristal, como los elegidos, cosas así”*. Sin embargo, en el Servicio Militar les mostraron que las cosas no son así: *“Nada, yo no tengo nada de elegido. Soy un simple ser humano como cualquier otro”*. Eso fue como lo más interesante y ha sido una de las cosas del Servicio Militar que se han convertido en eje para la vida de Juan: *“Y eso me sale de ahí, porque si mi papá me hubiera pagado la libreta militar y todo, yo seguiría en mi cajita de cristal. Pero gracias a esa experiencia como que se acabó todo”*.

Capítulo 2 INSTITUCIÓN MILITAR: ENTRE LO PATRIARCAL Y LO MASCULINO

Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada. Sin ese poder el planeta sería todavía ciénaga y selva. Faltarían las glorias de todas nuestras guerras (...) Los espejos, aunque tienen otros empleos en las sociedades civilizadas, son esenciales a toda acción violenta y heroica.

Virginia Woolf, *Una habitación propia*, 1929.

El sistema patriarcal es un modelo que se encuentra en tela de juicio dentro de los estudios de género. Las características propias de este sistema se reflejan en las sociedades occidentales; está basado en el predominio del varón de raza blanca y de un comportamiento heterosexual, rasgos que fueron puestos en discusión hacia la década de 1960 y sus valores planteados como universales fueron sujetos a revisión (Serraga y Carabí, 2000: 8). Lo que marca este modelo se refiere, en esencia, a la relación jerárquica que se establece entre los géneros: dominador/subordinado, presente en todas las relaciones sociales.

Por tanto, podemos definir el patriarcado como una organización jerárquica masculina de la sociedad; aunque su base legal institucional aparecía de manera mucho más explícita en el pasado, las relaciones básicas de poder han permanecido intactas hasta nuestros días. Por otro lado, se define como aquel ideario que practica el culto a la virilidad del patriarca o *pater familias*, en cuanto el macho es depositario de una superioridad innata que le otorga una serie de privilegios sobre la mujer (Bunster, 1983: 152). Este sistema patriarcal se mantiene a través del matrimonio y la familia, mediante la división sexual del trabajo y de la sociedad. Gracias a las características físicas y emocionales que separan los roles de género -hombre-mujer- que han sido atribuidas socialmente y que se han fundamentado en la biología más que en la economía o la historia, conlleva a que se exalta el argumento de la fuerza física como elemento principal del poder masculino sobre la fragilidad de la mujer. La definición de la mujer en esta estructura de poder no se define en términos de la estructura económica de

clasificación, sino en términos de la organización patriarcal de la sociedad (Eisenstein, 1984: 88-89).

Actualmente, en la sociedad colombiana se mantiene muy afianzado un sistema patriarcal, y como tal se refleja en el mundo militar. La ideología militar se sustenta en un sistema de valores patriarcales basado en las jerarquías y el autoritarismo, lo que implica una distribución de roles y funciones correspondiente con los estereotipos de género tradicionales. Dentro del discurso de género del patriarcado, a los hombres les son atribuidos rasgos como la fuerza y la independencia, y se les designa el rol primordial de proveer bienestar material a la familia, de manera tal que son los encargados de ocupar los cargos de mayor responsabilidad en la sociedad.

El sistema patriarcal en Colombia se encuentra seriamente influido por la tradición judeocristiana católica, hasta el punto que el Estado-Nación se erige sobre su sistema de representaciones. Una de ellas, sin duda fundamental en la sociedad colombiana, es la imagen de la Sagrada Familia (cf. Uribe, 2003), aquella constituida por María, José y Jesús, que se constituye en un modelo a seguir, esencial para garantizar no sólo la reproducción social, sino también el orden imperante. En este ideal de familia se naturalizan rasgos como la monoparentalidad, la monogamia, la coresidencia y la heterosexualidad. Es allí donde el establecimiento de los roles de género adquiere singular importancia, en simultánea con los modelos de ciudadanía. A la mujer se le asigna un papel esencial en la formación y desarrollo de los niños; se le relega a la esfera privada, a las labores del hogar, con el fin de mantener la moral y las buenas costumbres católicas. Los hombres, mientras tanto, actúan en la esfera pública, abarcando los espacios de poder político.

El patriarcado se ha mantenido vigente con diferentes matices y en distintos grados en la mayoría de las sociedades contemporáneas. Por medio de éste, se le otorga al hombre el cumplimiento de la función de padre y patriarca, “la autoridad máxima sobre la unidad social básica –familia– para luego proyectarla, como estatus masculino superior, sobre el resto de la sociedad” (Valenzuela, 1987: 20). Funciona como medio para organizar y racionalizar las relaciones sociales, de forma que al hombre se le otorga un mayor porcentaje de valor y poder.

De otra parte, el sistema de representaciones del patriarcado es claramente dualista: reproduce las antinomias mente *vs.* cuerpo y pensamiento *vs.* sentimiento, fundadas en la gran dicotomía masculino *vs.* femenino sobre la que se asignan rasgos de género a todas las

dimensiones de la vida de manera analógica (Fox Keller, 1991; Merchant, 1996). En este sentido, tales rasgos naturalizan también los roles de género. Por ello, la experiencia masculina suele encontrarse atravesada por una serie de valores: competencia, jerarquía, agresión, burocracia, alienación, negación de las emociones, entre otros (Zanotti, citado en Valenzuela, 1987: 22).

Lynne Segal (1990) afirma que la masculinidad es una definición en negativo. Es decir que la masculinidad no es femenina, no es étnica, no es homosexual, ya que si tuviera esos atributos se asociaría a categorías –según la ética patriarca– de inferioridad. Por ello, necesita “autoafirmarse mediante la creación de esas *otredades* que a modo de espejo, han reflejado los deseos del varón y han aglutinado sus miedos y limitaciones” (Segarra y Carabís, 2000: 19). De esta manera, el hombre ha podido disfrutar de la seguridad que le brinda el poder, y donde la mujer se convierte en el espejo de las necesidades del hombre.

Este marco de representaciones legitima las desigualdades históricas entre los roles sociales de hombres y mujeres: ellos son vistos como los guerreros, mientras que a ellas se les asocia con la reproducción de la vida. La participación del hombre en la guerra se presenta como una derivación lógica de sus mayores capacidades físicas, además de su potencial agresivo: han sido dotados por la naturaleza para cumplir con la función de proteger a los más débiles –mujeres y niños–. Los valores asociados con tales rasgos sustentan, a su vez, un sistema de relaciones verticales en donde se otorga mayor valor a lo masculino y se subordina lo femenino (Bourdieu, 2000; Cornwall y Lindisfarne, 1994).

Además del garante de protección social, la legitimidad del rol masculino en la familia está fundada en su calidad de proveedor material y de bienestar. Por ello es que la crisis de la masculinidad está relacionada con el hecho de que la mujer se encuentra hoy en la misma capacidad del hombre de mantener económicamente el hogar. Además, la mujer ha asumido roles o actividades que eran propios del hombre, lo cual ha desencadenado una competencia entre géneros. Esta situación genera un doble juego entre los estereotipos tradicionales de género, y permite que los mitos sobre la inferioridad y subordinación femeninas se pongan en duda.

LA INSTITUCIÓN MILITAR COMO REFLEJO DEL MODELO PATRIARCAL

Las fuerzas armadas se rigen bajo el modelo de códigos y roles del patriarcado, en donde predomina un sistema de relaciones en torno al autoritarismo y las jerarquías. Basan su funcionamiento en los principios de obediencia y respeto a la autoridad y a las estructuras jerárquicas que los ordenan. En la cadena de mando militar, hay equivalencias con la estructura de las instituciones patriarcales –incluyendo la familia–, ya que en ambas la obediencia es considerada una virtud, mientras que la desobediencia es rigurosamente castigada, de manera que a partir de ellas se erige lo que puede ser considerado como la piedra angular de la institución militar: *el respeto a la autoridad*.

Esta réplica del sistema patriarcal se establece a partir del orden familiar. En éste, el padre es la figura de autoridad dentro de la familia. Como corresponde a este modelo, en la institución militar los oficiales de mando son quienes representan las figuras de *autoridad*. Es decir que la figura de autoridad siempre va a ser aquella que es superior en rango. Uno de los entrevistados comentaba que, cuando ingresó al servicio, las depresiones eran demasiado fuertes; por ello, los oficiales al mando les decían que si llegaban a tener un problema y necesitaban hablar con alguien se remitieran a ellos. Este rol equipara a los oficiales de mando, en combinación con su papel autoritario, con el rol sobreprotector de la figura paterna, frente a sus “hijos transitorios”, los reclutas.

Sin embargo, la representación masculina como figura protectora y de autoridad no solo se maneja en las relaciones dentro de la institución militar. La sociedad es representada, en términos femeninos, como la madre y la familia, quienes deben ser salvaguardadas con el mantenimiento del orden, la moral y las buenas costumbres. De manera que el Ejército es considerado como el padre encargado de proteger estos valores. La Nación es representada por una figura femenina; tiene que ver con la reproducción de la tierra, de la vida, de la misma sociedad. Por su parte, los valores de la Patria son representados por el héroe, el prócer, quien da su vida por mantener vigente el orden y el respeto de los valores que son propios de la Nación.

En este orden de ideas, vemos cómo a la institución militar se le atribuyen los roles de autoridad y el monopolio del uso de la fuerza como parte del ejercicio de sus funciones. Su

imagen predominante es la de los “hombres-militares-protectores”. En palabras de Valenzuela:

Hoy son hombres-militares los únicos encargados legítimos no sólo de la defensa de las fronteras, sino también de la intención del orden social imperante, pues se han autoerigido como los auténticos depositarios de los valores de la nacionalidad. Con el pretexto de su defensa, han hecho uso y abuso de su violencia, atributo que mejor caracteriza lo masculino en un orden patriarcal y que constituye la base de la formación y del quehacer del militar (1987: 70-71).

Ante las funciones de proteger las fronteras de la Nación y el orden social a partir de los valores propios de la nacionalidad, se genera en las fuerzas armadas una dicotomía a partir de la “pureza” de dos ámbitos: el social, en cuanto a lo externo, y el cuartel, frente a todo lo interno. Es decir que, para resguardar esa transparencia de valores, es necesario actuar *desde adentro*. Por ello, la formación de los reclutas se maneja a partir de exigencias en cuanto a esos valores, además del aislamiento de la sociedad, la cual puede corromper este proceso formativo. Hay que tener en cuenta que el desempeño y la asignación de estas funciones están a cargo de aquellos que pueden ejercer poder social dentro de un sistema patriarcal: los hombres.

La institución militar basa su autoridad a partir de lo que se conoce como el *don de mando* y la jerarquía como forma para mantener un orden disciplinario, los cuales funcionan como mecanismos eficientes de organización institucional. Parte de los fines de la enseñanza son de tipo moral, social y nacional, de manera que les sea posible ser hombres militares capaces de afrontar los riesgos y se conviertan en los mejores, disciplinados frente a sus superiores y fieles cumplidores de los deberes en relación con los que conviven con él, comprendiendo de este modo la esencia de la patria, las razones de su defensa y la necesidad de prepararse con fe y entusiasmo para la misma. Lo que se buscan son hombres de honor, de acción y de espíritu (Munilla, 1954). Los soldados deben consagrar sus vidas a estos valores, al espíritu de cuerpo, el sano compañerismo, el sentido jerárquico intransable y la capacidad de sacrificio hasta dar la vida si es necesario.

De esta manera, “*el papel salvador frente a los pecadores y menos perfectos*”¹, en una labor de resignificación para la masculinidad por medio de la afloración de sus valores

¹ Entrevista realizada a Carlos (nombre ficticio) por la autora, marzo de 2005, Bogotá. En audio.

patrióticos, hace que los militares se diferencien del resto de los hombres (civiles). Los militares son los representantes directos de los intereses de la patria y los encargados de protegerlos. Aunque la siguiente referencia se hace para el ejército chileno, es posible observar que las características son compartidas por los militares que tuvieron su influencia, como es el caso del ejército colombiano. Según el director de inteligencia militar de Chile en 1986, el ejército es: “la columna vertebral de la nacionalidad y la reserva moral más poderosa de la patria, el pilar inmovible en que se funda la grandeza de la patria” (Valenzuela, 1987: 102).

LA MUJER Y EL SOLDADO: FORMACIÓN A PARTIR DE LA SEMEJANZA DE LOS ROLES DE GÉNERO

María Elena Valenzuela (1987) hace un análisis de la mujer en el Chile de la Dictadura. Lo interesante de su estudio es que analiza las diversas perspectivas para indagar por qué la mujer no formaba parte del poder, propio de una sociedad patriarcal, como sucede, en muchos casos, en las sociedades latinoamericanas. Pero, dentro de sus reflexiones, establece un vínculo muy estrecho entre los roles que desempeñan las mujeres en la sociedad y los soldados en la institución militar.

Al establecer un paralelo entre el sistema patriarcal en la sociedad civil y en la institución militar, nos damos cuenta que los papeles que rigen en uno se pueden encontrar en el otro. Como mencionamos anteriormente, por ejemplo, el rol paterno y de autoridad es desempeñado por aquel que esté en una posición superior en la jerarquía de los rangos. El papel de los hijos aparece en los rangos que están por debajo, como el soldado y, en especial, el recluta. Y, aunque la mujer no esté manifiesta dentro de la institución militar, es precisamente en torno a su rol dentro del sistema patriarcal como entra a definirse el rol del soldado o recluta.

En términos generales, en el patriarcado, la mujer adquiere una función de inferioridad dentro de la asignación del *poder*. Al ser relegada a los espacios propios de lo privado, como el hogar, el desempeño social no va a ser superior al del hombre. Por ello, en el patriarcado,

(...) las mujeres ocupan en función de su sexo, posiciones de subordinación en la sociedad.

Simone de Beauvoir ha señalado que las mujeres son en nuestra sociedad una *casta* inferior, y

no una clase social inferior, enfatizando el carácter adscriptivo de los roles sociales asignados en función del sexo, y la imposibilidad de experimentar algo equivalente a un proceso de movilización social ascendente (Schwarzer, citado en Valenzuela, 1987: 21-22).

La mujer es sometida bajo el poder del padre. En este sentido, se establecen relaciones de propiedad frente a la mujer, y a su vez, aunque encarna los valores nacionales que deben defenderse, también representa la negación de los valores que deben encarnarse para salvaguardar dichos valores.

Esta subordinación de la mujer supone la presencia de características como la obediencia frente a ese poder superior. Es precisamente esta idea la que entra a jugar un papel fundamental en el rol del soldado recluta. Es posible observar que tanto la mujer como el recluta cumplen las mismas características de sometimiento frente al poder de la autoridad, lo cual, en el segundo, es producto de su formación al ingresar al cuartel. En esta comparación se encuentran dos elementos de gran relevancia: el papel de la madre y el papel de la mujer, de cara a la formación del soldado recluta.

Para comenzar, se compara a la madre modelo con el soldado modelo como roles que comparten características. Por un lado, ambos están preparados o socializados para recibir órdenes de los hombres que se encuentran dentro de un nivel de poder y estatus superior al de ellos o ellas. De igual modo, se les pide sacrificar sus vidas, si es necesario, por aquellos que son considerados como demandantes de cuidado y protección. En el caso de la madre, se le pide que el sacrificio se haga por sus hijos, mientras que al soldado se le pide que dé su vida por la patria, *“aun cuando la mayoría de los que mueren son recordados como soldados desconocidos”*². En pocas palabras, se les está pidiendo que sublimen sus propias necesidades, para así ponerse al servicio de los demás. Lo más interesante de todo es que el soldado y la buena madre, enmarcados dentro del ideal religioso judeocristiano, son ubicados en una posición de superioridad que los destaca por encima de los mortales, caracterizados por los valores de entrega y generosidad, de postergación de sí mismo y de abnegación (Elshtain, citado en Valenzuela, 1987: 103). Sin embargo, mientras que la madre se encarga de dar y cuidar la vida, el soldado se encarga de protegerla, pero a su vez se prepara para quitarla. Así mismo, existe otra diferencia: el hombre en ese rol es considerado un “héroe”, mientras que a

² Entrevista realizada a Mauricio (nombre ficticio) por la autora, enero de 2005, Bogotá. En audio.

la madre se le considera “mártir”. Esto atestigua de nuevo las diferencias establecidas entre los géneros y los roles que deben asumir.

La humillación: reducción del recluta a lo femenino

Como ya se expuso, las relaciones que se establecen dentro de la institución militar son esencialmente jerárquicas y la *autoridad* es fundamental para su mantenimiento. La autoridad nos remite a la imposición del *mando*, el cual requiere ciertas cualidades, tanto espirituales como materiales, del cerebro y del cuerpo, pues si no se tienen el *mando* sería inútil. En la autoridad solo existen dos posibilidades de mando: mandar y ser mandado, sin tener acceso a un punto intermedio o emplear otro tipo de relación. El *mando* constituye uno de los cimientos de la organización militar y por ello es presentado como uno de los valores principales, como un “don” que es importante saber ejercer, ya que en ciertas ocasiones corresponde “ser autoridad” y en otras “ser quien obedece órdenes de sus superiores”.

Aquí es donde la socialización militar cumple un papel fundamental. Se debe enseñar a los miembros de la institución a manejar las situaciones de insubordinación; si ello se logra, la recompensa descansa en poder ejercer la autoridad sobre los de menor rango, lo cual funciona en el caso de los suboficiales y cargos superiores que desempeñan cargos importantes en el trato de los reclutas bachilleres. Según Valenzuela, “Es una socialización que enseña a adaptarse a la sumisión, a obedecer sin cuestionar el sistema ni la orden, a anularse como individuo mientras no se sea autoridad” (1987: 158-159). Dentro de este rango de jerarquías, siempre existe un patrón de superioridad dentro de las relaciones. Aquel que tiene un rango mayor ejerce su poder, su rol dominante, sobre el que tiene uno inferior. Por ello se reciben actitudes despectivas y autoritarias por parte de los superiores, a las cuales se debe responder sumisamente. Pueden ser tomadas como “descargas de poder” sobre los soldados, y en especial, en los soldados bachilleres, por ocupar el nivel más bajo dentro de la “línea de mando”.

El respeto y el acatamiento de la autoridad son la esencia de la institución militar, ya que para mantener la eficiencia en su interior es necesario que la cadena de mando se mantenga intacta (Valenzuela, 1987: 161). De esta manera, se expresa como virtud la necesidad del *no cuestionamiento* del sistema. Dentro de este proceso de sometimiento son

determinantes los actos que quebrantan o fragmentan el “yo”. Por medio de frases y comentarios, los soldados reclutas son rebajados a un nivel de impotencia frente a lo que se está presentando a su alrededor. Al perder su individualidad se genera una descomposición de su identidad, pero se termina de someter con la carga simbólica que es transmitida a través de la palabra (Goffman, 1972). Al respecto señala Juan:

“...a uno le sesgan los espacios para hablar. Uno no puede 'responder'. A uno lo pueden insultar y uno no puede responder. No hay espacio para uno (...) La cuestión es que la formación es netamente humillación (...) tiene que ver más con una cuestión mental, más que de unas cosas físicas. Uno lo que guarda, lo que le queda de eso, es la humillación a la que es sometido. Vulgaridades, le echan la madre a uno, le citan a su mamá cuantas veces quiera”³.

Este sesgo de la palabra, de lo que se piensa, de lo que se dice, de lo que se siente, de la misma acción, fue agresivo para estos 5 jóvenes durante su estadía en el SMO. Ellos denominan a estos actos como *humillación*, precisamente por las características que la misma palabra define: bajar o inclinar la cabeza como manera de acatamiento de la orden, de manera que se derribe el orgullo y la altivez de cada uno de ellos.

En el argumento de Simone de Beauvoir (1998) frente a que la mujer en el patriarcado pertenece a una casta inferior y que está sometida bajo la autoridad del padre, se puede incluir el hecho de que la mujer es *humillada* por lo que está por encima de ella; una humillación referida, no a su individualidad, sino a su condición femenina. En pocas palabras, la mujer es humillada por el hombre. Pero si analizamos este proceso, es posible observar que la mujer, al estar inmersa dentro de dicha estructura patriarcal, debe recibir una formación para el sometimiento. Se puede decir que la mujer es formada para soportar la humillación y que ésta no se interprete como una agresión personal. Hay que decir que no se trata que la mujer se acostumbre a que la humillen, sino que se trata de una manera de comportamiento que es generalizada, a pesar de que, en muchos casos, la humillación alcance niveles de violencia que son intolerables.

Si bien es cierto que la mujer se forma para soportar la humillación, el hombre no se encuentra regularmente dentro de una estructura social que lo someta a ella por su condición de género. Aquí es donde se comienzan a producir las fisuras y es cuando se hace evidente por qué, para estos 5 muchachos, el tema de la humillación los afecta de manera profunda.

³ Entrevista realizada a Juan (nombre ficticio) por la autora, febrero de 2005, Bogotá. En audio.

El adiestramiento de los soldados reclutas, donde el soldado es sometido y humillado como medio de enseñanza militar, asemeja el modelo de formación femenino propio del sistema patriarcal. El punto radica en que el soldado recluta es hombre, entre los 18 y 25 años aproximadamente, proviene de un mundo habitual donde la humillación por la condición de género le atañe a lo femenino, motivos por los cuales su pensamiento y experiencia no se logran acomodar a los parámetros del Servicio Militar. Es aquí donde se genera el conflicto.

Juan expone el problema de la humillación a partir de su experiencia. Comenta que el hombre necesita de la humillación como una manera de “salir adelante”. La idea que propone es que: *“el hombre tiene una vocación a ser humillado como para progresar, ‘yo lo humillo para que usted progrese’”*. Esa es la idea que circula en la mente de Juan, así como en los relatos de los otros informantes. Estos 5 jóvenes ven la humillación como una forma de “progreso”. Es decir, si se humilla a un hombre, éste va a tener la capacidad de superarse frente a las situaciones que le van a ser impuestas.⁴ Mientras que la mujer es humillada por lo que representa, el hombre se somete y es sometido a la humillación como una manera de legitimar su identidad masculina.

Los actos humillativos de los que hablan estos 5 muchachos se manifiestan en dos hechos principales: el ejercicio físico y el insulto. El primero se relaciona con la extrema cantidad de ejercicio que es impuesto, ya sea por castigo o porque a los oficiales a cargo les parece bien hacerlo. El segundo se relaciona con las ofensas que el recluta recibe por parte del oficial al mando más inmediato. A través del insulto se denigra de cosas que para el individuo tienen gran significado en su vida; se relaciona con lo más íntimo de cada uno de ellos. Corrientemente ofenden a la madre y, en otros casos, a la procedencia, al origen, la familia, haciendo énfasis en la estratificación social a la que se pertenece.

Entre el exceso de ejercicio físico y el insulto, era el segundo el que más suele afectarle a los soldados, aquello relacionado *“con lo que se dice”*. El poder de la palabra adquiere una fuerza que afecta la estabilidad mental del recluta. Juan señala:

“Porque cuando a uno lo humillan en el servicio militar, le invocan muchas cosas que son importantes para uno. No más sus familiares, la figura materna. La relación con la figura materna, el complejo de Edipo y todo eso, siempre es tensional”.

⁴ Hay que tener claro que la humillación de los hombres que se genera en los espacios educativos, como lo señala Juan, es diferente en la formación militar, y es que en los colegios los espacios para manifestar pensamientos por medio de la palabra no son restringidos de la misma manera que en los espacios militares.

Para Damián, Juan y Enrique, procedentes de colegios de estratos altos, la manifestación del insulto hacía referencia a su procedencia, a su origen familiar, pero más que eso, a su estratificación social. Es común que muchos oficiales provengan de la clase media y media alta del país. Por este lado, cabe la posibilidad de que exista una forma de legitimar poder a partir del rango, ya que no se puede hacer a partir de la procedencia de los mismos oficiales. Aunque la institución militar no hace referencia a estas diferencias de estratificación socioeconómica, los contrastes se generan a partir de los rangos. Sin embargo, lo que mencionan los 5 muchachos es que sí se presentan formas de expresar superioridad sobre las diferencias que tienen que ver con la estratificación. Tanto Damián como Enrique y Juan, hacen referencia a esta situación: “‘A ver, el niño estrato seis del colegio privadito venga pa’ acá...’ o ‘Ah, el niño estrato seis que no quiere hacer flexiones, venga para acá’. Como que se plantea el hecho de que por yo ser de estrato seis no me podían humillar a la familia, pero sí me pueden humillar mi origen”, analiza Juan.

El punto que aquí también se hace evidente es que el maltrato psicológico frente al insulto es menos personal para estos jóvenes de clases altas, contrario a lo que se presenta en el caso de los muchachos de estratos bajos. Lo que respecta a ello tiene que ver precisamente con la superioridad económica que pueden manifestar los oficiales de mando sobre los reclutas de menores recursos económicos. En el caso de ellos, el insulto siempre va dirigido a una de las figuras más importantes del sistema social: la madre. Esto genera una degradación mayor para el joven, ya que esta no radica en algo personal, del individuo como tal. La ofensa se presenta directamente contra la figura más importante para él, la mamá, de la cual a su vez se desprende una serie de elementos simbólicos sobre lo femenino en relación con lo masculino.

Para Damián, Juan y Enrique, la ventaja de que ellos fueran de estratos altos hacía que el insulto, por más fuerte que fuera, se tornara manejable, no tan traumático ni tan duro dentro de la experiencia a la que estaban sometidos. El insulto a la madre sí se convertía en una degradación del individuo mucho más profunda para los reclutas que se encontraban prestando el servicio. Con ello, la ofensa sí se volvía mucho más personal.

El insulto, sin embargo, no solo hace referencia a las cosas que más se quieren; también se ofende su posición social dentro de la misma institución. Como ya se mencionó anteriormente, el “yo” se fragmenta (Goffman, 1972) a partir de las cosas que se dicen o se

hacen a los reclutas. El caso de Mauricio es muy dicente al respecto. Durante un castigo, al realizar el *volteo* impuesto a un pelotón, a él y sus compañeros les hicieron cantar una arenga que lo marcó y que recuerda con cierta impaciencia: “*Soldado inmundo, pecuecudo y feo que no tienes derecho a la papa que te comes ni al aire que respiras...*”. Con esta frase, es posible ver que la posición social del soldado recluta bachiller dentro de la institución queda reducida al escalón más bajo de la misma. “Inmundo, pecuecudo y feo” es una degradación del “yo”, que emplean, al parecer, para rebajar psicológicamente al soldado y así someterlo. Lo que se busca es hacer evidente quien es el que posee el poder.

Cuenta Mauricio que fue un gran choque para él escuchar esta arenga. Lo considera como un insulto que lo hizo reflexionar sobre su posición dentro de la institución. Pensó en la manera como los rebajaban y la forma como dependían totalmente del Ejército: no hay autonomía, no hay toma de decisiones, no hay desarrollo de la personalidad, no había nada. En sus propias palabras: “*Como que usted solamente existe cuando nosotros queramos que exista*”.

Otro tipo de humillación a la que son sometidos los soldados bachilleres tiene que ver con las labores que son “propias” de la mujer. Dentro de las distintas funciones que les son asignadas a los reclutas se encuentran aquellas que son esencialmente domésticas. Dentro del imaginario social, la labor doméstica es profundamente despreciada y está definida como femenina. Frente a este tema, no obstante, la humillación ya no recae sobre el individuo como tal sino que afecta a todo el grupo. Esto es así porque, a fin de cuentas, todos deben pasar por este proceso, sin excepción alguna. Esta actividad está constituida como una labor humillante para el hombre, visto como un rol de género.

La idea central de la humillación radica en dos puntos: la demostración de la superioridad frente a los rangos militares, y las formas de sometimiento del individuo como medio de degradación del “yo”. A este respecto, se trata de poder subordinar a los individuos como medio de control. Sin embargo, es importante tener en cuenta que este proceso debe ser vivido por todos los integrantes del ejército porque, en palabras de Turner, “el que está arriba no podría estar arriba de no existir el que estuviese abajo, y que quien está arriba debe experimentar lo que es estar abajo” (1988: 104).

MASCULINIDAD DENTRO DE LAS FUERZAS MILITARES

Las fuerzas militares se han considerado como una de las instituciones patriarcales actuales por excelencia, debido a la reproducción de estructuras opresivas, jerárquicas y autoritarias en su interior, propias del modelo patriarcal. Así se evidencia en los relatos de los 5 informantes.

De esta manera, el carácter masculino que se erige en la institución militar no solo responde al mero hecho de contar con una membresía exclusivamente varonil. La imagen masculina de lo militar depende en alto grado de las construcciones patriarcales sobre los roles de género en un nivel social más amplio. En este orden de ideas, lo masculino se presenta como superior, más importante y valioso, contrario a lo femenino, justificando de esta forma el *poder* que ostentan los hombres.

Lo que señala María Elena Valenzuela es que “la construcción de la masculinidad que utilizan las Fuerzas Armadas está basada en una construcción de feminidad de la cual trata de diferenciarse al máximo” (1987: 164). Es aquí donde se plantea una dicotomía particular. Se forman jóvenes soldados bajo una lógica patriarcal. Es decir, son hombres que tienen unas características preestablecidas socialmente, así como unos dones propios de su género: autoridad y poder, principalmente. Pero, por otra parte, la formación militar está determinada por la posición patriarcal dentro de la jerarquía que se maneja, donde los soldados ocupan o desempeñan el papel formativo de la mujer. Por ello, los reclutas son humillados y sometidos bajo la autoridad de los oficiales de mando. Se genera entonces una doble partida, contradictoria a su vez: estos hombres son formados bajo elementos femeninos, específicamente en un ejercicio de negación de esa feminidad, para dar paso a la hombría que se necesita para ejercer los valores de la patria y salvaguardar los de la nación.

Hay que tener en cuenta que el espacio donde se promueven estos valores es completamente masculino; la institución militar es una sociedad puramente masculina: hombres que conviven con hombres, donde sólo los espacios administrativos –los que se encuentran por fuera de la vida de entrenamiento– son los asignados a las mujeres. A parte de estos lugares, es muy raro el caso en el que los soldados se encuentren con mujeres durante la época de entrenamiento.

En este contexto, se hace necesario exaltar las características masculinas más marcadas, de manera que se extraiga la hombría de estos reclutas bachilleres. Rasgos como la debilidad, la necesidad de protección, la no violencia, forman parte de los elementos propios de la feminidad, y por ende, son denigrados en la construcción de lo masculino (Shepard, 2001; Bourdieu, 2000; Gutmann, 2000). Dentro de la lógica militar, entonces, se tiende a exaltar la fuerza y la superioridad masculinas, haciendo énfasis en los valores, actitudes y prioridades puramente asociados a estas.

Como la manifestación de las características masculinas es esencial para la formación del recluta bachiller, existe una franca lucha contra expresiones ambiguas como la homosexualidad. Hoy en día, este hecho se podría juzgar como una actitud homofóbica y excluyente dentro de un Estado de diversidad sexual y cultural. No obstante, estamos hablando de una institución que replica el modelo patriarcal, donde la clasificación de los géneros es indiscutible: mujer contrario a hombre y hombre contrario a mujer. Aquello entra en conflicto frente a la ambigüedad del hombre homosexual: un cuerpo masculino con manifestaciones femeninas. Pero el problema no solo tiene lugar por esta contradicción. Más allá se encuentra el hecho de convivir a diario solamente entre hombres y sin ninguna figura femenina. El temor a lo desconocido, a lo que supone desorden y peligro, se hace manifiesto desde el primer día en el que ingresan los reclutas al Servicio, y esta prevención se relaciona en gran medida con el tema de la sexualidad.

De alguna manera, dicho recelo tiene que ver con la formación de los hombres durante sus primeros años de vida. A los niños varones se les exige demostrar características muy masculinas (agresividad, violencia, fuerza) desde épocas tempranas, lo cual sustenta el establecimiento de las primeras relaciones con el mismo género. A las niñas, mientras tanto, se les enseña a tener relaciones mucho más cercanas con las otras niñas. Desde ese instante surgen diferencias de género: las mujeres son tiernas, suaves, pasivas, sumisas, contrario a los hombres quienes son agresivos, violentos, bruscos. El hombre debe ser racional mientras que la mujer debe ser sentimental (Badinter, 1993; Viveros, Olavarría y Fuller, 2001; Solana, s.f).

Por otro lado, la homosexualidad es considerada como el antiespejo de la hombría y por ello es demonizada. De esta manera, la heterosexualidad es el único camino posible como garante de la masculinidad del varón, y así dar continuidad a las sociedades que se encuentran cimentadas en la unidad familiar. Por lo que “la sociedad homofóbica tiene sus raíces en la

vulnerabilidad de la masculinidad tradicional, ya que se basa en la representación forzada de lo *femenino* en el hombre (lo cual evoca indirectamente la categoría de *inferioridad* de la mujer)” (Carabí, 2000: 19). Es por esto que se considera que la homosexualidad resulta peligrosa porque cuestiona el concepto de hombría tradicional, el cual pervive en la institución militar. En este sentido, Carabí señala: “Cuanto más cerrado el círculo masculino –un ejemplo sería la institución militar–, mayor temor a la homosexualidad y, por ello, mayor necesidad de alardear de actitudes tradicionalmente varoniles” (2000: 21).

Esta situación adquiere un matiz especial al ingresar al Servicio Militar. El problema radica en que el hombre, al ser educado con base en la demostración de agresividad frente a sus compañeros de género, debe superar un reto a su arribo a la institución militar: ya que durante su formación debe asumir el papel de la mujer en el sistema patriarcal, necesariamente debe luchar por no quedarse en lo femenino y adquirir las exaltadas características de la hombría. La homosexualidad, en este sentido, es una amenaza latente.

La rigidez de este sistema de clasificación y representación sobre el género produce situaciones de vigilancia y autocontrol frente al tema. Los informantes comentan que, entre sus compañeros, se hacía evidente un gran temor, un terrible miedo por poseer algún rasgo femenino o características asociadas, de manera que había que negar a toda costa cualquier indicio que pudiera ser considerado como propio de la mujer.

Los casos de homosexualidad, a pesar de todo ello, suelen presentarse de manera expresa, ya sea por la exteriorización propia del muchacho o por simples especulaciones. Las relaciones sociales que se tejen en estos espacios son básicamente de amistad. Amistad que se presenta gracias a las relaciones con otros soldados o el especial compañerismo que se gesta dentro a partir de lo que en el argot militar se conoce como el *lanza*, tema que fue tratado en el capítulo anterior. Como relatan los informantes, es común escuchar que muchos de esos vínculos pueden llegar a ser considerados extraños frente a lo que se establece en el mundo civil, pues el acercamiento entre *lanzas* es bastante íntimo, más íntimo de lo que se considera normal dentro de las tradicionales relaciones entre hombres.

Cuando se presentan vínculos demasiado estrechos entre compañeros, aparecen los rumores fundados en estigmas. En este caso, el estigma típico al que son sometidos estos

amigos es el de “locas”⁵, como cuenta Juan. Por ello se les hacían ciertas “bromas pesadas”. Era muy común, por ejemplo, ponerle ropa femenina al compañero para ponerlo de mal humor. Cada vez que los veían, les decían “locas”. Les escondían las cosas. Los robaban. Les colocaban cosméticos femeninos en la mesa de noche como sombras y pestañina, de manera que fueran hallados durante las revisiones practicadas dentro de los alojamientos. De esta manera eran sometidos al escarnio público. El caso es que si eran homosexuales de hecho o considerados como tales, la información se difundía por la compañía y en ciertos casos por todo el batallón, y eran molestados más intensamente por dicho estigma.

Enrique narra un caso donde se desencadenó una serie de burlas que llegaron al extremo. Uno de los reclutas que había sido sometido a este tipo bromas era gay. Frente a esta situación, él decidió hacer mucho más evidente su orientación homosexual. Los enfrentamientos con este muchacho llegaron a un nivel de agresión tanto verbal como física, porque, como pensaban muchos en la compañía, *“cómo iba a ser homosexual y me iba a ver así cuando me estaba bañando”*. Según Enrique, *“igual es muy fácil volverse [gay] en el ejército, yo creo”*.

Damián cuenta que se encontró con el caso de un par de homosexuales que, aunque no eran declarados –“salidos del clóset”, como él señala–, se comentaba que sí lo podían ser porque se hacía evidente el vínculo tan fuerte que existía entre ellos. Al comienzo, a Damián lo afectó un poco el hecho de tener que usar las duchas junto a estas dos personas, ya que no le parecía bien que lo vieran como objeto de deseo desde su mismo lado, el masculino. Damián dice que eso no era normal. Mientras que se acostumbró a la situación, narraba que su seguridad frente a lo que le pudieran hacer era manifiesta: *“mientras no se metieran conmigo, yo no tenía problema alguno con ello”*. Además, el hecho de estar con tantos hombres y venir de un colegio mixto (de hombres y mujeres), no le hacía fácil la relación exclusiva entre hombres. Al final, en todo caso, ello termina convirtiéndose en una situación normal, donde la costumbre es la encargada de remediarla.

Algo que llama la atención es que, cuando los informantes relataban las historias sobre homosexualidad en el Servicio, lo primero que pronunciaban eran frases como: *“No, a mí nunca me pasó nada”*, *“yo escuché un caso, pero yo no vi nada”* o *“conmigo nunca se*

⁵ En la jerga popular, se les dice “locas” a los hombres –homosexuales o no– que tienen expresiones “exageradas” de feminidad.

metieron”, como una manera de librarse de cualquier tipo de comentario. El lenguaje es usado así como mecanismo para no ser considerado homosexual. Lo que se podría afirmar es que dicha condición no es aceptada como “normal” dentro del modelo patriarcal, gracias al dualismo tan marcado que se maneja frente a los dos géneros existentes: hombre-mujer. La ubicación de la homosexualidad como un tercer punto intermedio hace que sea considerada como “rara”, incluso “contagiosa”. De esta manera, una forma contundente de establecer distancia con tal condición ambigua es por medio del lenguaje. Cabe anotar que no es un problema de disgusto frente al homosexual en términos de fobias, sino está más vinculado con un problema de desconocimiento.

Pero, ¿cómo enfrentar a la figura homosexual, es decir, a esa figura femenina dentro de lo masculino que puede llegar a aparecer por el hecho de convivir exclusivamente con hombres? Es ahí donde comienza a funcionar otra dicotomía más: la mujer vista a través de la prostituta y la mujer vista como la novia.

Para Juan, el hecho de convivir solamente con hombres tiene implícito un problema “hormonal”: *“uno pierde completamente esa expresión afectiva o sexual que implica la relación con una persona del sexo opuesto”*. Es por ello que se genera un afán por buscar mujeres cada vez que hay descanso: *“toca conseguirse una mujer a como dé lugar”*, es decir que el deseo sexual se vuelve manifiesto. De esta manera, se reafirma y se demuestra una idea de la masculinidad y la forma como se expresa. Así se les puede exponer a los demás quién se es sin temor alguno. Pero tal situación solo constituye una parte que se hace evidente. Por otro lado, estas relaciones que se buscan afuera también cumplen otro fin.

En este sentido, aparece el morbo en torno a la imagen femenina, como una figura subordinada que es objeto sexual, una figura de deseo. Lo que se aspira con este tipo de mujer es poder canalizar, o mejor, descargar la agresividad y la violencia que se encuentran acumuladas dentro de ellos. Para ello no se emplea a la novia, sino que es necesario buscar una mujer que le permita llegar a ese grado de “desfogue”, estableciendo una relación a partir de actitudes y palabras mucho más agresivas. En pocas palabras, se busca demostrar su virilidad, mostrar que son hombres. Como ya se mencionó anteriormente, el hombre, al ser sometido a la humillación, necesita de ese objeto inferior para poder ejercer el poder y el control que no ejerce durante sus días de reclutamiento.

En ese momento aparece en escena el prostíbulo. Ese espacio oscuro, donde se pueden encontrar todos los elementos propicios para evidenciar todas las manifestaciones acumuladas durante el entrenamiento. Se trata a las prostitutas para buscar el contacto que no se tiene a diario con mujeres, pero con ellas se manejan demostraciones de agresividad, vulgaridades, malos tratos. Aquí es donde Mauricio señala que este espacio se convertía en un medio para luchar con la imagen del sodomita, del homosexual, porque “*Se quiere luchar contra esa imagen*”.

Por otro lado, aparece la mujer, pero ya no en el rol de antítesis de la madre como lo es la prostituta. Es la figura de la novia, quien juega un papel fundamental. Aunque uno pensaría que el trato con esta mujer es mucho más suave, precisamente por lo que representa, no sucede de esta forma. A ellas también se les trata con insultos y maltratos verbales. Lo que argumentan varios de ellos es que eso es producto del encierro al que se encuentran sometidos. Funciona de la misma forma que en el prostíbulo: existe una necesidad por sacar la “energía negativa” que se ha venido almacenando. Pero aquí parece haber una descarga más relacionada con la *humillación*: las mujeres son humilladas. Es un doble juego que señala Juan: “*lo humillan a uno y uno humilla para descargar*”.

De esta forma, se maneja una relación ambigua con las mujeres: “*las necesito pero de igual manera tengo una carga de odio concentrada que descargo con ellas*”. Por ello es que prefieren buscar los espacios oscuros como los prostíbulos, que permitan descargar la agresividad y la violencia a partir del cuerpo, como medio para expresar esas emociones que son reprimidas. Con las novias descargan esa misma energía, pero a partir de las palabras, a través de las cuales se las somete a la humillación.

Juan plantea que allí es donde se genera un hombre particular. A partir de la humillación que existe dentro de la disciplina castrense, se crea un tipo de hombre. Un hombre que tiene la capacidad de generar relaciones de propiedad con la gente y que establece, en este caso, con las mujeres. Frases como “*Es que es mi mujer me pertenece*” son reflejo de ello, aunque no son solo características de los hombres militares sino de la sociedad patriarcal en general. Estas ideas suponen que, por el hecho de estar en un espacio propio de hombres, las relaciones que se establecen con la mujer tienen que ver, precisamente, con que ella es uno más de los bienes a los que accede el hombre. Además, se busca que ella sea sometida, por el

hecho de que el sometimiento formó parte de sus vidas. Como ellos mismos señalan: “*Yo humillo porque fui humillado*”.

En otro terreno existe una singular asociación: el arma, uno de los elementos esenciales en la formación del soldado, se representa como la novia. El empleo de armas no es fácil al comienzo. Aunque los entrevistados no hacían uso de ellas antes de ingresar al servicio, todos manifestaron una inclinación positiva por ellas. Cuando se les hizo entrega de los fusiles, el temor de algunos de ellos era que fueran de segunda. Saber que ya habían sido empleados antes y desconocer el tipo de cosas que se habían hecho con estos, producía en ellos cierto recelo, pero sobre todo asco. Los acosaba la sospecha de que con ellos se hubiera matado o golpeado a alguien. Pero tuvieron la suerte de que estas armas fueran nuevas, así que la identificación con ellas fue mayor.

Este momento de la *entrega de armas* funciona como un ritual de incorporación. Después de ello, los dejan toda la noche con el fusil haciendo ejercicios, como una manera de apropiárselo, de convertirlo en *suyo*. Es algo que siempre les dicen: “*El fusil es una prolongación suya*”. Además, cuando les entregan las armas, se les manifiesta que el fusil debe ser tratado como la novia: “*el fusil es su novia porque usted es el único que puede meterle el dedito*”. Esto corresponde con la práctica de comprobar si el arma tiene munición adentro. Es una práctica peligrosa, ya que al bajar la corredera se puede producir un accidente. Cuando ésta se baja, se introduce el dedo, “*metes el dedito*”, y se comprueba que no hay cartuchos en la recámara. Esto solo lo puede hacer el dueño del arma. Es el único. El fusil no puede ser entregado a nadie. Sin importar quién lo pida, no se puede dar a nadie. No se le puede dar a nadie porque esa es su vida, su supervivencia depende de ello.

Hay un verdadero ejercicio de asociaciones simbólicas entre el arma y lo femenino tal como se significa en el sistema patriarcal. Aparece aquí también el establecimiento de relaciones de propiedad con un objeto que se aprecia y del cual se depende: *el arma como una prolongación de sí mismo, el arma como la novia*. Es deber del soldado no permitir que nadie se la quite como un mecanismo para demostrar que ejerce poder sobre ella. El arma sólo le pertenece a él. En este tema, aparece una particular paradoja: esta arma representa

simultáneamente lo femenino, en cuanto objeto sobre el que se domina, y lo masculino al simbolizar el falo.⁶

Aquí puede notarse cómo funciona una ideología patriarcal basada en el culto a la virilidad y la superioridad que es otorgada a los hombres. Las características esenciales que se promueven como ideales a seguir para demostrar su virilidad van desde la arrogancia y la exagerada agresividad e intolerancia en las relaciones entre ellos mismos, hasta la agresión sexual en su relación con las mujeres (Stevens, citado en Valenzuela, 1987: 30).

Supervivencia: Una manera de entrenamiento de los valores masculinos

Desde la antigüedad, el guerrero ha tenido un gran prestigio social. Esta idea se nutre de la imagen de matar a los enemigos varones, pertenecientes a otros grupos, para así llevarse a las mujeres y los niños. En este contexto aparece una de las relaciones de dominación más extendidas: la dominación de la mujer, tema que fue tratado anteriormente. El soldado encarna, entonces, este imaginario del *guerrero*, el cual emplea su *fuerza* para vencer a sus enemigos y glorifica la valentía violenta de los conflictos. Es la imagen de un hombre poderoso, el tradicional héroe militar.

Uno de los atributos más sobredimensionados y promovidos en la institución militar es la *fuerza*. En ella se sintetizan los valores propiamente militares, a la vez que garantiza el funcionamiento de las jerarquías, sustenta la arremetida contra el enemigo y posibilita la obtención del poder. La *fuerza*, además, funciona en la autoafirmación de la masculinidad como medio de diferenciación de los roles de género a través del *cuerpo*. Por esto, el lema es “endurecer la voluntad y los músculos”, bajo predominantes actividades físico-deportivo-militares en la formación militar. La *fuerza* es empleada por la autoridad como medio para legitimar su poder, más cuando este se encuentra deteriorado o cuando hay intentos por desafiarlo. De esta manera, los militares son entrenados para emplear la fuerza con medios agresivos, de modo que las ideas de matar y morir, se encuentran presentes dentro de su

⁶ Teniendo en cuenta que, como señala Juan David Nasio, más allá de lo meramente genital, el falo es la representación construida sobre el órgano genital masculino y es además signifiante del deseo. Se considera el falo simbólico como aquella acepción sobre el falo que “asigna al órgano masculino el valor de *objeto separable* del cuerpo, desmontable e *intercambiable* con otros objetos (...) [Este ocupa] uno de los lugares en una serie de términos equivalentes” (1998: 46-47). El arma es, en este sentido, un equivalente del falo.

desempeño en la institución. Tanto la vida como la muerte comienzan a adquirir un nuevo sentido en los reclutas.

En el caso de Mauricio, se presentan dos ambivalencias: la dicotomía entre amigo/enemigo y el enfrentamiento entre vida/muerte. Mauricio cuenta que en la primera semana en el Servicio se enfrentaron a un escenario macabro que les afectó durante toda su estadía en el batallón. Como ya se expuso, Mauricio prestó servicio en Leticia, una zona de frontera en la que, como él señala, no solía haber enfrentamientos con grupos subversivos. Sin embargo, para su entrenamiento, a él y sus compañeros les fue mostrada una serie de imágenes con un contenido particular. Todo comenzó con el envío de volantes por parte de grupos al margen de la ley que amenazaban con lo que les podía llegar a pasar. El asedio era constante. Se trataba de un bombardeo de información que comenzó a generar temor dentro de los reclutas bachilleres en especial. Como lo muestra Mauricio, existía un hostigamiento constante que afectaba más por ser una acción psicológica. Lo que pensaban día a día era: *“esta gente sí nos va a atacar”*. Pero dicho temor no era infundado, ya que existía un precedente: un día, los reunieron en el rancho de tropa y junto al capellán les mostraron las imágenes del ataque a Las Delicias, un caso de incursión subversiva a un batallón localizado en Putumayo, donde el resultado fue una masacre de mayores proporciones.

Aquí comienza a presentarse un problema para estos soldados bachilleres. Primero, el ataque se había realizado en el batallón de la misma unidad mayor (relativamente cercanos al que ellos se encontraban) y, segundo, el temor frente a cómo actuar si se presentaba un caso de esos. Por esto, antes de ver las imágenes de la masacre, lo primero que se les señaló fue: *“Si ustedes no hacen lo que les decimos, a ustedes les va a pasar esto”*. Y a continuación les enseñaron fotos de los cadáveres y cuerpos mutilados. Frente a este contexto, comenta Mauricio, se desencadenó un temor muy grande frente al riesgo que ello correspondía. Pero, por otro lado, se originó un componente de rencor hacia aquellos que cometieron la masacre, frente a la imagen del enemigo.

Ante una situación de este tipo, la necesidad de fortificar las cualidades propias de la masculinidad –atributos como la fuerza– fomenta una gran exigencia en la formación tanto física como psicológica. La fuerza está íntimamente ligada con la *violencia*. El cuerpo del militar debe estar preparado para atacar o defenderse del enemigo. Por ende, la *violencia* se permite y además es promovida en el entrenamiento militar.

Por lo general, en el SMO colombiano este entrenamiento se manifiesta en una práctica conocida como “terreno”. El objetivo de esta fase de formación se basa en poner a prueba los conocimientos básicos en estrategia táctica de guerra. En pocas palabras, es una simulación del combate. En él, tanto el soldado bachiller como su lanza, son enfrentados bajo la lógica del amigo/enemigo. Esto se hace evidente en el relato de Juan:

“(…) cuando uno va a la práctica de terreno, hay un punto que a uno lo enfrentan con su amigo, a darse puño, a darse patada, a revolcarse en algún lugar. Y es así provocado. Es un momento de violencia provocada que produce el capitán o el comandante de la compañía. Se dice que ese es entrenamiento. Teóricamente ese es el precepto de matar a un espía, o alguna cosa así, de saber esa vaina. Desde que uno no confíe en nadie. Pero a pesar de ese acto violento uno se vuelve nada con el mejor amigo de uno en el servicio militar, fortalece muchos vínculos, pero son netamente militares”.

Como es posible ver, el terreno funciona como medio para mentalizar a los soldados reclutas bajo la idea del enemigo. Se podría pensar que lo que se busca es preparar al soldado para luchar en la vida real, incluso contra su mejor amigo. De allí emerge una doble lógica: el enemigo está presente en el otro, es decir que puede replicarse en cualquier parte. Esta lógica del amigo/enemigo se relaciona con la confianza y desconfianza que se teje frente a ese otro, sin importar quién sea. En el servicio militar, se emplea como herramienta de aprendizaje, donde cada soldado juega ambos papeles; pero el que debe ponerse en práctica en el momento de un enfrentamiento es el relacionado con el enemigo personificado en las fuerzas subversivas o al margen de la ley, para el caso colombiano. Dentro del entrenamiento militar hay un reforzamiento de la resolución violenta de los conflictos, a partir de la idea del aniquilamiento del enemigo.

Es aquí donde se pone en función otra idea correspondiente con este entrenamiento: la *lealtad*. Esta debe expresarse tanto a los superiores, quienes son encargados de exaltar las más altas virtudes militares, como a los compañeros del servicio. Pero hay que tener en cuenta que la lealtad no se ejerce sobre una persona, sino se destina a la posición que se ocupe dentro de la jerarquía militar. Lealtad se establece con el comandante en jefe, que al ponerlo en términos patriarcales, es la representación del padre. La lealtad también se emplea como medio a través del cual se fuerza al sometimiento, es decir, a la entrega total frente al superior.

Hay otro elemento que entra a ser fundamental en la representación del soldado frente al enemigo. Por un lado, la *fuerza* es cultivada dentro de la institución militar dentro del culto a la belleza física; se combinan así el entrenamiento con el cuidado estético del cuerpo. Por el otro, nos encontramos con la representación del poder a partir de ese imaginario de cuerpo. De

manera que el cuerpo es sometido a rutinas físicas obligatorias por medio del ejercicio, para así poder ostentar una apariencia masculina, pero a la vez fuerte. Para reforzar estas ideas se emplean los uniformes y es a través de ellos como se genera un imaginario de poder frente a ese otro enemigo. El poder de las Fuerzas Militares favorece la apariencia masculina de los soldados (Espina, 1999).

El cuerpo es importante, no solo como medio de representación, sino que es esencial para la supervivencia en el servicio. Los informantes comentan que las características físicas con las que llegaron no eran suficientes para los requerimientos militares. La edad influye en el aspecto físico de los nuevos reclutas. Cuando Juan ingresó a su comando era uno de los menores del contingente: tan solo tenía 16 años. Juan era muy delgado, por lo que lo consideraban débil frente a muchas de las personas de mayor edad que se encontraban en condiciones físicas mucho más favorables: cuerpos fornidos muy masculinos. Existía toda una preocupación por el aspecto físico, por lo que muchos reclutas practicaban ejercicio y levantaban pesas, antes del servicio. En comparación con los demás cuerpos, Juan era considerado como débil. No le gustaba hacer deporte sino que prefería dedicarse a la lectura. La sensación era tal, que el comandante de la compañía lo ponía a hacer flexiones todas las noches, por ser considerado el más endeble de todos. Así se buscaba construir un cuerpo fuerte, agresivo, varonil. Aunque durante el servicio, Juan era conciente que la necesidad de fortalecer su cuerpo respondía a otro fin. Existía la posibilidad de tener que enfrentarse a sus compañeros y, dadas las circunstancias, su cuerpo no estaba al mismo nivel de ellos. Es aquí donde se genera una necesidad frente al medio: si no se entrena, no podrá defenderse. Eso generaba un inmenso temor en Juan, pues, en pocas palabras, se trataba de la supervivencia del más apto.

Retomando el caso de Mauricio, la *supervivencia* se convierte en el imperativo de estos jóvenes. Por medio de la crudeza de las imágenes, Mauricio señala que aprendió mucho del dolor cuando ya es físico, cuando las piernas se amputan o cuando te disparan, ya que se pone en riesgo la integridad física: “*El cuerpo como la amputación, el dolor, el cercenado*”. Aquí Mauricio relaciona este problema con el imaginario de masculinidad. Señala que un militar amputado, ya no es un ser completo, no tiene autonomía, está en una silla de ruedas, ya no ve. Es un hombre que *está reducido*. La idea que está implícita allí tiene que ver con la enseñanza sobre cómo convertirse en guerreros, capaces de proteger sus vidas, para evitar que

se produzca un riesgo físico, porque es la integridad física la que brinda seguridad y autonomía como un ser completo. De otra parte, se teje la idea de aprender a sobrevivir, pero bajo el sometimiento o acatamiento de lo que se debe hacer, ya que se corre el riesgo de que se repita una tragedia como la de las Delicias.

Pero volvamos al tema del enemigo. Se puede definir el soldado como una especie de guerrero capaz de proteger la “indefensa población civil” frente a un enemigo personificado en los grupos subversivos o al margen de la ley. Para el caso colombiano se puede hacer referencia a grupos como las FARC, el ELN y las AUC⁷, principalmente. Estos personajes se encuentran por fuera del marco legal, ya que buscan fines contrarios a los del Estado. Eso los hace enemigos tanto de éste, como de la patria y la nación; se consideran hostiles frente al orden imperante. Así que el Ejército, además de luchar por resguardar los valores propios de la patria, también busca mantener el orden vigente, generando un enfrentamiento directo con estos grupos.

Dentro de esta lógica aparecen ciertos personajes en el Ejército colombiano que se forman especialmente bajo tales parámetros: los contraguerrilleros. Aunque la tesis no se basa en ellos, los relatos sí hacen constante referencia a estas personas. Tanto Mauricio como Juan tuvieron contacto con estos sujetos por el hecho de estar en zonas rurales. Comentaban que los contraguerrilleros están entrenados bajo una mentalidad muy influida por la relación vida/muerte y amigo/enemigo. Para ellos, la gloria de un soldado se encuentra en el campo de batalla y solo se consigue en la lucha, en la pelea. El fundamento de su servicio es morir defendiendo a su Patria, la cual se convierte en una de las realizaciones más importantes para el soldado. Los enemigos son todos aquellos que quieran irrumpir en los ideales del Estado, por tanto, deben morir. La operación que se realiza es la de la deshumanización de los guerrilleros por una marca histórica: el rojo, el comunista. Es común que pronuncien: *“tenemos que matar al comunista, al rojo”*. Relatan que sintieron una gran impresión al estar en compañía de estas personas, ya que su interacción social es reducida, debido a sus largas estadías en zonas de combate. Juan señalaba que hablar con ellos es muy complicado porque siempre están hablando de cuántos guerrilleros han matado. Solo dialogan de muerte.

⁷ FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia; ELN: Ejército de Liberación Nacional; y AUC: Autodefensas Unidas de Colombia.

Mauricio señala que hablar con ellos es entrar a otro mundo, a otra cosa diferente, que no logra definir.

Dentro de los valores de masculinidad que se establecen en la institución militar, podemos encontrar, entonces, la fuerza, la agresividad y nervios templados para un entrenamiento duro. Elementos que se encuentran muy presentes en la formación de los contraguerrilleros. Estos valores forman parte de las cualidades guerreras o de las mismas características míticas que se han gestado desde la aparición de los primeros ejércitos, que les exige vencer siempre y no rendirse jamás, sólo si el enemigo es superior en número, ya que jamás lo será en capacidad, por lo que se prefiere aceptar el hecho de morir (Valenzuela, 1987: 162). Se debe despreciar el miedo y la misma muerte.

Por ello, este tipo de soldado es entrenado bajo el empleo de la violencia como herramienta para solucionar los conflictos. En ella se glorifican las emociones “duras” propias de la masculinidad en donde se encuentra la agresión, la brutalidad, el odio, el desprecio, remplazando, de esta manera, las que son consideradas como emociones “blandas”, propiamente femeninas, tales como la compasión y el sufrimiento.

Al soldado bachiller se le entrena bajo la misma lógica de glorificación y represión de emociones. Pero la diferencia radica en cómo estas emociones van a ser manejadas. En el caso del recluta, las emociones son reprimidas para ser sometido y así pueda ser instruido bajo la autoridad militar. En el caso de los contraguerrilleros funciona como una manera de supresión emocional que le permita ir a combate y matar al enemigo. Por lo general, para los reclutas bachilleres este no es el fundamento de su entrenamiento. Esto se debe a que no todos continúan con la carrera militar y su tránsito por el servicio es muy corto en relación con los contraguerrilleros o soldados profesionales.

Mauricio, al estar en una zona de frontera, explica que es muy importante marcar la diferencia con estos enemigos. Esto se hace por medio de la palabra y la definición de términos. Por tanto, es importante hacer la aclaración que dentro del ejército no se dice “compañero”, porque este es la palabra que se utiliza la guerrilla para dirigirse a los demás integrantes del grupo. De manera que en el Ejército, para referirse a los otros integrantes del batallón, se emplea el término “lanza” o “lancero”. Comúnmente, los reclutas nuevos emplean el término “compañero” y la respuesta frente a esto es: “*compañero a la guerrilla*”. Se menosprecia el término, pero funciona como un modo para establecer un orden de diferencia.

Pero hay otro tipo de enemigo y es el que se ve en muchas zonas periféricas del país. La gran diferencia que hace Mauricio entre las unidades y batallones urbanos y los batallones de la periferia, es que estos últimos están ubicados en las llamadas “tierras de nadie”, donde el único que hace presencia es el Ejército. Esa es la versión oficial que siempre se da. Pero él, que pudo estar allí, en una zona periférica, se dio cuenta que el ejército es despreciado. Esto sucede, por ejemplo, en el sur de Colombia, donde se envía gente de sectores “*demasiado populares*”, los famosos soldados regulares. Sin embargo, Mauricio señala que el desprestigio no es causado porque provengan de estos sectores. Se debe más a las cosas que se realizan en estos lugares. Muchos de ellos son delincuentes: “*Entonces estos señores regulares violaban, mataban, pasaban a Brasil y hacían cosas*”. Pero su fundamento para hacerlo tenía que ver con que eran soldados. Por ello, los encargados de “mantener el orden” en estas zonas son las FARC. A través de su experiencia, Mauricio pudo dar cuenta de por qué en estos lugares los papeles aparecen de manera inversa: el amigo son las FARC y el enemigo es el mismo Ejército. Mauricio emplea una frase muy dicente frente a este problema: “*El soldado colombiano roba, mata y viola pero no le hace daño a nadie*”.

El Ejército emplea la dominación y el uso del poder, en los cuales han aprovechado instrumentos como la agresión, la violencia y las armas como medio para ejercerlas. Aunque la violencia y el poder son dos fenómenos distintos, se encuentran unidos bajo la misma función: permitir la dominación de unos sobre otros. Sin embargo, ningún sistema de dominación se encuentra basado exclusivamente en el uso de la violencia, ya que se necesita la legitimación de la misma, por su carácter instrumental (Arenth, citado en Valenzuela, 1987: 150). En el caso que se acaba de relatar, los soldados regulares hicieron uso del poder y la violencia legitimados por el Ejército, para realizar sus fechorías.

Tanto la legitimidad de la autoridad como el ejercicio del poder se basan en una moral que es universal, lo que le otorga un valor al orden vigente. Por medio de ella, se pueden distribuir recursos, prestigio y poder de forma legítima, aunque llegue a ser de forma desigual. De esta manera, es posible que perpetúe las discriminaciones y que, en muchos casos, funcione como principio ordenador de las mismas relaciones sociales, tanto las que son de clase como las de género (Valenzuela, 1987: 150).

De esta manera, la *fuerza*, al ser constituida como un elemento de dominación, genera desigualdades. Estas forman parte de una resolución que parte de un sistema jerárquico, donde

la *fuera* adquiere un papel y una presencia determinantes. Esta *fuera* funciona a partir del empleo de un sistema de observancia de las normas, “la legitimidad de la distribución asimétrica de las oportunidades” (Valenzuela, 1987: 150). Sin embargo, el reconocimiento y la aceptación de las normas no sólo se dan por la creencia en esa legitimidad por parte de aquellos que se encuentran distantes de los centros de poder. De alguna manera, están basados en el miedo y la sumisión frente a la posibilidad de una sanción de cualquier tipo, al igual que en el saber que no se encuentra lejano de esos centros de poder, además de las pocas alternativas que se cuentan frente al sistema imperante (Habermas, citado en Valenzuela, 1987: 150).

PROBLEMAS QUE SURGEN DRANTE EL SMO

Lo primero que se escucha es que el Ejército es bastante duro y, como los entrevistados señalan, es un “comederio de mierda” que no está diseñado para todo el mundo. Se dice que es un año de desperdicio, donde no se realiza mayor cosa, de manera que es mejor aprovecharlo en algo más y no en sus propias vidas. Se narran historias sobre la cantidad de personas que han salido locas del Ejército, que nunca vuelven a ser los mismos, o sobre la ocurrencia de suicidios, violaciones, enfrentamientos violentos con armas, entre otros.

Según Logreira, estas situaciones se presentan por dos factores: una ambivalencia emocional y una sobreexigencia física que es impuesta por las mismas características del medio donde se encuentran los muchachos (2004: 116). La monotonía, el desgaste de tareas, los intensos entrenamientos, el sometimiento a las fluctuaciones del medio físico, las rústicas condiciones de higiene y confort, y la ruptura de los ritmos habituales de vida y de trabajo, llevan a los muchachos a salirse de control. Se someten a niveles de estrés que pueden alterar su comportamiento, ocasionando un desequilibrio entre lo que se posee y la exigencia de las actividades que deben realizarse. Pueden aparecer incluso estados de pérdida tanto de la salud física como mental que pueden llegar a interferir en el recluta. Situaciones todas derivadas del hecho de estar sometido u obligado a la fuerza a realizar las cosas, en un intento por doblegar la voluntad de los reclutas.

Mauricio presencié muchos casos de enfrentamientos con armas, “*calar bayoneta*”, como se le conoce. Un día iban de patrulla y uno de los conscriptos del grupo se encontraba

bastante estresado, un joven que no se hacía notar mucho dentro del grupo, “muy normal y tranquilo”, como dice Mauricio. Pero ese día se notaba que algo le sucedía. De un momento a otro se insubordinó porque ya no quería ir más a patrullar: “*No voy, no voy*”, decía. Después de eso, cargó el fusil. Quien estaba al mando dio órdenes: “*Cargar no sé qué al hombro... Colocar proveedor, cargar, alistar, apuntarle a no sé quién*”. Esa fue una confrontación bastante fuerte. Entonces alguien que estaba con ellos, mucho más antiguo, dijo: “*si usted se insubordina aquí delante de todo el mundo, utilizo las armas para no sé qué, señor capitán*”. El muchacho, se encontraba en una posición defensiva. Pero la única manera para que pudiera volver a entrar en razón era mediar con él por medio de palabras suaves para que no se sintiera atacado: “*oiga, hombre, cálmese, venga, cuénteme qué le pasa, venga, cuénteme*”. La situación alcanzó unos niveles bastante violentos. Lo que más les afectó es que este muchacho era igual a ellos, un bachiller. El susto no fue menor y el gran temor era que perdiera el control y los matara a todos.

Sin embargo, lo que señala tanto Mauricio como Damián es que la característica que diferencia a los soldados bachilleres tiene que ver con el sometimiento. Por lo general, son mucho más sopesados en cuanto a su comportamiento con los demás. De igual manera, cumplen con las labores asignadas sin poner resistencia. Aunque es común que bajo la presión a la que son sometidos se insubordinen a la autoridad y los casos pasen a un grado mayor.

Otro problema que aparece cuando los niveles de estrés aumentan es el no poder dormir. En muchas ocasiones, a los reclutas los dejaban cantando hasta la madrugada. La gente se acostaba a medida que fuera cantando bien. Eran puestos a cantar los himnos, las oraciones, pero por el susto y el cansancio, muchas veces se les olvidaban las letras. Varias veces, para que el oficial de guardia no se durmiera, los cogía uno a uno: “*necesito que me diga el himno tal, todo*”. Muchas personas tenían que pasar derecho sin poder dormir nada.

En otros momentos, los acostaban hacia las doce de la noche y llegaba el oficial de guardia a levantarlos: “*Resulta que ustedes no me caen bien, ¡de pie, de pie!*” o “*Quiero saber su nombre, no me acuerdo de su nombre*”. Los levantaba y los volvía a mandar acostarse ahí mismo. Así cada hora, para preguntar cualquier cosa. Tales prácticas, en especial, generan altos niveles estresantes y no permiten el buen desempeño del recluta; ocasionan además altos niveles de agresividad y pueden motivar la insubordinación.

Muchas personas dicen que en Guardia Presidencial las tareas no son tan complicadas como en otras zonas. Pero la verdad es que sufren de los mismos problemas de sueño, *“uno no duerme casi”*. Durante los primeros 5 meses en el Servicio de algunos entrevistados, había semanas que se dormía en una noche 3 horas máximo. Pero lo que consideraban más pesado era el cansancio que sentían después de haber *“volteado”* todo el día, un esfuerzo físico que también exigía descanso. Sin embargo, el *volteo* tiene un fin y es que los reclutas pueden sacar, como dicen el ejército, *“cañaña”* o fuerza en las piernas. Guardia Presidencial es un batallón fuerte en términos de protocolo. Es decir, se asiste a todas las ceremonias. Los reclutas deben estar parados en plantones formando por horas. Por ello tienen que tener la fuerza suficiente en las piernas y el cuerpo, para poder aguantar o pueden llegar a *“despencarse”*. Tal fuerza se desarrolla a punta de *volteo*.

Se voltea si se hizo algo mal o, si es a nivel grupal, se voltea para nivelar esfuerzo físico *“porque es el Ejército y se sabe que hay que estar bien”*. Sin embargo, hay un punto en que esta práctica empieza a ser *“descriteriada”*. Hay comandantes que son complicados –en especial los de los rangos más bajos como los dragoniantes que son bachilleres, los cabos (terceros, segundos), sargentos, tenientes, subtenientes, entre otros–, quienes al no simpatizar con alguno de los soldados, les imponen ejercicios u otras actividades como se les viene en gana: *“un dragoniante porque me cruzó a mí y me dijo 'me presenta las 4 firmas de los dragoniantes relevantes de toda la noche’*. Esta labor es larga y tediosa, ya que el relevo de dragoniante es cada 3 horas. El problema no era levantarse. La complicación está en que cada firma tiene su precio; nada en el ejército es gratis: *“El primero me tuvo como de 11 a 2 volteando. Pero volteo es que casi me despenco”*.

Esos primeros meses son bastante fuertes. Y lo que ellos mismos llegan a considerar es que son un mueble más que debe aprender a moverse y a seguir órdenes. Levantados a las 3 de la mañana a bañarse con agua helada. Voltear de 3 a 11 de la noche. No comer casi en una comida, porque lo poco que les dan, no se encuentra en condiciones para ser consumido: *“fríjoles con gorgojo, pollo que estaba no se cuánto sin refrigerar, de donde salieron varios intoxicados”*, además de ser cantidades muy reducidas. La comida es bastante mala, *“era una porquería”*, comenta Enrique. No comen bien, trotan todo el día, pasan frío (casos de Bogotá) o exceso de calor, pasan hambre. Así, las condiciones se vienen al piso. Por ello, al hacerles cualquier cosa, ya se encuentran a la defensiva, lo cual puede ocasionar muchos problemas.

Varios soldados del contingente de Enrique salieron a los 3 meses con problemas mentales. “*Esos 5 meses son tan duros que mi contingente con ciertas personas se volvieron, por ahí a los 3 meses salieron 5 locos. Se volvieron locos*”.

Enrique recuerda un incidente que no ha podido borrar de su memoria. Prestando guardia en una de las garitas como centinela, aparecieron a la una de la mañana tres centinelas (armamento, alojamiento y baños). Uno de esos tres era amigo de Enrique. Supuestamente estaba de centinela alrededor del alojamiento con pantalones de camuflados, chanclas, una chaqueta como civil, con unas gafas de sol, con fusil y marchando por todo el alojamiento. Y empezó a gritarle cosas. Le decía: “*Corra que yo lo cubro. Estamos en ataque, no sé qué. Pero ya completamente desfasado de la realidad*”. El impacto fue más profundo para él, ya que era su amigo. Este muchacho fue remitido al Hospital Militar al área de psiquiatría. Recuerda que salieron 5 o 6 del contingente en el mismo estado. También se presentaron cerca de 6 casos de intentos de suicidio, como la muerte de un muchacho que se suicidó colgándose con su reata en las duchas.

Algo con lo que les gusta jugar mucho a los oficiales es poner en riesgo las salidas. De alguna manera, se les sube el mando a la cabeza y hacen lo que les provoca con los reclutas. Uno de los mayores anhelos de los soldados es la hora de salida o *licencia*, como se le conoce. Es el momento en el que pueden visitar a su familia, hacer las cosas que les están prohibidas durante su estadía en el batallón. De manera que quienes hicieron algo mal no salen, lo cual es un duro golpe para su estabilidad mental y emocional.

COMENTARIOS FINALES

El entrenamiento militar implica sacrificios y dificultades a los que son sometidos los reclutas bajo la lógica de que nada es suficiente si se hace por el bien de la Patria. Todo ello se logra hacer gracias a su convicción de que existe un fin superior que es *servir a la patria*. Ello es presentado como un privilegio que en la superficie funciona como una manera para soportar la opresión. Igual sucede con el autoritarismo, que es considerado como una de las últimas fases de la conformación y socialización de la masculinidad. Por tanto, los sacrificios no solo van en función de la patria, sino de ellos mismos.

Ese compromiso que se establece con la Patria, lleno de una significación particular por parte de los militares, se convierte en la fuente de opresión y presión psicológica más importante en la formación. Funciona para justificar aquellas exigencias propias del entrenamiento. Es común que los oficiales empleen la enseñanza y la disciplina como medios para defender los intereses de la misma patria sobre cualquier otro tipo de cosas. Sin embargo, es posible notar que la definición de esos intereses de la patria no es explícita. Lo que se sobrentiende aquí es que tales intereses están representados por la institución militar; por tanto, que los intereses del Ejército son los mismos de la Patria.

Tanto la actividad como la agresividad, se han considerado como características propias de la masculinidad, las cuales son aceptadas como parte de su naturaleza humana. En el caso de la formación militar esta idea continúa presente. Una de las pruebas más fuertes de masculinidad entre los militares es la capacidad de combatir, ya que solo a ellos como hombres se les permite ingresar a la guerra, además de emplear la fuerza para el sometimiento, lo cual además aparece como un deber inescapable.

Es común que en nuestra sociedad el hombre siempre debe estar dispuesto a demostrar su hombría. Ello se usa a partir del empleo de un liderazgo y prestigio frente al grupo, por medio de la demostración de superioridad en los deportes y el empleo de la fuerza por medio de la agresividad. Esto se refleja como una forma de presión por parte las Fuerzas Militares, en donde se exige que sus integrantes sean presionados para destacarse en las actividades físicas y en el uso de la misma violencia. Desde siempre, a los niños se les enseña que deben demostrar su capacidad de dominio físico, asunto que continúa justificando la posición privilegiada que ocupan los hombres dentro del orden social.

CONCLUSIONES

En un primer momento, haciendo la revisión bibliográfica para esta investigación, me encontré con que los estudios militares no han abordado el tema de la institución militar desde adentro, desde sus integrantes. Por ello, el aporte de esta investigación radica en la aproximación que se pudo realizar a las relaciones que se gestan dentro de la institución militar. Pero más allá de eso, cómo la experiencia de 5 jóvenes que pasaron por el SMO, brinda la información en cuanto a las relaciones y la estructuración de la institución militar desde su sustrato más bajo: los soldados bachilleres.

A partir de ese momento, se ve el modelo patriarcal tradicional en función de la misma estructura militar, por lo que se da cuenta de que las relaciones estructurales de la institución son relaciones dicotómicas, entre lo que es y no es, muy propias de ese sistema patriarcal. Por otro lado, se sabe que la institución militar es puramente masculina, donde todos los momentos de la vida de los soldados durante su estadía en el Ejército se basan en relaciones entre hombres, y donde la mujer es excluida de los ámbitos de entrenamiento. Por ello, en inicio pensé que la formación en la milicia funcionaba exclusivamente desde una perspectiva sobre lo masculino, pero me di cuenta de que no es así.

En primera instancia, la institución militar replica en su estructura y dinámica internas los mismos códigos, posiciones y relaciones de poder establecidas en el sistema patriarcal. Como lo plantea María Elena Valenzuela (1987), tanto el rol de la mujer como el del hombre patriarcal son los mismos que en el Ejército se personifican por medio de los rangos. Al funcionar como una estructura jerárquica, el superior cumplirá el papel del hombre, mientras que el rol de la mujer será desempeñado por quien ocupa el estrato más bajo de la cadena de mando: el soldado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que tales posiciones tienen su origen en los procesos formativos de los roles de género que se han instituido en un nivel social más amplio. Evidencia de ello se da en los relatos, donde se comprueba como se establecen las relaciones de poder entre el soldado y el oficial,

elementos propiamente masculinos. A partir de esta relación es que entra la sumisión como eje fundamental de ella. Es allí cuando, la relación de género se hace evidente: el hombre es el encargado de ejercer el poder mientras que la mujer es sometida a las órdenes establecidas por el hombre. Es la misma relación que se presenta en el servicio militar. Pero quienes realmente dieron cuenta de este proceso fueron los mismos informantes, quienes no lo hacían de forma explícita, pero siempre hacían referencia a esta relación.

A partir de este último punto, se generan unas relaciones tensionales. Al ser una sociedad masculina, la exaltación de los valores viriles es mucho más fuerte que lo que se presenta en la sociedad civil. Es aquí donde se genera el conflicto frente a una formación a partir de lo femenino para someter al soldado bajo las órdenes del superior, pero a su vez una negación de las expresiones femeninas. Es un doble juego, donde el soldado necesita ser formado por lo femenino, para la exaltación de los propios valores masculinos. Por ello, el problema es posible localizarlo frente a la definición de los mismos roles de género. La masculinización del Ejército necesita del rol femenino, precisamente porque la formación del soldado está siguiendo una estructura similar a la de la sociedad civil tradicional, basada en un sistema patriarcal. En estas sociedades, la mujer representa sumisión, sometimiento, humillación, los cuales son naturalizados en la sociedad y por ello son elementos que se forman desde los primeros años de vida (Badinter, 1993; Viveros; 2001). Como esta figura es esencial en la representación de la sociedad tradicional, la institución militar necesita emplearla. Pero más allá de eso, por las características que la componen: sometimiento, humillación. Elementos esenciales para el manejo de los soldados. Por ello se genera la tensión. Al ser hombres dentro de una institución puramente masculina, la exaltación de sus valores masculinos está en juego. Es necesario exaltar esos valores para poder hacer del soldado un ser completo.

Sin embargo, el problema no se aloja solamente frente al problema de la feminidad como una manera de formar. Uno tiende a pensar, y más por mi posición como mujer, que la formación militar tiene ingredientes solamente masculinos y por ello son tratados de la manera que se da. Al entender la humillación, como uno de los puntos álgidos para mis informantes, fue posible ver que la humillación a la que está sometida la mujer dentro del sistema patriarcal es exactamente la misma humillación que se emplea en el Ejército. Lo

interesante de esto, es que la humillación de la mujer está naturalizada socialmente, mientras que la humillación del hombre no. El hombre es el que humilla a la mujer por encontrarse en una capa de poder superior a ella. Es por esto, que el enfrentamiento a la humillación para estos jóvenes, es vista como un problema estructural, que como ellos mismos dicen, sobra en la formación militar. Sin embargo, al analizarla desde este punto, pude observar que es un mecanismo eficiente para el sometimiento del soldado y que así cumpla con las órdenes que son impartidas. Es un elemento eficiente, pero no es la única vía para cumplir con los intereses propuestos.

Por tanto, se afirma que el rol femenino es central para el adiestramiento del soldado. Aunque no es evidente, si se emplea como una manera para formar una de las fases esenciales del servicio: el sometimiento y el cumplimiento de las órdenes.

Por otro lado, el rol femenino es esencial para la formación del soldado, pero a su vez es necesario negarlo. La institución militar no hace evidente la relación soldado-mujer, en cuanto a la formación. Al ser un espacio netamente masculino, es importante caracterizar este tipo de valores. La aplicación de una formación femenina trae consigo el problema del temor frente a la manifestación de esas emociones propias de la mujer. Por ello el soldado, además de ser sometido a la humillación femenina, necesita ser formado en la exaltación de los valores masculinos. Aquellos jóvenes que pasan por el SMO, reciben una instrucción militar, influenciada por valores masculino-patriarcales que son muy propios de las Fuerzas Militares, los cuales se espera sean reflejados después en su vida como civiles. Estos valores son exacerbados durante su entrenamiento militar, como una manera de diferenciarse con lo que es femenino.

De esta manera se adquiere un comportamiento estereotipado que no llegue a ser puesto en duda. Esta es la imagen que se difunde en la sociedad por parte de la institución militar, como una manera de construir un estandarte de la identidad masculina de la propia sociedad. Por ello se le teme a la representación de los rasgos femeninos y se combate a esta imagen (Valenzuela, 1987). Con esto se pondría en consideración la idea que la institución militar es misógina. Considerando que la aversión se sitúa en los rasgos, mas no en lo que constituye a la mujer como tal.

La importancia de la exaltación de los valores masculinos se localiza en la institución militar. Quien va a la guerra es el género masculino, el cual debe enfrentarse a las batallas para proteger lo más importante de la sociedad: a la mujer, quien reproduce la vida y los niños. Ambos están encargados que perviva la sociedad (Valenzuela, 1987). Es por esto, que el guerrero es el soldado, lo que produce que la formación se de a partir de unos valores masculinos, caracterizados por la sociedad: agresión, violencia, fuerza (Badinter, 1993; Viveros, 2001). De esta manera se puede continuar con la tradición de la guerra, responsabilidad que ha sido puesta en las manos de los hombres, desde el surgimiento de los primeros ejércitos.

Hasta el momento, es evidente que existe un refuerzo alterno entre los individuos y la institución para demostrar esta construcción identitaria, el producto esperado por la institución y que está reflejada por el soldado, y la propia superioridad que se genera a través de la fuerza. Lo que lo convierte en una simbiosis entre el sistema patriarcal y la institución militar (Valenzuela, 1987). De este modo se gesta una estructura entre los valores masculinos que radican en un sistema patriarcal y una institución militar que busca reforzarlos.

Así es que por medio de la instrucción militar, a los reclutas bachilleres se les enseña a “ser hombres” por medio de las prácticas autoritarias, humillantes y en algunos casos violentas. Se les forma para la fiereza en el combate, a la par de la enseñanza de la sumisión y pasividad para poder recibir las ordenes de los superiores. Sus atributos masculinos como la fuerza y la agresividad, son sometidas a rutinas de subordinación y control, por lo que todo se convierte en una contradicción.

Es por ello que la formación militar se centra en dos puntos necesarios: formación desde lo femenino para adquirir la sumisión frente al superior y la negación de esa feminidad por medio de la exaltación de los valores masculinos. Es una institución masculina que necesita como resultado eso: hombres con características de hombres.

Sin embargo, para generar o cumplir con estos requerimientos, es necesario tener un espacio que disponga de elementos que permitan el desarrollo de estas habilidades. Este espacio es el cuartel. Al ver al cuartel como un lugar que se inscribe dentro de lo que se conoce como Institución Total (Goffman, 1972), la disposición del recinto hace que el

recluta bachiller desarrolle las habilidades necesarias para su buen desempeño en el servicio. El orden, la disciplina, la vigilancia, el control, son elementos esenciales que permiten el desarrollo de lo que se mencionó anteriormente: la sumisión. Sin esos elementos represivos, las características que se busca maximizar en el recluta no serían fácilmente manejadas.

Sin embargo, hay que tener un factor en cuenta y es la edad con la que ingresa el soldado bachiller al servicio militar. Este elemento es esencial, ya que el soldado se encuentra bajo un momento transitorio dentro de su vida. Por un lado está dejando su vida como adolescente y por el otro, se prepara para el ingreso a la vida como adulto. Pero el periodo de conscripción no lo ubica en ninguno de estos lados, sino que lo convierte en un ser liminal, de la frontera que se encuentra en un punto intermedio del proceso (Van Gennep, 1960; Turner, 1988). Por lo que considero que por el hecho de no tener un posicionamiento social y de un despojo de las características de su mundo habitual, el soldado recluta se encuentra en un momento transitorio que es aprovechado por la institución militar para formarlo en los ideales que son propuestos. Nuevamente entra la sumisión y la adquisición de ésta para el buen desarrollo de sus habilidades dentro de la institución. Por ello, se manejan fuertes dosis de recompensas y castigos que se aplican con el fin de poder moldear las conductas deseadas (Logreira, 2001).

Pero la humillación no solo es un elemento que le pertenece a mimesis que se realiza entre el modelo del sistema patriarcal y la institución militar, sino que también se maneja tanto en los ritos de paso como por la institución total. Ambas cosas, el proceso inscrito dentro de un espacio, se encargan de “humillar el yo”. Es decir, se emplean mecanismos de despojo, que permitan eliminar y negar su condición anterior, para así labrar una nueva identidad, una nueva condición. Por ello, los soldados les eliminan cualquier marca civil, los separan del resto de la sociedad para darle los elementos necesarios. La separación de los vínculos con la sociedad civil es un mecanismo que se emplea para que la formación pueda llegar a ser completa. Lo que se busca es poder labrar una nueva identidad frente a su rol de género: formación de hombres. Por lo que se exaltan y se exageran los valores puramente masculinos.

La pérdida de la individualidad es un medio de “humillación del yo”. Desde el primer momento, se despoja de individualidad y de identidad, por medio del uniforme y del corte de cabello, lo que los convierte en uno solo a todos, un cuerpo, más no individuos. De manera que pierde la posición social que ocupa en su mundo habitual. Se convierte en uno más del grupo. Si se observa desde este punto, el mundo militar se convierte en una esfera particular de la sociedad, que está constituida por unas reglas y normas diferentes a las que el individuo está acostumbrado en su mundo habitual. Lo que hace esta esfera, es convertir al muchacho en un objeto más del grupo. Lo militar maneja cuerpos constituidos por soldados, pero no individuos dentro de un grupo. De esta manera, la función social del soldado dentro de la institución radica en labrarse una identidad que le permita el reconocimiento frente a sus superiores y que adquiera un estatus dentro del mismo cuerpo, una marca que lo diferencie de los demás. Es así como mis informantes consiguieron reconocimiento y por ello fueron premiados: caso de Enrique que pudo prestar servicio en el Sinai.

Hay que tener en cuenta, que este desarrollo de una identidad desde lo masculino, conduce a que la exploración de los valores no solo se exalte para primar lo masculino de los reclutas. También se emplea como herramienta de supervivencia frente a lo desconocido. Las iniciaciones a la agresión, los maltratos psicológicos a partir de la humillación, los entrenamientos exhaustivos, las pocas horas de sueño, entre otras, son elementos que la experiencia va a privilegiar para el caso que se necesiten enfrentarse a un riesgo. El enemigo es aquel que va en contra de las normas, pero también es aquel que se encuentra a su lado. El terror es un problema al que se hace referencia constantemente en los relatos, pero al darnos cuenta, la raíz de él tiene que ver con lo que es desconocido para estos jóvenes.

La posibilidad de combatir, de usar armamento que le entrega poder sobre la vida de otro, el participar e identificarse con él, permite la adquisición de todo un sistema simbólico donde se prueba su masculinidad. Lo más llamativo es que estos ideales militares giran en torno a la exaltación de los valores masculinos. Aquí vuelve a entrar en juego el sistema patriarcal, donde el hombre es el encargado de proteger sus valores sociales (mujer y niños), de la manera que hay que velar por la protección de los mismos. El funcionamiento

de la institución militar se replica allí. Ellos, vistos como los protectores de la moral y las buenas costumbres, restablecedores del orden, ejercen su poder legítimo para que la sociedad continúe con su fin reproductivo social.

Aunque sus fines son esencialmente directos con la patria, la institución militar necesita de un medio que le permita llevar a cabo sus fines en cuanto a los enemigos. Todo se teje alrededor del problema de la vida y la muerte, y ese don especial que se les ha proporcionado de proteger y a su vez quitar la vida a otro humano. Para ello es necesario un respaldo religioso. Las fuerzas armadas mantienen un vínculo estrecho con la Religión Católica. Evidente es el caso donde Mauricio presencié la muerte a partir de las imágenes de la masacre, suministradas para su formación. Se hizo en compañía de un capellán, el cual es el representante de Dios en la tierra.

Pero cual es el punto interesante. Como sabemos, en la Religión Católica el único que tiene la virtud de quitarle la vida a un ser humano es Dios. Pero como la violencia y la muerte están legitimadas por la patria, precisamente para proteger sus intereses, esto produce que se genere un conflicto moral, para el Ejército, ya que a ellos se les dio ese poder legítimo. Por ello, el único capaz de expulsar el pecado que se genera cuando se asesina a alguien es Dios, su representante en la tierra, los sacerdotes o capellanes para el caso presentado.

Por otro lado, lo religioso se emplea durante la instrucción militar, tiene como fin mediar las conductas agresivas y violentas, las cuales le legitiman por medio de ella para así poder ejercer el poder, de manera que no exista ningún tipo de desaprobación de carácter moral. Es interesante observar que el discurso militar tiene un contenido rico de metáforas religiosas, que apoyan a reafirmar la lealtad y obediencia a la que son sometidos los reclutas. Durante el entrenamiento militar, dentro de las prácticas formativas se encuentran las oraciones. Mauricio señalaba la importancia de ellas como una manera de protegerse del peligro. Por tanto, Carolina Logreira (2001: 44) señala la importancia de la religión dentro de la formación militar: “Cuando las personas se ven confrontados con situaciones que involucran enfermedad, muerte, sentimientos de impotencia y depresión, éstas pueden ser moderadas por la creencia de que su destino se encuentra en manos de

Dios; facilitando así la religión y la actividad cognitiva, la reevaluación positiva de la situación.”

Lo que se puede afirmar en cuanto a la relación entre lo militar y lo religioso es que la simbiosis que se gesta, tiene que ver con un carácter moral. Pero también es posible afirmar que proviene de ese mismo sistema de relaciones entre el patriarcado y lo militar, donde el primero prima los intereses religiosos y donde el segundo quiere duplicarlo. La religión católica cumple la función purificadora y sanadora de la moral de los soldados bachilleres.

Otra observación que se puede realizar, tiene que ver con que el intento militar por mantener la pureza de la sociedad, lleve consigo una herramienta que mantenga esa misma pureza dentro de la institución militar. Como es el caso del SMO, muchos de los jóvenes reclutas van obligados al servicio, necesitan sanear su mente de alguna manera. Es por esto que comúnmente al recluta se le sugiere que si hay problemas internos (emocionales) se remitan a los oficiales, cumplidores de su papel de padres, o al sacerdote del batallón. Todo con el fin de poder mantener controladas las emociones y llevar a cabalidad todos los objetivos propuestos por la institución militar.

Como podemos observar, los elementos formativos del recluta bachiller están mediados por varios procesos que se inscriben dentro de lo que se conoce como un rito transitorio. Estos cumplen con unas características institucionales, como lo son el encierro en el cuartel, la separación radical del mundo civil, el control del tiempo y el espacio. Pero no se agota en este punto. Los fines militares están sujetos a un sistema patriarcal, donde se busca exaltar los valores propios de la patria. Unos valores con características masculinas, donde lo femenino hay que negarlo. Una sociedad donde conviven hombres con hombres, donde son puestos a prueba a partir de estos rasgos masculinos.

Lo más llamativo de la investigación se sitúa en las manifestaciones buenas que expresan los informantes. El comentario general es que esta experiencia es irrepetible, pero que les trajo muy buenos beneficios para sus vidas. Aunque lo que más me llama la atención, es que la exaltación masculina que se busca durante toda la formación, no está tan marcada ni tan presente en ninguno de los informantes. Al contrario, la valoración frente a lo femenino se realiza desde un margen respetuoso y donde la subvaloración de la misma

no está presente. No se muestran como personas machistas, sino al contrario sienten un gran respeto frente a la mujer.

Por otro lado, los vínculos que se generan en el SMO marcaron a estos 5 muchachos, los cuales manifiestan que muchos de los buenos amigos que tiene son aquellos que se establecieron durante el servicio.

Y en lo que más enfatizan es que el SMO les sirvió como medio para enfrentarse a la realidad del país. Una realidad que está marcada por las diferencias que se hacen socialmente. Señalan que dejaron de creer la historia de aquellos seres especiales que por vivir bajo unas condiciones particulares, sino que existen muchas personas que vale la pena conocer y que si no hubiera sido por el servicio no se habría tendido acceso a ellas.

No esperaba encontrarme con que el SMO fuera considerado como una de las mejores experiencias de la vida para estos muchachos. Las mujeres no son sometidas a una práctica de este tipo, por lo que la percepción puede llegar a ser errónea desde afuera. Como observadora externa uno puede percibir que estas rutinas militares son procesos de sometimiento que no pueden soportarse. Pero es cuando te das cuenta que lo son y además son enriquecedoras para sus vidas posteriores. Considerarlas buenas fue mi mayor sorpresa, pero al dar cuenta de la interacción de la estructura militar y de los mismos sujetos, puede llegar a aterrar, pero al mismo tiempo explica como funcionan los mismos modelos sociales que se rigen bajo parámetros comunes. Aunque vale la pena resaltar, que la experiencia enriquecedora para estos jóvenes se localiza más en las oportunidades de conocer –gente y lugares principalmente-, que el entrenamiento y lo que se relaciona directamente con la institución militar, lo cual es muy diferente de la misma experiencia.

El SMO tiene una imagen desde afuera que al acercarse a fondo a ella, nos encontramos con un mundo distinto y que puede llegar a ponerse en consideración la idea de estudiarla a fondo, para entender problemas sociales, como la guerra y la violencia generalizada, para así empezar desde ciertos focos que están íntimamente ligados a ellos. Esta investigación tuvo como fin primordial mostrar las relaciones que se tejen en la experiencia militar, y como es que a partir de éstas es posible explicar un modelo social como el militar.

BIBLIOGRAFÍA

- Araujo, Joan** (1996). *Libertad de conciencia y servicio militar*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Arendt, Hanna** (1977). *On violence*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich Publishers.
- Atehortúa, Adolfo** (2002). "El cuartel: ¿Escenario de dominación y disciplina?". *Revista Folios 16*. Bogotá: UPN. Pp. 67-86.
- (s. f). *¿El servicio militar obligatorio: un 'ritual de pasaje' hacia la edad adulta?* Sin publicar.
- Badinter, Elizabeth** (1993). *X,Y la identidad masculina*. Bogotá: Editorial Norma.
- Bateson, Gregory** (1953). *The study of culture at a distance*. En: M. Mead y R. Métraux (comp.). University of Chicago Press.
- Beauvoir, Simone** (1998). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- Bourdieu, Pierre** (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bunster, Ximena** (1983). *La tortura de prisioneras políticas: un estudio de esclavitud sexual femenina*. Rotterdam: Taller de la Red Feminista Internacional Contra la Esclavitud Sexual Femenina y el Tráfico de Mujeres.
- Carabí, Àngels** (2000). "Construyendo nuevas masculinidades: una introducción". En M. Segarra y À. Carabí (eds.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- Cornwall, Andrea y Nancy Lindisfarne** (1994). *Dislocating masculinity: comparative ethnographies*. New York: Routledge.
- CURPAMOR** (2003). *Bodas de Oro: Cursos oficiales generales Páez, Masa y Ortega (1952-2002)*. Bogotá: Publicaciones Fuerzas Militares.
- Echeverría, Carmen** (2003). *Reforma para enfrentar el terrorismo: una mirada desde las mujeres. No al servicio militar obligatorio, ni para los hombres ni para las mujeres*. Bogotá: Corporación Sisma Mujer.
- Eisenstein, Zillah** (1984). "Hacia el desarrollo de una teoría del patriarcado capitalista y el feminismo socialista 1977". En: *Teoría Feminista. (Selección de textos)*. República Dominicana: Ediciones Populares feministas.
- Elshtain, Jean Bethke** (1987). *Woman and war*. New York: Basis Books.
- Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova** (1997). *Noventa años de historia*. Bogotá: Editorial de la Escuela.
- (s. f). *Manual de enseñanza para la formación de oficiales*. Bogotá: Editorial de la Escuela.
- Espina, Ángel** (1999). "Amor y muerte en la subcultura castrense". *Revista de sociología*, No. 12 (11).
- Foucault, Michel** (1977). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2003 [1975]). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.

- Fox Keller, Evelyn** (1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Ediciones Alfons El Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis I Investigació.
- Goffman, Erving** (1972). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gutmann, Matthew** (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. México: El Colegio de México.
- Habermas, Jurgen** (1975). *Legitimation crisis*. Boston: Beacon Press.
- Ibáñez, José** (1999). *Ciudadano-soldados. José de los Santos Gutiérrez Prieto*. Bogotá: Editorial Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares de Colombia.
- Leal, Francisco** (2002). *La seguridad nacional a la deriva: Del frente nacional a la posguerra fría*. Bogotá: Alfa Omega, CESO-Uniandes, FLACSO-Sede Ecuador.
- Logreira, Carolina** (2001). *Estrés y estrategias de afrontamiento en el Servicio Militar Obligatorio*. Tesis de grado en Psicología. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Merchant, Carolyn** (1996). "Reinventing Eden: Western Culture as a Recovery Narrative". En William Cronon. *Uncommon Ground: Rethinking Human Place in Nature*, NY: W.W. Norton.
- Munilla, Eduardo** (1954). *Pedagogía Militar: Las academias militares*. Madrid: Ediciones Ejército de Alcalá 18.
- Nasio, Juan David** (1998). "El concepto de falo". En *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- Ramsey, Russell** (1981). *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Ruiz Ochoa, D.** (2004). "Doctrinas de Liderazgo Militar en Bolivia (Informe de investigación patrocinada por el ILFC # CR03-0042)". Kingston, Instituto de Liderazgo de las Fuerzas Canadienses. Recuperado en: www.cda-acd.forces.gc.ca, agosto de 2005.
- Schwarzer, Alice** (1983). *After the second sex. Conversation with Simone de Beauvoir*. New York: Pantheon Books.
- Segal, Lynne** (1990). *Slow motion. Changing masculinities. Changing men*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.
- Segarra, Martha y Àngels Carabí (eds.)**. (2000) *Nuevas masculinades*. Madrid: Icaria.
- Shepard, Bonnie** (2001). "Sobre las identidades Masculinas". En Viveros, Olavarría y Fuller (comps.), *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia.
- Stevens, Evelyn P.** (1973). "The prospects for a Women's Liberation Movement in Latin America", *Journal of Marriage and the family*, 35 (2).(s.c.).
- Solana, Ezequiel** (s.f). *Pedagogía General* (s.r).
- Sosa, Manuel** (2002). *Bodas de Oro Profesionales Militares*. Bogotá: Publicaciones Fuerzas Armadas.
- Tocqueville, Alexis de** (1886/1982). *L'ancien régime et la revolution*. Gallimard: Paris.
- Turner, Víctor** (1988). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus.
- Uribe, Carlos Alberto** (2003). "Magia, brujería y violencia en Colombia", en *Revista de Estudios Sociales* 15, pp.59-73.

Vigarello, Georges (1991). "El adiestramiento del cuerpo desde la edad de la caballería hasta la urbanidad cortesana". En Free, Naddaff y Tazi (comps.). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (2T). Madrid: Taurus.

Valencia, Alvaro (1993). *Historia de las fuerzas militares de Colombia* (Tres Volúmenes). Bogotá: Planeta Colombia Editorial.

Van Gennep, Arnold (1960). *The rites of passage*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Valenzuela, María E. (1987). *La mujer en Chile militar. Todas íbamos a ser reinas*. Santiago de Chile: Ediciones Chile y América-CESOC ACHIP.

Visacovsky, Sergio Eduardo (2001). *El Lanús. Memoria, política y psicoanálisis en la Argentina (1956-1992)*. Tesis de Grado para optar por el Doctorado en Antropología, Universidad de Utrecht. Buenos Aires, Infomed.

Viveros, Mara, José Olavarría y Norma Fuller (2001). *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia.

Viveros, Mara (2001). "Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia". En Viveros, Olavarría y Fuller (comps.), *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: CES, Universidad Nacional de Colombia.

Woolf, Virginia, (1929). *Una habitación propia* (s.r).

Zanotti, Bárbara, (1982). "Patriarchy: a state of war", *en: Reweaving the web of life*. Philadelphia: Pam MacAllister, New Society Publishers.

Zulaika, Josefa (1989). *Chivos y soldados, la mili como ritual de iniciación*, (s.c): Baroja.

Otros

Diarios de campo de la autora entre octubre del 2004 a septiembre del 2005.

Entrevistas realizadas por la autora a Carlos, Damián, Juan, Enrique y Mauricio (nombres ficticios), entre enero y mayo del 2005, Bogotá. En audio.